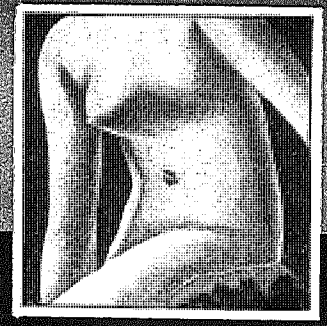
NUEVA CIENCIA - NUEVA TECNICA

GREGORIO MARAÑÓN

ENSAYOS SOBRE LA VIDA SEXUAL



ESPASA-CALPE, S. A.



G. MARAÑÓN

ENSAYOS SOBRE LA VIDA SEXUAL

SEXO, TRABAJO Y DEPORTE -:- MATERNIDAD Y FEMINISMO -:- EDUCACIÓN SEXUAL Y DIFERENCIACIÓN SEXUAL -:- AMOR, CONVENIENCIA Y EUGENESIA

CON UN ENSAYO DE

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

NUEVA EDICIÓN MUY CORREGIDA

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1951

ES PROPIEDAD

Madrid, 1951
Printed in Spain

Talleres tipográficos de la Editorial ESPASA-CALPE, S. A.

HQ
31
M32e
1951

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO DE ESTA EDICIÓN..... 9

ENSAYO LIMINAR..... 13

Sobre todo, la libertad (13).

I.—SEXO, TRABAJO Y DEPORTE..... 23

El sentido de la acción (23).—El trabajo, carácter sexual (24).—Caracteres sexuales primarios (26). — Caracteres sexuales secundarios (31).—Maternidad y actuación social como caracteres sexuales opuestos (34). — División sexual del trabajo en la vida primitiva (38).—Sexo y trabajo (40).—Transformación actual de la división primitiva del trabajo (41).—Sexo, lujo y desigualdad social (43).—La gloria, el dinero y el sexo (44).—Matrimonio por amor y matrimonio por conveniencia (47).—Moral e instinto (49). — Trabajo y feminismo (50).—El donjuanismo (52).—Significación biológica y categoría del deporte (53). — Deporte y trabajo (55).—La mujer y el deporte (59).—Fecundidad y placer (60).

II.—MATERNIDAD Y FEMINISMO..... 63

Feministas y antifeministas (63).—La religión y la ciencia ante el problema de la mujer (65).—Inferioridad y diferenciación (67).—El concepto clásico de la maternidad (70).—Cultura y maternidad (73).—Diferenciación sexual, base de la cultura en cada sexo (77).—

948536

Páginas

Maternidad consciente (79).—Un experimento triste (82).—Una ley aterradora: la fecundidad de la madre está en relación directa con la mortalidad de los hijos (83).—La maternidad entristecida (86).—Moral social y maternidad ilimitada (89).—Peligros de la limitación de la maternidad (91).—Maternidad y crianza (93).—Maternidad y educación directa de los hijos (97).—La colaboración de la mujer con el esposo (98).—El amor de la mujer, premio del trabajo (99).—Maternidad y trabajo físico son incompatibles (102).—La experiencia de la guerra (104).—Cultivo de la mujer no madre. La tristeza del hogar (106).—Diferencias biológicas de la actividad de cada sexo (108).—El medio no modifica fundamentalmente los caracteres sexuales (109).—La humanidad del sexo subnormal (111).—La maestra (112).—La asistencia a los enfermos (113).—La mujer en los laboratorios (114).—Libre acceso a la mujer apta (115).—La inferioridad de la mujer ante el derecho (117).—La mujer y los cargos públicos (118).—El voto femenino (124).—La sumisión sexual de la mujer, y el voto (126).—El voto femenino, ¿purificaría el sufragio? (128).—La mujer y los partidos reaccionarios (130).—Conclusión (132).

III.—Educación sexual y diferenciación social... 135

La tragedia del sexo en el hombre (135).—La modalidad femenina en la tragedia sexual (138). — Empezar a saber... (139). — El "otro sexo" que nos acompaña (141).—Relatividad del sexo (142).—Bisexualidad inicial del organismo (144). — Diferenciación del sexo a través de las edades (146).—Retorno a la bisexualidad en condiciones normales y en condiciones patológicas (147). — Los argumentos experimentales (150). — La intersexualidad, etapa retrasada del desarrollo sexual (151).—El progreso sexual depende de la diferenciación de los sexos (153).—Del hermafroditismo al disformismo sexual (154).—La homosexualidad en los animales y en el hombre (155).—Frecuencia real del homosexualismo. El gran remedio (157).—El narcisismo (158).—Pedagogía de la diferenciación sexual (160).—La cirugía (161). — La opoterapia y los injertos (162).—El ejercicio y la alimentación (163). El ambiente psíquico (164). — Diferenciación sexual y monogamia (167).—La poligamia como manifestación del instinto indiferenciado (170).—Virilidad cuantitativa y cualitativa. Don Juan y Otelo (172).—Donjuanismo y austeridad (174).—Valor del trabajo en la pedagogía sexual (176).—La diferenciación sexual en la mujer (178).—Una fórmula práctica (179). — Diferenciación, fuente de castidad (181).

Páginas

IV.—Amor, conveniencia y eugenesia..... 183

Amor y conveniencia (183).—El matrimonio por amor (186).—Ceguera y clarividencia del amor (188). — La coquetería y su sentido (191).—El instinto, guía falaz (193).—El noviazgo (197).—Interés conyugal e interés de la especie (199). — Antieugenesia del instinto (203).—La conveniencia y sus variedades sociales (206). — El matrimonio por dinero (208).—El matrimonio de rango (210).—La conveniencia de la especie (215).—El certificado médico (218).—El argumento sentimental y el moral (220).—Tiempos de guerra (221).

Notas..... 225

PRÓLOGO DE ESTA EDICIÓN

¿Debe dejarse un libro juvenil tal como fué escrito, cuando, en la madurez, lo volvemos a lanzar a los lectores? Yo creo que no. Un libro es una parte de nuestra alma y debe evolucionar, como evoluciona el alma misma. A veces, si la vida es larga o muy apretada de acontecimientos trascendentes, esa evolución puede ser tan honda que más que una vida sean dos las que corren, una tras otra, por el cauce de barro de nuestra humanidad. ¿Y cómo, entonces, esa segunda vida, transformada o casi nueva, puede hacerse responsable de lo que creó la vida inicial? Hemos sido aquello; *pero, ahora, somos* esto. *De* aquello *y de* esto *se formará nuestra personalidad definitiva, el día de mañana, si nuestro recuerdo no se entierra a la vez que nuestra carne mortal. Pero mientras se alienta, no se puede vivir el presente con los latidos del pasado. Es más, la persona viva es, en cada momento, lo que es, gracias, en parte, a sus rectificaciones. Acaso el misterio de los malogrados reside en que terminaron pronto porque ya no podían vivir una*

vida nueva ni por lo tanto rectificar la antigua. El hombre que no se malogra en el tiempo no está autorizado, en los años de después, a mantener, sólo porque fueron suyos, las ideas, los sentimientos, las actitudes del lejano ayer.

Porque creo que es esto lo justo, me he tomado ahora, y quizá lo debí hacer antes, el trabajo de releer, línea a línea y en todas sus entrelíneas, el presente libro cuya primera edición salió a luz, nimbada del éxito mayor que los autores sueñan, el de la extensa y reiterada difusión, hace ya veinticinco años. ¿Cuál podía ser sino ésta, de trémula suspicacia, la actitud mía, la actitud del autor, frente al libro que se creó un cuarto de siglo atrás? Con estos años por medio, las páginas patinadas de lejanía, se abrían ante mí como ante un espectador, como ante un extraño, y no como si fuera yo el que las había escrito. Dios sea loado, porque de no ser así, si me sintiera aún enteramente responsable, con mi alma de hoy, de lo que pensaba entonces, me tendría por un ser incapaz de lo más delicado del hombre, que es no atarse a su obra y acabar, casi, por no reconocerla a fuerza de no poder repetirla.

Mas no estar de acuerdo con una parte del pasado, no significa que reneguemos de él. Gracias al pasado, somos lo que somos, aunque el pasado, a veces, no nos parezca perfecto. La tesis de este libro no fué una improvisación mía, sino el fruto de muchas horas de contacto con la humanidad fervorosa que pasaba a mi lado. Ahora, más todavía que entonces, creo que es mi punto de vista exacto en lo que tiene de realidad, si bien susceptible de retoques en su modesto aparato teórico y discursivo. Pero el pensamiento, cuya responsabilidad íntegramente recabo, se me antojaba envuelto en una retórica un tanto engreída, muy de entonces, por momentos casi indelicada, a fuerza de segura de sí misma; y, por ello, sin someterla a un riguroso cedazo de continencia, no hubiera consentido en poner de nuevo mi firma a su pie. De las cosas que creemos, pasan unas, y otras son, para siempre, verdad. Y una de estas cosas con certeza exacta es el afán de buscar la sencillez para decir límpidamente hasta lo más complejo; buscarla, y si no se encuentra, crearla, trabajando, limando y puliendo nuestra expresión hasta convertir el ángulo o la voluta en una línea, si se puede, recta.

Si el presente libro ha de ser juzgado y no sólo leído, debe serlo por esta versión, igual a todas las que le precedieron en el pensamiento; pero en cuyas páginas ese pensamiento no surge acalorado e hirviente, sino que atraviesa la escena con el cabello gris, el paso grave y sin traje de ceremonia.

G. MARAÑÓN.

Toledo, 1951.

ENSAYO LIMINAR

περι παντος την ελευθεριαν

SOBRE TODO, LA LIBERTAD.

Una de las supersticiones más extendidas y acatadas es la del libro, que Anatole France llamó "el veneno de Occidente". Quiero decir con esto que se reputa y admite como un libro, comúnmente, cualquier estúpido narcótico que no tiene de libro sino falaz pergenio y simulada apariencia. Un objeto mercantil, de pequeñas hojas papiráceas, impresas por entrambas carillas y cosidas en bloque por uno de los lados, esto es lo que, sin más requisito ni miramiento, se clasifica como un libro. Y así pasa como evidente que la producción libresca aumenta desaforadamente en nuestros días. Guardémonos de este error vulgar. Lo que aumenta en proporciones formidables es la emisión de tomos o volúmenes, que no es lo mismo que la aparición de libros. El común de los tomos y volúmenes que con tesón cotidiano, ad nauseam, *vomitan las prensas,*

no son sino un rimero de papel sucio, con que luego el mercader "envolverá azafrán y alcarabea". Escritores hay, y muy ilustres, que cuentan en el haber de sus obras alrededor de medio centenar de tomos y ni un solo libro: verdadero libro. La esencia característica del libro no es cuestión de dimensiones materiales. De la propia suerte que una célula es ya vida, así, a veces, un parvo folleto es ya todo un libro; esto es, un inminente estado de espíritu colectivo. Por ejemplo, El contrato social. *Otras veces, el libro adquiere proporciones elefantinas, o lleva consigo su propia prole, y se compone de muchos tomos o volúmenes, como la Biblia, el libro (o mejor, familia de libros) por antonomasia. Porque, de tal o cual tamaño, eso es un libro, un ser vivo. Y en la inmarcesible región del espíritu, aquello que nace a la vida jamás fenece. Aunque también en ocasiones el espíritu padece engaño transitorio e imagina como estructuras vitales cosas que no son sino* idola mentis, *sombras vanas y fetiches caedizos de la imaginación o del deseo. Un libro genuino aparece de raro en raro. Por eso su aparición debiera ser saludada con salvas, como el nacimiento de un príncipe heredero. Verdad que acontece, acaso, que un libro, a semejanza del rey David, no hijo del rey, sino padre de reyes, nace y discurre sus días primerizos en soledad esquiva e ignorada. No importa; al cabo reinará sobre el pueblo de los elegidos y la voz de su salterio se multiplicará en ecos innumerables.*

Quiero aquí, en su propio umbral, saludar la aparición de este verdadero libro. Libro que ni siquiera está bautizado, puesto que difícilmente se puede calificar de título el rótulo que lleva en la portada. En cierto linaje de libros, el rótulo es lo de menos. Lo capital es la paternidad: la cabeza que los engendró. Digo los libros de ensayos. Libros famosos existen sin bautizar, designados no más que bajo el mero y simple rótulo genérico de Ensayos; *bien que van suscritos por un Montaigne, un Bacon, un Carlyle, un Emerson, un Unamuno.*

Este nuevo y verdadero libro es, asimismo, un libro de ensayos. En su portada figura un sobrio rasgo descriptivo: TRES ENSAYOS SOBRE LA VIDA SEXUAL. Su autor, Gregorio Marañón.

En el friso de la vida española, en pleno aire, la figura de Gregorio Marañón destaca en relieve exento de singular magnitud y dinamismo. Su personalidad extraordinaria asume en sí armoniosamente todas las manifestaciones activas que la cultura clásica juzgó indefectibles, a fin de realizar el canon del hombre integral: esposo, padre, amigo, ciudadano, artista y sabio. La nombradía dilatadísima de que goza se originó señaladamente de su aventajamiento en el arte y la ciencia hipocráticos. En él parecen revivir las virtudes mágicas, diagnósticas y terapéuticas, de los fabulosos Asclepíades. Sus obras de carácter científico están reputadas fuera de España como standard books, *obras fundamentales en el asunto de que tratan. Estos excepcionales lo-*

gros de la inteligencia y de la diligencia no encierran el perímetro de la personalidad de Marañón. Un profesional, aunque alcance a ser el primero de su profesión, si no es más que un profesional, es bien poca cosa. Lo que ante todo define al hombre, ¿hará falta decirlo?, es la hombredad. Por su mucho saber, tal vez un hombre es útil a los demás hombres, como lo puede ser una máquina, y esto no siempre. Por su hombredad, el hombre se afirma hermano de otros hombres y, por ende, se hace amar de ellos fraternalmente. La medida de la hombredad está en razón directa de la mayor suma de actos humanos, buenos o malos, elevados o torpes, generosos o egoístas, que, aun siendo ajenos, no se consideran ajenos a la propia hombredad. Por lo tanto, la hombredad estriba en la universal simpatía comprensiva; sentimiento de tolerancia y emoción para la justicia. La hombredad se revela de un modo patente e inequívoco así en la vida pública como en la vida privada.

Hablar de la vida pública de Marañón no sería prudente. Hablar de su vida íntima, acaso sería indiscreto e indelicado por mi parte. Sin embargo, desde Montaigne acá, cuando hincha y colma el arquetipo ideal de ese moderno género literario que se denomina ensayo, el autor se comporta y exterioriza antes como hombre que como autor. En todo ensayo modelo, más o menos paladinamente y sobre las impresiones de orden literario, se nos ofrece y entrega el autor con doble aspecto: como hombre íntimo y como espejo

del universo. El ensayo es la literatura más personal, más vinculada a la persona del autor. Un ensayo vale exactamente lo que vale el hombre que lo ha trazado (luego de vivirlo y pensarlo). Un ensayo puede estar mejor o peor escrito. Conviene que esté lo mejor escrito posible. Pero esto es secundario. Diré al paso que los ensayos de Marañón están vestidos de un estilo justo, flexible, fecundo, animado, correcto y bello. Se trata de un escritor agraciado con innata aptitud expresiva, un escritor de gran casta, en edificante contraste con tantos del oficio, ahora que se ha difundido como donosura y genialidad que el escritor se vanaglorie de menospreciar la gramática y la retórica. Pero lo que constituye el tuétano substantífico y perdurable de este libro de ensayos es su valor de humanidad. Humanidad de antaño, de hogaño, de siempre.

La Humanidad, a pesar de mudanzas infatigables en su semblante, muestra escrupulosa constancia y fidelidad para consigo misma; un carácter sostenido, como solían exigir los críticos teatrales. Si así no fuera, la Historia y la vida cesarían de inspirarnos expectación y apasionamiento. Y lo que determina la ley de constancia en la vida, es la aspiración, jamás desengañada y en perpetuo renacimiento, hacia la libertad, esto es, hacia la plenitud. Aun concedido que la vida, en su más alta significación, no sea sino deporte —como quieren los frívolos— lo cual vale tanto como destituirla de significación; aun en este caso, un deporte arbitrario y estaciona-

rio, sin goal, *sin meta, resultaría enfadosísimo, abrumador, insostenible. Nada monta que la libertad sea una ilusión, puesto que es la sola ilusión vital, y es lo mismo que si dijéramos que la vida es una ilusión, un sueño. Sea. Hasta los sueños obedecen a una ley y esconden un sentido.*

En nuestros días, la vida parece estar denodadamente resuelta en recobrar su papel de protagonista de la Historia; en reconquistar la máxima libertad. Anteriormente, la vida tanteaba adquirir la libertad —una libertad parcial y restringida— aplicando incesante conato en seguir derroteros unilaterales y centrífugos como:

la libertad política del individuo frente al poder del Estado, durante el siglo XIX;

y antes (siguiendo en esta recapitulación sintética una marcha retrógrada), la libertad de la razón normativa, que es lo universal, incorporada en el Estado, frente a la crecida del inculto instinto individual, durante la época del despotismo ilustrado y de los grandes sistemas filosóficos, siglos XVIII y XVII;

y antes, la libertad del instinto, del yo, *instinto sagrado por ingénito, irrebatible e insobornable, que es como la firma o impronta del pulgar divino en la materia plástica de cada ejemplar humano; en otras palabras: la libertad de conciencia, frente a la tiranía del dogma religioso durante la Reforma y el Renacimiento;*

o bien antes todavía, a la manera que Arquímedes postulaba un punto de apoyo fuera del mundo, desde donde mover el mundo, la vida

emigraba de su centro de gravedad en solicitud de un asidero sublime y sobrenatural con que manumitirse de la maldición de la muerte, mediante la salvación eterna, a lo largo de los siglos medios. Franklin pudo inscribir su divisa "ubi libertas, ibi patria" (allí está mi patria, donde mi libertad) con título tan legítimo como el hombre puramente religioso que exclama: "Mi patria es el cielo. Necio, ¿es la tierra el centro de las almas?"

De todas aquellas parciales y sucesivas adquisiciones de libertad, la vida no se aviene a abdicar ninguna; antes está empeñada en conciliarlas, acordarlas, conformarlas en vastísima y unánime sinfonía y acrecentarlas hacia la plenitud de un himno en que todos los humanos participen. En lo social, sólo se le presenta a la vida la tarea próxima de ganar lo que al presente parece la forma postrera de libertad: la libertad económica. Por eso —no nos mal engañemos— en el socialismo y en el comunismo está almacenada la energía potencial del futuro próximo. Todas las otras renovadas y dictatoriales vejeces políticas no son sino frenos, acaso convenientes y aun quizá necesarios. Pero no olvidemos que el freno es lo opuesto al motor. No olvidemos tampoco que todas las variedades, establecidas y por establecer, la libertad pública, no son en sí mismas fines, ni siquiera medios, sino condiciones para el brote sin traba y el natural desarrollo del hombre verdaderamente libre, dondequiera que su simiente se esconda. Porque el número de los hom-

bres verdaderamente libres, los cuales anticipan un paso venidero hacia una mayor libertad para el resto y grey de los mortales, siempre será escaso con relación a su época. Entiendo por hombre libre aquel que ciertamente conoce y se atiene a los móviles y fines de su conducta, ora abandonándose a la fluencia del instinto, ora guiándose por los cauces geométricos de la razón. El hombre libre, ese sí, es ya un medio para la libertad aumentativa de los demás, y de aquí que el hombre libre nace con antelación a su época. La libertad la otorga el conocimiento: de una parte, conocimiento de las latentes leyes naturales y de las raíces más hondas y obscuras de la vida física y vegetativa, función que compete a la ciencia (a la ciencia auténtica y responsable, que no al deleitantismo y superficial aficionadismo); de otra parte, conocimiento de los gérmenes más sutiles y soterrados de la vida espiritual, función peculiar de la literatura.

El género literario llamado "ensayo" es un producto del injerto de la ciencia en la literatura. De consiguiente, el ensayo recaba para sí la categoría de punto de referencia con que emplazar y apreciar la evolución de los géneros literarios clásicos en la literatura moderna. Lo típico de todos estos géneros (la acción en el drama, la narración en la novela, el metro y la rima en la poesía) se ha atenuado, cuando no se ha esfumado por completo, en el estadio actual de su evolución; estadio de transición, a mi juicio. En cambio, todos ellos se han anudado al ensayo con

íntimos lazos conyugales. Y recíprocamente, el ensayo embebe e irradia, a menudo, emoción dramática, emoción novelesca, emoción lírica. Nos lo comprueban los ENSAYOS SOBRE LA VIDA SEXUAL, *por Marañón.*

La vida sexual. No faltará quien afecte un mohín pudibundo y escandalizado. La moral sexual, hasta hace poco, se imaginaba y mantenía al modo de un sepulcro blanqueado: limpio de fuera, gusanera dentro. En lo tocante a la cuestión sexual, la conciencia del individuo debía remedar la página en blanco, sobre la cual no hay nada escrito, o a lo sumo un madrigal mentiroso. Y por bajo de esta inmaculada envoltura, cabezas podridas de libidinosidad, nervios conturbados e indóciles, tragedias morbosas. Pero la vida moderna anhela desapoderadamente la plenitud de su libertad interior por la plenitud del conocimiento claro y grave de sus orígenes, si hasta ahora vergonzantes, no por eso vergonzosos. La vida ansía purificarse purificando su manadero. Si el caudal de la vida discurre turbio o desabrido es porque han revuelto milenariamente cieno en su hontanar. Desde el siglo V antes de Cristo, la vida no había afrontado, como ahora, el deber para consigo misma, arriesgado y austero de confesarse su verdad, toda su verdad, sin mengua ni hipocresía.

Decía el proverbio helénico que las cosas perecederas adoptan idiomas diferentes y efímeros; pero que las cosas de eterna substancia se rigen siempre por un idioma único e inmortal.

Como en antiguos tiempos la cadena de torres de los vigías, plantadas en el ápice de las eminentes cumbres, encendiendo lumbraradas en la noche, se transmitían de una a otra, a través de distancias enormes, las noticias dignas de ser propagadas, así cuando una mente con querencia a las cimas del pensamiento se alza a contemplar las fluctuaciones de la Humanidad desde una perspectiva aguileña y panorámica, lo primero que experimenta es que desde otras cimas pretéritas, a distancias de siglos, se le entrega la antorcha eterna, que a su vez debe ser proyectada y transmitida hacia la posteridad.

En el libro de Marañón, involuntariamente por parte del autor, convergen resonancias del idioma único e inmortal: desde Israel, desde Grecia, desde el Lacio. Este libro es como la repercusión, hoy en día, de otro libro celebérrimo, compuesto por el maestro León: aquel padre río, lleno de majestad y de música cordial, que se nutrió con sendos afluentes, aflorados en las propias sienes del Sinaí, del Olimpo y del Capitolio. Hasta aquí solía colocarse en la canastilla de las presuntas esposas La perfecta casada, *de fray Luis de León.*

Desde aquí, par a par de él, debiera anidar el libro de Marañón.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

I

SEXO, TRABAJO Y DEPORTE

EL SENTIDO DE LA ACCIÓN

Al contemplar a una ciudad desde una gran altura lo que más nos sorprende es la acción frenética que agita a sus habitantes. Cuando estábamos entre ellos la perspectiva cercana y el propio movimiento amenguaban esta impresión de frenesí que nos dan, vistos de lejos y a salvo ya de la corriente impetuosa que los arrastra. Si cerramos ahora los ojos y vemos, en la perspectiva de nuestro espíritu, el espectáculo de la Humanidad entera, como veíamos desde una torre a nuestros contemporáneos de la ciudad, aquella impresión se agiganta. Desde que existe el mundo, en las cinco partes de la Tierra, los hombres se afanan en un ir y venir incansable, que a la distancia nos parece sin sentido; como el de los infusorios que cortan en zigzags rapidísimos y en apariencia absurdos el campo visual, cuando miramos al microscopio una gota de agua.

Nos preguntamos entonces qué hacen esos hombres, que corren y accionan, como poseídos de locura, y se nos responderá: trabajan o se divierten. Pero desde nuestro observatorio, trabajar o divertirse no son sino pretextos; y tornamos a preguntar: ¿por qué trabajan? y ¿por qué se divierten? He aquí el tema del presente ensayo.

EL TRABAJO, CARÁCTER SEXUAL

Para el hombre de nuestra religión, el trabajo es originariamente un castigo del Cielo. Hubo un hombre, Adán, que durante una parte de su vida no conoció el trabajo, o al menos no lo conoció como castigo. Vivía por vivir en la soledad de dos en compañía, del Paraíso Terrenal, sin esfuerzos y sin dolor. Pero un día sucumbió a la tentación de la mujer y fué arrojado al mundo por el Dios irritado. "Con el sudor de tu rostro, le dijo, comerás el pan hasta que, al morir, vuelvas a la tierra." Y a partir de este instante, el hombre y todos los demás hombres quedaron sujetos al yugo doloroso del trabajo.

Basta volver unas pocas páginas del Libro Sagrado para ver que muy pronto rehuyeron los descendientes de Adán la maldición divina. El hombre se dividió en seguida en castas, y el sufrir para comer quedó reservado tan sólo a una parte de los mortales. Los otros se libertaron del yugo y vivieron sin trabajar. Puesto que era un castigo ganar el pan, prefirieron eludirlo, sin grave anatema, por cierto, de los encargados de hacer cumplir la voluntad de Dios sobre la Tierra.

Para los fisiólogos, el trabajo es una necesidad saludable. El organismo —nos dicen— necesita de la actividad, tanto porque ésta le procura el pan de cada día como por ser la fuente principal de las energías que nos hacen vivir y ser fuertes.

Vamos a ensayar nosotros el buscar la significación del trabajo en la vida humana desde el punto de vista de la biología general; advirtiendo que no por hablar de biología pretendo dar a mis opiniones, tal vez un tanto arbitrarias, un carácter doctoral, sino sólo el de modestas sugestiones discutibles.

¿Es el trabajo, en efecto, algo postizo al ser humano, que éste pueda aceptar o no, según su conveniencia o según la ley de la necesidad se lo dicte? ¿Es una condena que se extinguirá algún día? ¿Es la mera consecuencia de una desarmonía económica? ¿Es pura y simplemente una necesidad higiénica?

Contestemos, rotundamente, que no. El trabajo puede ser todo esto; pero originaria, fundamentalmente, es una función normal del organismo, como la digestión o la copulación.

Ahora bien; es una función discrecional, no obligatoria; una función que, aunque parezca paradoja tratándose del trabajo, pudiéramos llamar "de lujo", puesto que no es indispensable para la vida del individuo; y, de hecho, muchos hombres viven sin trabajar. Y es porque, contra lo que parece a primera vista, no se trata de una

función adscrita solamente al instinto perentorio de la conservación, sino íntimamente relacionada también con el instinto, menos urgente, de la procreación, de la difusión de la especie. O para expresar más terminantemente nuestro pensamiento: el trabajo es, en cierto modo, una función de orden sexual, un verdadero "carácter sexual", como dicen los naturalistas.

Esta es mi tesis, cuya demostración, relativamente fácil, nos servirá para iluminar de un modo nuevo algunos aspectos interesantes de la vida social del hombre y de la mujer.

CARACTERES SEXUALES PRIMARIOS

Veamos, ante todo, cómo podemos incluir el trabajo entre los caracteres sexuales. Por caracteres sexuales se entiende, como todo el mundo sabe, aquellos rasgos anatómicos y funcionales que nos permiten distinguir ante un animal dado, cualquiera que sea su especie, si pertenece al sexo femenino o al masculino. Para la mayoría de las especies superiores, el vulgo tiene un conocimiento empírico de una parte de esos caracteres sexuales. Cuando entramos en un gallinero distinguimos, desde niños, al macho, al gallo, por su cresta eréctil, por su espolones agudos y por el plumaje vistoso, que no tiene la hembra. Apreciamos, además, en seguida, que su tamaño es mayor, y su vigor muscular, incomparablemente más grande que los de la gallina. Y aun no nos

es preciso verlos para diferenciarlos, porque nos basta, para poder hacerlo con toda precisión, el oír el canto agudo del uno y el cacareo pacífico de la otra. Estos son, pues, los caracteres sexuales, que culminan en el examen directo de los órganos de la reproducción y en el uso, exactamente inverso y complementario, que hacen de ellos en el momento de la cópula.

Pero esta apreciación de los caracteres distintos del sexo, que se hace con tanta facilidad en la mayor parte de los animales superiores, es muy difícil en las especies pertenecientes a los últimos escalones de la zoología. Y a su vez, en la especie humana, la complejidad que alcanza la vida sexual hace que la diferenciación entre ambos sexos se complique aun en condiciones normales, y mucho más, desde luego, en las condiciones patológicas. Esto ha dado lugar a que naturalistas, fisiólogos y médicos hayan profundizado en el estudio de los caracteres sexuales, contando en la actualidad este problema con una bibliografía que no sería posible resumir, por lo que nos atendremos a nuestro modo personal de pensar, que difiere en varios puntos esenciales de lo que generalmente admiten los autores.

Refiriéndome concretamente a la especie humana, he dividido (1) los caracteres sexuales con arreglo al cuadro de la página siguiente, que no es preciso dilatar con más explicaciones. Se ve por él, que tanto se diferencia el hombre de la mujer por *caracteres anatómicos,* esto es, por su constitución orgánica, por su arquitectura física,

cuanto por *caracteres funcionales,* es decir, por el distinto modo y calidad de muchas de sus actividades. Y tanto los caracteres anatómicos como los funcionales los subdividimos en *primarios y secundarios,* clasificación ya vieja, pero empleada de un modo equívoco por los autores.

Los caracteres anatómicos primarios son los órganos generadores, que precisamente en nuestra especie alcanzan su máxima diferenciación; no hay para qué insistir sobre ello. Pero observemos la distinta importancia que, con relación al resto del organismo, tienen en uno y otro sexo. El aparato reproductor del varón es proporcionalmente de poca magnitud, y en su casi totalidad externo y como añadido a la arquitectura general del individuo.

En la mujer, por el contrario, este aparato alcanza una masa considerable, ocupando casi totalmente una de las grandes cavidades del tronco, la cavidad pelviana; y aun tiene, lejos de ésta, dos órganos accesorios, las mamas, que tanto contribuyen al distinto pergeño de los sexos, y que tanta trascendencia adquieren en la vida de la mujer normal.

Estas diferencias fundamentales en la anatomía nos indican ya la distinta importancia que la correspondiente función sexual primaria ha de tener en cada una de las dos mitades del género humano.

La función sexual primaria es, en efecto, en el hombre, breve y pasajera, como es poco importante su aparato reproductor primario. La cópula con

CARACTERES SEXUALES

		MUJER	HOMBRE
ANATÓMICOS	*Primarios (genitales)*	a) Ovarios. b) Trompas. Útero. Vagina. Vulva (clítoris, labios, etc.).	a) Testículos. b) Epidídimo. Vesículas seminales. Conducto deferente. Próstata. Pene. Escroto.
	Secundarios (sexuales)	c) Mamas bien desarrolladas. a) Desarrollo pelviano predominante con relación a la cintura escapular. b) Sistema locomotor menos enérgico. c) Mayor desarrollo y distribución especial de la grasa subcutánea (principalmente acumulada en la mitad inferior del cuerpo. d) Sistema piloso infantil y cabellera larga y permanente. e) Laringe adolescente.	c) Mamas rudimentarias. a) Predominio del desarrollo de la cintura escapular sobre la pelvis. b) Sistema locomotor enérgico. c) Tejido adiposo menos desarrollado y distribuido de un modo típico (principalmente en la mitad superior del cuerpo). d) Sistema piloso desarrollado y cabellera corta y caduca. e) Laringe desarrollada.
FUNCIONALES	*Primarios (genitales)*	a) Líbido hacia el hombre. b) Orgasmo sexual lento y no preciso para la fecundación. c) Aptitud concepcional. Menstruación (ovulación). Embarazo. Parto. Lactancia.	a) Líbido hacia la mujer. b) Orgasmo sexual rápido y necesario para la fecundación. c) Aptitud fecundante.
	Secundarios (sexuales)	a) Instinto de la maternidad y cuidado directo de la prole. b) Mayor sensibilidad a los estímulos afectivos y menor disposición para la labor abstracta y creadora. c) Menor aptitud para la impulsión motora y activa y para la resistencia pasiva. Marcha y actitudes características. d) Voz de timbre agudo (soprano a contralto).	a) Instinto de la actuación social. (Defensa y auge del hogar.) b) Menor sensibilidad a los estímulos afectivos y mayor capacidad para la labor abstracta y creadora. c) Mayor aptitud para el impulso motor y para la resistencia pasiva. Marcha y actitudes características. d) Voz de timbre grave (bajo a tenor).

la hembra puede durar tan sólo unos minutos —tal vez menos de uno— que sobran, sin embargo, para que el varón cumpla íntegramente esta función fundamental. Pero en la mujer esos minutos no son sino el comienzo de una larga serie de fenómenos complicados y molestos, en cuyos largos meses de transcurso todo el organismo materno, hasta la última de sus células, se modifica profundamente para culminar en el trance doloroso del alumbramiento y para seguir con el período dilatado de la lactancia, durante la cual desde las más altas a las más menudas actividades vegetativas de la mujer convergen a la conservación y auge del recién nacido.

Cuando contemplamos al hombre y a la mujer en el plano de ciertas actividades intelectivas y sociales, podremos, por tanto, hablar de la igualdad, siempre relativa, de los sexos. Pero vistos uno y otra con los ojos del naturalista, se percibe esta fundamental diferencia que los separa. Fundamental en su sentido estricto, porque afecta a las raíces más hondas de sus organizaciones respectivas. Un soldado ebrio viola a su paso por la ciudad conquistada a una mujer, desmayada de horror, y sigue su camino sin conservar tal vez ni el recuerdo de la pobre hembra pasiva, a la que la naturaleza ordena, sin embargo, la misma esclavitud al ciclo sexual que a la madre fecundada en una hora de amor consciente y entrañable. Lord Byron, a pesar de su escasa beligerancia moral en los temas afectivos, afirmaba esto mismo al decir que "el amor del hombre es cosa distinta de su vida; mientras que el amor de la mujer es su vida entera".

Y este hecho, que tiene la apariencia, pero sólo la apariencia, de una injusticia monstruosa, debe servirnos de punto de mira constante al tratar de la vida de los sexos y de sus relaciones con la actividad social.

CARÁCTERES SEXUALES SECUNDARIOS

Mas el hombre y la mujer no se diferencian sólo por estos rasgos y estas funciones primarias, sino que, como puede verse en el cuadro, el sello sexual se imprime mucho más allá, hasta rincones de nuestra organización que parecen al pronto muy lejanos de los expuestos. Salvo las vísceras más groseras, apenas hay porción del cuerpo que no tenga "su sexo", como lo tiene el cuerpo en su totalidad (2). Los médicos legistas llegan a diagnosticar a la vista de un trozo reducido de cadáver, casi informe, si perteneció a una víctima masculina o femenina. Y en un osario común, en uno de esos montones de huesos incompletos y medio calcinados que vemos a veces en un rincón de los pequeños cementerios aldeanos o en las fosas de las necrópolis antiguas, es posible averiguar si el fragmento del cráneo o de fémur que cogemos al azar sustentó un organismo de hombre o de mujer.

Todos estos detalles, que ya no pertenecen a los órganos de la reproducción, pero que tienen un

sello sexual, son los *caracteres sexuales secundarios*, muchos de los cuales, como ya hemos dicho, aprecia empíricamente el vulgo tan certeramente como los primarios mismos: tales son la presencia o ausencia de barba, el aire nervudo y la línea robusta y escueta varonil o la suavidad del contorno femenino, etc. Si nosotros consideramos ahora atentamente cuáles son, entre estos rasgos secundarios, los que mayor importancia tienen para la diferenciación sexual, llegaremos a las conclusiones siguientes:

En el hombre, el sistema nervioso tiene una constitución más estable que en la mujer, que no puede, por ahora, apreciarse en detalles estructurales definidos, pero sí en diferencias esencialmente profundas de su funcionamiento.

En el hombre, el sistema locomotor —los músculos, las articulaciones y los huesos— alcanzan un desarrollo mucho mayor que en la mujer. Sobre todo es significativa la mayor amplitud del esqueleto torácico en el hombre, frente al más enérgico desarrollo de la pelvis femenina: símbolo de la mayor aptitud del varón para el esfuerzo físico y de la específica trascendencia de la función maternal en la mujer.

En el varón, la grasa se distribuye de distinto modo que en la hembra, en la cual es más abundante y se acumula en sitios de elección que, en colaboración con ese distinto desarrollo del esqueleto y de los músculos a que nos acabamos de referir, dan al cuerpo femenino su morfología peculiar, grácil y suave.

La distribución y la longitud del cabello y del vello es también profundamente distinta en cada sexo. El vello de la mujer es juvenil. El del hombre, profusa e intensamente desarrollado. El cabello es, en cambio, largo y tenaz en la mujer; corto y caduco en el varón.

Y, por fin, la laringe varonil alcanza un grado de desarrollo mayor que la laringe femenina, diferencia ostensible desde el punto de vista morfológico por la prominencia de este órgano en el hombre, formando "la nuez", que en la mujer no existe; y desde el punto de vista funcional, por el distinto tono de la voz en uno y otro sexo.

Ahora bien; así como el diferente plan estructural de cada aparato generador nos marcaba la distinta modalidad que alcanza en cada sexo la función generadora, así también estas diferencias anatómicas secundarias implican una diferencia importantísima en las actividades secundarias de la mujer y el hombre. Si la laringe de éste es más potente, la voz varonil será necesariamente más grave que la femenina, como acabamos de decir; y la voz será, por tanto, un carácter sexual. Si los músculos de la mujer son menos fuertes y se insertan en huesos más delicados, el rendimiento del trabajo corporal será más exiguo en ella y tendrá asimismo un evidente carácter sexual. Y si el sistema nervioso reacciona en uno y otro sexo de una manera peculiar, la misma actividad nerviosa, la más noble del organismo humano, la emotividad, la ideación, se desarrollarán dentro de la esfera de acción del sexo, y en cada uno de

éstos tendrá una modalidad en cierto modo específica, una modalidad evidentemente sexual. Ya decía Nietzsche, y vemos con cuánta razón, que "el grado y la naturaleza de la sexualidad penetran hasta lo más elevado del espíritu humano" (3).

MATERNIDAD Y ACTUACIÓN SOCIAL COMO CARACTERES SEXUALES OPUESTOS

Se me dirá que entonces toda la vida humana está influída por el sexo. Y es necesario responder que sí. Actualmente están de moda —casi empiezan ya a no estarlo— las ideas de un psicólogo vienés cuyo renombre ha trascendido al público no científico, y figura ya en el pequeño acervo cultural de los eruditos de café; me refiero a Freud. Claro es que los antecedentes de la visión pansexualista de la vida son muy remotos, tan remotos casi como las primeras meditaciones sobre el hombre y sobre su actividad. Mas Sigmund Freud ha sido quien ha defendido, con mayor acopio de razones concretas y humanas, la teoría de que la influencia sexual no sólo rige los actos directamente sexuales mismos, sino que, como un duende, se infiltra en las actividades humanas más alejadas del sexo. Pero sus ideas se refieren más especialmente a la patología, a la neurosis, que no a la vida normal; por lo menos a mí, lo que Freud llama "vida normal" me ha producido siempre una impresión de cosa turbia, de normalidad a través de una pesadilla; o, en todo caso,

de una normalidad septentrional distinta de la nuestra (4). Sin entrar aquí en comentarios profundos de la doctrina freudiana, desde un punto de vista puramente terminológico, hay en sus versiones y comentarios corrientes un error o, más bien, un equívoco, que es el origen principal de la irritación que en ciertos medios se ha despertado contra su autor. Este equívoco consiste en confundir el *hambre sexual,* esto es, la fuerza de atracción que hace buscarse y unirse a la mujer y al hombre, lo que los fisiólogos denominan la *líbido,* con el *instinto sexual,* que es un concepto mucho más amplio y noble que aquél. La líbido es una manifestación vegetativa del instinto sexual, como el hambre es una manifestación vegetativa del instinto de conservación. Líbido e instinto sexual son, pues, tan parecidos y a la vez tan diferentes, como lo son la parte y el todo. Cuantos aspavientos se hacen en torno de estos puntos de vista resultan inútiles con sólo tener presente esta distinción elemental. Y así: será, efectivamente, exagerado el suponer, como los ultrafreudianos, en cada objeto de la vida un símbolo de los órganos generadores, y en cada acto un recuerdo, más o menos modificado o disimulado, de la cópula. Pero no puede negarse que el instinto sexual, en su más amplia interpretación, *esto es, como expresión de la energía que cada ser viviente desarrolla para perpetuarse en la especie,* aparece aquí y allá, a cada instante, poniendo su acento vigoroso sobre las diversas actividades humanas. Y este acento sexual es especialmente cla-

ro en el caso del trabajo, como intentaremos demostrar.

Todas las diferencias anatómicas que, según acabamos de ver, impone el sexo al organismo, y por tanto a las actividades de éste, nos indican claramente que así como la mujer está principalmente construída para realizar una completa función sexual primaria —concebir al hijo, incubarlo, parirlo y lactarlo— y el hombre, por el contrario, cumple esta función de un modo fugaz, como el farolero que toca la boquilla del gas con su pértiga y desaparece dejando la llama encendida; en cambio, las funciones sexuales secundarias son infinitamente más importantes en el hombre que en la mujer. Ésta, no sólo no tiene tiempo —si es como debe ser teóricamente, fecunda y multípara— durante los años mejores de su vida, para otra cosa importante que para gestar y criar a sus hijos, sino que, además, su organismo no tiene, en condiciones habituales, aptitud para la lucha con el medio, que podemos llamar, para entendernos brevemente, "actuación social". Su sistema óseo y muscular es poco a propósito para todo impulso motor enérgico y continuado y para la resistencia pasiva y prolongada que exige el gran trabajo físico. Por ello, el capitalista, que no suele tener sentimentalismos que deformen su visión de la realidad, procede con lógica al dar menos sueldo en sus fábricas o en sus minas a la mujer que al hombre. Y en cuanto a lo psíquico, la especial constitución de su sistema nervioso y endocrino, que la hace infinitamente apta para los

estímulos sensitivos y emocionales tan propios de la maternidad, la hacen, en cambio, poco dispuesta —*en el promedio de los casos*— para la labor mental abstracta y creadora.

En el hombre ocurre, punto por punto, lo contrario. Está dotado por la naturaleza para trabajar físicamente y para resistir con tenacidad la fatiga corporal. Y su estructura endocrina y nerviosa le hace menos sensible a los asedios afectivos y más apto para la creación mental. Su anatomía y su fisiología le impelen, por tanto, a la lucha con el medio, a la actuación social, para la que, como hemos visto, la episódica preocupación sexual primaria apenas le debe robar tiempo.

De manera que así como la líbido masculina —la apetencia por la mujer— se opone a la líbido femenina —la apetencia por el hombre— así también al instinto de la maternidad y cuidado directo de la prole, innato en la hembra normal, se opone el instinto de la actuación social en el varón fisiológico. Vemos, pues, al trabajo ligado directamente al sexo, como actividad masculina frontera y paralela a la femenina de la maternidad. El análisis biológico confirma así el profundo sentido de la primera página del *Génesis:* Adán nace para el trabajo en el mismo momento en que Eva, la madre de todos, nace para la vida del sexo. Y Dios marca a uno y a otra con toda claridad los dos caminos paralelos: "Tú, hombre, trabajarás; tú, mujer, parirás."

DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO EN LA VIDA PRIMITIVA

El sentido sexual del trabajo masculino puede aparecernos borroso en la sociedad de ahora, tan complicada y tan lejana de la vida natural y esquemática de los hombres primitivos. Pero en éstos se descubre con toda nitidez. Y antes que el hombre primitivo, el animal no doméstico nos da ya ejemplo más puro de esta prístina y fundamental división del trabajo que pudiéramos llamar de origen divino. Mientras la hembra del pájaro empolla sus huevos, el macho vuela sobre los campos en busca del alimento para ella. Son, pues, estos afanes del macho tan precisos para la especie, tan sexuales, como los de la madre misma. E igual ejemplo podría repetirse en muchos órdenes de animales más. Es preciso que venga la domesticidad, esto es, la civilización del animal, para que el macho pueda desentenderse de este trabajo ligado a la vida sexual primaria. El desdén con que el gallo olvida a la gallina inmóvil sobre sus huevos, delegando su cuidado y alimentación en el mozo del corral, mientras él se contonea entre las demás hembras del harén, es ya un caso de "donjuanismo zoológico", es decir, de atentado a las obligaciones esenciales del sexo, en el que se delata la torpe mano inductora del rey de la creación.

Con la misma pureza que en los animales podemos concebir la división del trabajo en el hombre primitivo que habitaba los paraísos templados de la edad terciaria y las cavernas del período cuaternario. Mientras la hembra gestaba, paría y lactaba, preparaba el varón las trampas para cazar las fieras peligrosas y los animales aptos para la alimentación; perseguía al reno y al jabalí con el arco y la flecha, y defendía el hogar contra los otros hombres y contra las inclemencias del ambiente. Cumplía, pues, el hombre, al trabajar así, una función aneja al sexo, de carácter secundario en la categoría fisiológica, pero tan importante como la función sexual primaria para el porvenir y la conservación de la especie.

Las famosas ideas de Bachofen sobre la soberanía de la mujer en las edades prehistóricas, que tanto citan los autores feministas, aparte de ser discutibles, no afectan para nada a este concepto de la división primitiva del trabajo (5). Más adelante volveremos sobre el significado de esta ginecocracia remota. Por ahora, insistamos en que nosotros, fuera de toda fantasía, no podemos juzgar de la acción sexual de los hombres primitivos más que por los objetos que ellos nos han legado y por las escenas pintadas, a los que luego nos referiremos; y unos y otras indican ya que la mujer se adornaba, es decir, hacía de la atracción sexual su preocupación dominante, y el varón, en tanto, se proveía de arreos y armas para luchar con el medio.

SEXO Y TRABAJO

Claro que no puede negarse la significación del trabajo como actividad ligada al instinto de conservación, de defensa del propio individuo. En realidad, nunca podemos oponer ambos instintos —el sexual y el de conservación— como no nos es posible separar al individuo de la especie. Pero un hombre teórico, aislado, sin sexo y sin descendencia, viviría con un mínimo de esfuerzo, con un trabajo tan exiguo como el de alargar la mano para recoger los frutos que espontáneamente ofrece la Naturaleza. El trabajo como tensión dolorosa, como preocupación, comienza en el momento mismo en que se forma la familia, fruto del acto sexual; y sin ella no se concibe la formidable transformación que ha sufrido la actuación social del hombre hasta constituirse las sociedades modernas. Insistamos en la honda significación filosófica del lanzamiento de la pareja humana primitiva del Paraíso terrenal: el hombre y la mujer nacen a un tiempo y para siempre, ella a la vida del sexo y él a la del esfuerzo cotidiano. Y en las primeras imágenes humanas que conocemos, en esas escenas maravillosas del arte rupestre, en que son tan ricas las grutas de nuestro país, encontramos invariablemente, en cada figurilla, estos dos elementos y sólo estos dos: el trabajo, expresado en el gesto de correr o de lanzar la flecha, y el sexo, simbolizado por el falo. Casi nunca falta éste, y en ningún caso aparece

el hombre en actitudes relacionadas con el puro instinto de conservación: comiendo o durmiendo, por ejemplo; siempre trabajando, y, en ocasiones, bailando, que es también un equivalente del trabajo, de profundo sentido sexual, como en otra ocasión comentaremos.

Sexo y trabajo: desde los albores de nuestra vida en el planeta aparecen unidos por un indisoluble lazo biológico.

TRANSFORMACIÓN ACTUAL DE LA DIVISIÓN PRIMITIVA DEL TRABAJO

Con el progreso de la Humanidad, este esquema primitivo se complica. Pero todavía en la actuación social del hombre contemporáneo es posible seguir fácilmente el rastro de la influencia sexual. El trabajo directo de cada hombre para defender y alimentar a su pareja y a su prole se transforma en la lucha por adquirir los valores arbitrarios —el dinero— con que se compra el alimento y se paga a quien nos libera de las rudas faenas primarias. Y desde este momento entran en juego dos elementos nuevos que dan su modalidad definitiva y su irreparable desequilibrio a la actividad social del hombre contemporáneo: la avaricia y la ambición de la gloria. Podrían reunirse en uno solo: la voluntad de mandar.

La avaricia, esto es, el apetito desordenado de tener más dinero que el que basta para el sustento familiar; más dinero que los hombres que

nos rodean, para dominar a éstos, para vivir mejor o simplemente por el placer de guardarlo. Y la ambición de la gloria, es decir, el deseo de prevalecer sobre nuestros semejantes por una superioridad reconocida, jerárquica, física o intelectual. En distintas proporciones y por diversos caminos, estos dos estímulos, el dinero y la gloria, son los impulsos de casi todas las acciones humanas, y ya vemos cuán directamente derivan de la función sexual. Así, pues, el financiero que trama una jugada fabulosa o el poeta que transmite al papel el estremecimiento de su inspiración, obedecen a la ley suprema del sexo, como el hombre cuaternario que esperaba agazapado entre los arbustos de la orilla el paso de las fieras sedientas. Del mismo modo que la madre europea que pare, sin sufrir, gracias al anestésico, en una clínica; que entrega sus hijos a la técnica científica de otras mujeres, y que unos días después reanuda su vida de sociedad, cumple su deber sexual primario, todo lo dulcificado que se quiera, como la mujer cavernaria que alumbraba tras largas horas de dolor sobre un montón de hojas y de arcilla, y que durante muchos meses nutría de su pecho al hijo de sus entrañas.

Entre el esfuerzo rudo primitivo y el dinero o la gloria actuales no hay más que diferencias externas: su sentido sexual es el mismo (6). La prueba es que ambos objetos de la actividad humana se convierten frecuentemente en centros, y muy poderosos, de atracción sexual. En

las especies animales, cuando hay concurrencia de machos, éstos dirimen por la fuerza la posesión de la hembra que, al fin, es ganada por el más poderoso o el más hábil para vencer a su rival. Y es de presumir que en las primeras agrupaciones humanas el hombre disputaría a sus semejantes el amor de la mujer en una lucha parecida, como aun ocurre ahora, cuando dos jayanes enamorados se ponen frente a frente para resolver con la navaja un conflicto pasional. Pero pocas generaciones después, la hembra codiciada no se otorgaría ya sólo al más musculoso o al más corajudo en el duelo personal, sino al que poseyese más copiosos rebaños.

SEXO, LUJO Y DESIGUALDAD SOCIAL

Y aquí es pertinente observar cómo desde la aurora de la vida social el instinto del sexo asoma como una de las causas, quizá la más profunda e inmodificable de la desigualdad humana. El hombre podrá llegar, un día lejano, a partir su pan y su techo con el hermano desvalido; pero cuando pase entre los dos la mujer, y el instinto les llame a ambos con el mismo rotundo aldabonazo, cada hermano querrá ser más fuerte que el otro, por encima de todas las predicaciones de los sociólogos; y el menos vigoroso físicamente intentará superar a su rival con su riqueza o con su jerarquía. Cuando contemplamos esas pinturas prehistóricas, que constituyen una

de las más ricas fuentes de sugestiones que se han abierto a nuestro pensamiento en estos últimos años, nos sorprende —ya lo hacía notar hace poco Ortega y Gasset (7)— que antes que el vestido como necesidad aparece el adorno, esto es, el lujo. Pues bien; lujo, que equivale a decir desigualdad y casta, significa, en sus orígenes, ansia de agradar y, por tanto, sexo, nada más que sexo. Y como la dinámica del sexo jamás podrá modificarla nadie, mientras haya hombres y mujeres existirá el ansia de lujo, y, por tanto, la desigualdad existirá. Y existirá, por esta razón, más fuerte que todos los motivos estrictamente económicos. Sexo, trabajo, lujo, desigualdad: estas palabras forman una cárcel, de la que la humanidad no saldrá nunca; y es inútil buscar su sentido en las teorías económicas y sociales, porque se trata pura y simplemente de un problema de biología de los instintos.

LA GLORIA, EL DINERO Y EL SEXO

Pero dejando a un lado este punto, cuyo desarrollo nos ocuparía demasiado tiempo, es evidente —y con ello recogemos el hilo de nuestro tema— que en los tiempos actuales el dinero y la gloria acentúan y a veces substituyen a los motivos puramente físicos de la atracción sexual, con lo que queda demostrado su sentido sexual mismo.

Por lo que hace a la gloria, el hombre sabe muy bien que al triunfar, en cualquier orden de

la vida que sea, los caminos del amor se dulcifican y acortan, y la conciencia de ello o su presentimiento obscuro constituye, con toda probabilidad, uno de los elementos componentes de la gran ilusión de esa gloria, cuyo goce, por lo breve y porque nunca se colma, se parece tanto al goce sexual. Y en cuanto al dinero, el papel que juega en el amor es bien conocido y merece algunos comentarios aparte.

Todos oímos referir a diario, con encono o con desprecio, el caso de ésta o de la otra persona que se casó por interés, con los ojos puestos en las arcas del cónyuge antes que en sus cualidades morales o físicas. Y ciertamente el desinterés en el amor merece toda nuestra simpatía. A nuestros propios hijos no sabríamos recetarles nada más parecido a la felicidad que encontrar el amor lejos de la opulencia. Pero no podemos tampoco juzgar el fenómeno contrario a la ligera y condenarle sin tratar de desentrañar lo que en él puede haber de justificable.

Desde luego, el caso del hombre que busca el dinero a través de la mujer es siempre inadmisible, y no vamos a referirnos a él. Puesto que la mujer está formada para ser madre, el instinto varonil ha de orientarse normalmente hacia la posibilidad de una maternidad óptima, no hacia una renta caudalosa. Desde el punto de vista varonil es, por tanto, preciso admitir la vieja teoría sostenida por Schopenhauer de que detrás de todas las complicaciones del amor los sexos opuestos actúan simplemente como dos cuerpos

químicos complementarios que se buscan para unirse y dar lugar a la formación de otro cuerpo. La belleza y la gracia femeninas no son, pues, en este sentido más que señales sugestivas que la naturaleza hace al instinto varonil para atraerle a la emboscada de la paternidad. En este ir y venir elemental de los instintos, el dinero, equivalente del trabajo, corre de cuenta del varón, y, por tanto, el buscarlo en la dote de la mujer tiene, en su sentido estrictamente biológico, algo de contranatura.

Pero por la misma razón la mujer, cuando busca desde el fondo subconsciente de su instinto al padre de su hijo futuro, en el amante o en el novio, valora tanto como la misma robustez física, la potencialidad económica, la capacidad de servir de sotén al hogar aun no creado. Repitamos que esta obligación de sostener al hogar es, en condiciones normales, un carácter sexual del varón, una función para la cual le ha dotado la Naturaleza de condiciones físicas peculiares, distintas de las de la maternidad de la mujer. Y ésta obra, por consiguiente, con absoluta corrección fisiológica al pesar y medir en su pretendiente dicha capacidad para la actuación social o su equivalente práctico, el dinero, que, aunque menos noblemente, conduce al mismo fin del bienestar material. Schopenhauer dice que en esa mirada con que al encontrarse por vez primera un hombre y una mujer se examinan instintivamente en silencio, se adivina al genio de la especie que medita si aquellos dos organismos son aptos para la formación de una criatura nueva y más perfecta. Habría ahora que añadir que en esa rápida valoración entra el arqueo de los caudales masculinos, expresión sintética, aunque a veces injustificada, de su capacidad de trabajo.

MATRIMONIO POR AMOR Y MATRIMONIO POR CONVENIENCIA

Es curioso para nosotros recordar que Schopenhauer, al hablar de estos asuntos (8), cita precisamente en apoyo de su tesis un refrán español: "Quien casa por amores ha de vivir con dolores." En cierto modo coinciden estos puntos de vista con los de otro filósofo moderno, el conde de Keyserling (9), que en su admirable monografía *Von der richtigen Gantenwahl (La justa elección de cónyuge)* propugna el "matrimonio de conveniencia" como el ideal para la consecución de los fines de la unión. Claro que su concepto del "matrimonio de conveniencia" es mucho más complejo que esta simple apetencia del bienestar económico a que venimos refiriéndonos: comprende una porción de factores espirituales, sociales y físicos que no podemos detallar aquí. Pero el problema económico es, sin duda, uno de los importantes entre todos esos factores. Desde luego, examinados estos conceptos con una visión panorámica, nos conducen a la necesidad de poner menos instinto y más reflexión

en el momento de elegir el esposo. Keyserling afirma explícitamente que "el enamoramiento es el peor consejero del matrimonio", y acaso la difusión de esta idea con la que filósofos y médicos dan beligerancia a lo que nos parecía hasta ahora una indignidad, sea una de las señales más características de la moral de los tiempos que corren. Allers (10) comentaba entre nosotros, hace muy poco tiempo, la frase de Scheler de que el amor no es ciego, sino, por el contrario, clarividente. No: el amor —pensamos nosotros— sigue siendo ciego; y para un suceso tan grave como casarse, es necesario buscar guías que tengan buena vista.

En otra ocasión nos detendremos en todos los comentarios que sugieren estos problemas. Pero conste, por ahora, que el dinero, tan material y tan lejano en apariencia del tráfago de los instintos fundamentales, cobra a nuestros ojos una significación biológica de primera categoría. En un libro de M. Prevost hallamos una expresión exacta de esta interpretación (11). El autor refiere que una joven de la sociedad parisiense, prototipo de las muchachas un tanto complicadas de la postguerra, al ser criticada por haber abandonado un novio hacia el que se sentía físicamente atraída, cuando se informó de que era pobre, responde con las siguientes palabras, que muchos calificarán de cínicas, y que seguramente lo son, pero que encierran una profunda verdad biológica: "Mi resolución no tiene nada de extraordinaria: si yo me hubiese enterado de que

mi novio pertenecía a una familia de enfermos, la culpa tampoco hubiera sido de él, y yo, con la aprobación de todos, no le hubiese tomado por compañero; pues bien, la falta de fortuna es también una tara, algo incompleto y como malsano."

Esto es terrible, pero es cierto. En la vida moderna, la paternidad exige, tanto como la aptitud concepcional, una capacidad financiera suficiente, y son pocas las mujeres —y esas pocas creo que casi todas españolas— que se aventuran a cambiar una realidad suya: la maternidad, contra una interrogación del marido: el todavía no logrado éxito social, sin el cual la maternidad corre el peligro de frustrarse.

MORAL E INSTINTO

Se objetará que en los razonamientos anteriores empleo el concepto "dinero" como equivalente al de "trabajo", y que, en realidad, esto no es siempre así. El dinero muchas veces, demasiadas por desgracia, no significa más trabajo que el meramente pasivo y cómodo de llevar un apellido, recibir una herencia y cortar periódicamente los cupones. Pero el instinto es una fuerza urgente y no se para en estas delicadezas. Con un criterio de ética social estricta no puede equipararse el dinero que se heredó con el adquirido por el esfuerzo propio, ni el logrado con honestidad con el arrebatado con malas artes. Pero

biológicamente, dinero equivale a fuerza, a bienestar, a facilidad para el auge de la prole; y lo de menos es que el ganador sea el propio hombre abocado a la paternidad o los antepasados de éste; ni que sea fruto de una vida de probidad o de una rapiña presidiable. Los instintos, volvamos a decirlo, son poco escrupulosos y a veces fundamentalmente inmorales; por ello, toda la obra de la educación, y, sobre todo, de la religión, no es más que una superación ética de los instintos. Y, como la Humanidad progresa y progresará, por uno o por otro camino, una de las señales de la ética futura será la supresión de todo el dinero no ganado por el propio esfuerzo.

TRABAJO Y FEMINISMO

Esta concepción del trabajo, no como una obligación accidental de la especie humana, sino como una función ligada a la vida sexual, y principalmente a la del hombre, nos permite enfocar con claridad varios problemas interesantes, algunos de los cuales vamos, sucintamente, a considerar.

El primero de estos problemas es el del feminismo. El problema del feminismo ha sufrido en estos últimos años una evolución muy rápida, que no podrá ocultarse ni aun a los menos interesados por él. Durante mucho tiempo las feministas que proclamaban la emancipación de la mujer han agitado el mundo pidiendo la igual-

dad de ambos sexos. Igualdad total, en los derechos y en la intervención en los sectores de la vida pública, que estaban hasta entonces reservadas al varón. Si contemplamos el problema con un criterio naturalista, a la luz de los conceptos que acabamos de exponer, se comprenderá que hay una barrera infranqueable entre la actuación individual y social de la mujer y del hombre; y si se olvida que existe ese obstáculo, el problema se tornará, irremediablemente, confuso.

Las feministas y los hombres que las hacían coro miraban hacia fuera, hacia la organización social, pero no hacia la profundidad de su propia organización fisiológica. Es cierto que el hombre había arreglado las leyes a su antojo, limitando arbitrariamente la capacidad de acción de la mujer, reduciéndola de un modo estricto al hogar, y, además, no compensando esta diferencia con una posición privilegiada ante el derecho. Pero es indudable que al obrar así el sexo fuerte *no creaba, en realidad, una injusticia, sino tan sólo interpretaba abusivamente un estado de desigualdad natural e inmodificable entre ambos sexos.* Y hoy el feminismo, pese a quien pese, sólo puede admitirse y sólo puede tener una estructura estable cotejándole con los datos que nos da la Historia natural. Pero el asunto es muy largo y ocupará por entero el ensayo siguiente.

EL DONJUANISMO

Paso también de largo, pero no tengo más remedio que citarle, un problema paralelo al de la mujer, que acabamos de esbozar: el del deber del hombre con relación al trabajo y a la vida sexual. Si las condiciones biológicas de la mujer imponen a ésta una preponderancia incuestionable de su actuación sexual, de la maternidad, sobre la actuación social, las del hombre exigirán de éste, inversamente, el dedicar la casi plenitud de su energía a esta actuación social, y una energía episódica (episódica en el tiempo, aunque no lo sea en la intensidad) a la preocupación del sexo. En un estudio reciente sobre el donjuanismo (12) he tratado con bastante pormenor este asunto, sobre el que no quiero insistir ahora. En el ensayo tercero de este volumen volveré, además, sobre la cuestión.

Para mí es evidente que, contra todas las apariencias, el hombre que dedica su vida al amor y hace de él una técnica especializada; el hombre conquistador y mujeriego, que alcanza su expresión culminante en Don Juan, lejos de ser el prototipo de la virilidad, representa una forma de sexualidad equívoca y ambigua. Los antecedentes fisiológicos sobre los caracteres sexuales, que antes he expuesto, justifican *a priori* este juicio, que se confirma en la práctica; y esto sí quiero repetirlo: los donjuanes que andan por el mundo son, en efecto, hombres de psicología, y

a veces de morfología, netamente alejadas del tipo viril estricto, incapaces para una actuación social fecunda, y no raras veces bordeando la zona seminormal en que los dos sexos se confunden.

Las razones que he expuesto en favor de este modo de pensar son harto prolijas para que las repita aquí. La mayoría las han rechazado, si bien substituyendo la crítica razonada por simples aspavientos. Pero otros las han confirmado. Y ha sido, sobre todo, singular el fenómeno de que casi a la vez que mi estudio han aparecido otros dos ensayos sobre el mismo tema: una novela de Rouff y un drama de Lenormand (13), tal vez inspirados en la obra de algunos psicoanalistas, principalmente Stekel, que sostiene la misma tesis de la sexualidad equívoca de Don Juan. Así, pues, parece que el ocaso del mito donjuanesco, que yo profetizaba, es un fenómeno que ha sido también visto desde otros observatorios.

SIGNIFICACIÓN BIOLÓGICA Y CATEGORÍA DEL DEPORTE

En el hombre normal y maduro, la función sexual primaria debe ser, repitámoslo, un accidente, por muy henchida que esté de sensaciones agudas; y la función sexual secundaria, la actuación social, el trabajo, debe ocupar, en cambio, el sector fundamental de su energía.

Y esto me lleva a referirme a un último problema de los que me proponía comentar: la ne-

cesidad de la acción en el hombre normal. *El hombre está obligado a la acción —me atreveré a decirlo después de cuanto he expuesto— por el fuero de su sexo, tanto como por una conveniencia fisiológica.* Y por ello, los varones enteramente inactivos quedan automáticamente al margen de la lucha sexual.

Es necesario que insistamos en esto, porque, siendo un hecho certísimo, los hombres no hemos reparado lo suficiente en su trascendencia. El hombre tiende, naturalmente, a liberarse del trabajo; del físico primero y aun del todo trabajo después, acumulando la riqueza que le permita vivir a salvo del esfuerzo. Sin embargo, un hombre emancipado totalmente, en su sentido estricto, de la maldición de Dios, que es un divino mandato; un hombre que en absoluto hiciese nada, se degradaría tan rápidamente, que, pronto, la Naturaleza le habría eliminado del ciclo vital de la Humanidad. Cuando Moisés mandaba morir a aquellos veinte mil israelitas que adoraron el becerro de oro, se ajustaba a los preceptos más puros de la eugenesia tanto como al rigor de las leyes divinas. Creso, rodeado de sus tesoros, muere, en efecto, sin descendencia. Y cuando tiene hijos, éstos o los hijos de éstos terminan en el idiotismo o en la depauperación física, si no se arruinan a tiempo y acude a salvarlos la miseria, que les obliga, con su aguijón punzante, a aceptar otra vez el yugo del trabajo.

El hombre, pues, ha de ser esclavo de la acción si quiere vivir. Pero no sólo si quiere vivir para

sí mismo, para el individuo, sino también si quiere sobrevivirse en la especie. Nuestro fray Luis de León decía que "los hombres, que son varones, con el ocio y el regalo conciben ánimo y condición de mujeres y se afeminan" (14). El dinero, cuya importancia en la lucha sexual hacíamos notar hace unos momentos, no bastará por sí solo, como no sea momentáneamente, a neutralizar la fuerza selectiva que impulsa a la mujer hacia el más fuerte. Y, por todo ello, el hombre, liberado del trabajo, pero amenazado en la ociosidad conquistada de ser excluído de la corriente fecunda de los instintos, inventa un nuevo modo de la acción, que es el deporte.

El deporte, mero substitutivo del trabajo, posterior a éste en la cronología y en la dignidad, según mi modo de ver, obedece, por tanto, a las dos razones expuestas: a compensar los perjuicios que tiene para la salud la inactividad física y a mantener viva la energía de atracción en la lucha de los sexos. Eso fué desde sus comienzos, y eso sigue siendo todavía; pero el asunto del deporte, en su relación con el trabajo, precisa algunos comentarios más.

DEPORTE Y TRABAJO

Un gran pensador español nos hablaba hace poco del deporte, y al hacer su elogio, nos recordaba el símbolo de Marta y María: Marta, la que trabajaba, mientras María soñaba oyendo a Jesús. Y Jesús, todos lo sabéis, pronunció su in-

mortal sentencia desconcertante: "María, tú escogiste la buena parte." Pero soñar, como pensar, puede ser un trabajo; así como muchas Martas se afanan en la casa por mero deportismo.

Es, pues, ante todo, necesario que fijemos con exactitud qué es el deporte y qué es el trabajo. Nosotros no podemos entender por trabajo solamente el esfuerzo corporal rudo y agotante impuesto por el amo; el del forzado que rema en las galeras. Por el contrario, sabemos que trabajar, en su sentido exacto y ancho, no es sólo contraer los músculos y derramar sudor, sino ejercer toda la complicada variedad de los modos de la actuación social para lograr, bien el sustento estricto de cada día, bien la riqueza superflua o la gloria, con las que el hombre complementa su actividad sexual primaria.

Sin darnos cuenta, por tanto, nos encontramos en regiones ambiguas, en las que es difícil distinguir con exactitud si una determinada actividad humana es un trabajo o un deporte. *Pero hay algo que es esencial al trabajo, que le define y le distingue de aquél, y es la creación. El trabajo crea siempre,* desde el pan, que se logra a cambio del esfuerzo físico; desde el dinero que el patrón deja en la mano del obrero al fin de la semana, hasta el zapato terminado, el trozo de pared, el verso o la verdad descubierta.

El deporte, en cambio, es estéril, salvo su utilidad, ya comentada, para la salvaguardia de la salud y el auge de la atracción del sexo. Es, pues, un remedo incompleto de su hermano mayor,

más perfecto y fecundo: el trabajo. La eficacia del deporte se extingue al terminar el juego; la del trabajo perdura en la obra construída. Por ello, dígase lo que se quiera, el deporte, como ocupación única de la vida, es patrimonio de gentes inferiores, que hacen *sport* para que la naturaleza les perdone el pecado mortal de no trabajar.

Claro que al hablar así ponemos frente a frente al trabajador puro y al deportista puro, seres que quizá tienen sólo una realidad esquemática. Pues hay, conviene repetirlo, una zona intermedia en la que deporte y trabajo, a pesar de todo, son imposibles de separar completamente. El hombre, de un modo instintivo, trata de convertir la maldición del trabajo en una satisfacción, y en este sentido hay una forma de trabajar vestida de divertimiento, que no se debe confundir con el deporte propiamente dicho. Si volvemos de nuevo los ojos a los hombres de las cavernas que, retratados en sus paredes, persiguen al jabalí o al ciervo, nos veremos embarazados para decidir si trabajan o si se divierten; si cazan por saciar su hambre y la de sus hijos, o simplemente por el placer de cazar. Probablemente hacen las dos cosas; y en el hombre actual, por lo menos en una parte privilegiada de la Humanidad, subsiste esta misma feliz confusión. Toda una categoría de hombres aspiran a poner a su trabajo este revestimiento de placer. El artista, el hombre de ciencia, el explorador, el político y aun muchos de los que ejercen labores manuales, se remuneran tanto con el logro material de los ele-

mentos necesarios para la vida como con la satisfacción, ciertamente deportista, que da el afán como tal afán.

Mas repitamos que todas estas formas de actividad brillante no son deportes en su sentido estricto. Al deportista puro le ha liberado su riqueza de la necesidad creadora del trabajo, y se entrega a esa acción estéril, primero para no degenerar físicamente, y además, para no ser barrido de la lucha sexual.

No es necesario insistir —los higienistas nos han atronado los oídos explicándolo— las virtudes que para la salud individual tiene el deporte. Y en cuanto a su sentido sexual, lo demuestra de un modo inequívoco la significación que tiene el público femenino en los espectáculos deportivos y la frecuencia con que el amor figura entre los premios del vencedor. Si de las fiestas deportistas se suprimiese este público femenino, es indudable que desertarían la mayor parte de sus actores. La mujer que nos pinta Ovidio, siguiendo con ojos anhelantes y con el corazón encendido las proezas de los atletas del circo, es la misma que hoy acude a las olimpíadas modernas a cumplir, sin saberlo, la ley fisiológica de pagar el esfuerzo varonil con el amor. Y, en suma, es el trasunto de la hembra del ciervo, que espera que riñan los machos para ser poseída por el más fuerte.

LA MUJER Y EL DEPORTE

Se me dirá que, según nuestro modo de ver, el ejercicio del deporte debía estar reservado al varón, puesto que es un equivalente del trabajo y éste representa una función esencialmente varonil. Y es evidente que, dentro del esquema que venimos sosteniendo, hemos de contestar decididamente que sí. El deporte es originariamente una actividad masculina, y sólo en épocas muy tardías de la evolución humana, la mujer normal, no la de excepción, se hace deportista. Y aun ahora la mujer vive de prestado en el ambiente deportivo, atraída, casi siempre, por un sentido pasajero de sexualidad ambigua que se ha extendido por las sociedades modernas y que tiene su expresión externa en el culto, que se ha hecho ya costumbre, de ciertos aspectos del adorno y de la indumentaria femenina actual. La prueba de ello es que, salvo las profesionales, la mujer corriente pasa por los deportes como un meteoro, mientras es soltera o mientras no la ocupan demasiado los cuidados de la maternidad. Pero en cuanto esto ocurre, la feminidad verdadera se impone y la mujer deja sus equívocos hábitos deportistas. En el deporte, el papel que pudiéramos llamar fisiológico de la mujer es, como antes hemos dicho, el de espectadora: papel, no pasivo y accidental, como pudiera creerse, sino lleno de trascendencia directa: está allí para servir de acicate y de premio al jugador de ahora, como al caballero de las justas medievales.

FECUNDIDAD Y PLACER

El deporte, por tanto, tiene una justificación dentro de las normas de la biología, que le equipara al trabajo; pero le diferencia de éste su infecundidad. El deportista es, pues, al trabajador, lo que la cortesana a la madre. Ambas obedecen a la misma ley de los instintos, pero en aquélla la utilidad está sacrificada al placer; al contrario de la madre, que supedita el goce momentáneo a un dolor y a un sacrificio indispensables para la vida futura de la especie.

Pero la diferencia no es radical. Hablamos siempre de un esquema que encierra los arquetipos humanos, pero en torno al cual se agrupa la muchedumbre de los tipos menos definidos, que todavía son, sin embargo, normales. El hecho es que la Naturaleza permite al género humano pasar fácilmente de una actitud a la otra. El hombre puede hacer de su trabajo una ocupación agradable, esto es, un deporte; como el deportista puede convertirse en profesional, es decir, en trabajador, en cuanto lo necesite (15), y como la cortesana, puede ser madre y seguir siendo las dos cosas.

La vida nos deja abierto el camino para mezclar el dolor fecundo con una dosis razonable de placer. Y en hallar esta proporción, igualmente distante del goce estéril y de la creación angustiosa, estriba la felicidad verdadera.

Refiere Diógenes Laercio que una mujer admirable, Teano, la esposa de Pitágoras, que tenía tanto de Marta como de María, dijo en una ocasión: "Por eso soy mujer: por juntar el placer con la fecundidad." Fecundidad y placer: trabajo y deporte. He aquí la fórmula perfecta.

Si la Humanidad la consiguiera algún día, el hombre, liberado del dolor por tantos siglos de sufrimiento, podría volverse a Dios para decirle, como la más trascendente oración, porque sería la mejor conquista de la condición humana: "Señor: mi mujer es fecunda sin sufrir, y yo gano el pan con el sudor de mi frente, pero mi trabajo ya no es un castigo, sino mi mayor alegría."

II

MATERNIDAD Y FEMINISMO

FEMINISTAS Y ANTIFEMINISTAS

El ensayo anterior deja planteado un problema que requiere extensa atención: el de los fundamentos biológicos de la actividad de la mujer frente a la actividad masculina. O, dicho de otro modo: el sexo, ¿implica una modalidad distinta en la actividad del hombre y de la mujer?

Para responder a esta pregunta hay que arriesgarse por un terreno peligroso; nada menos que entre las líneas de dos ejércitos que combaten con furia: los feministas y los antifeministas. Pero es preciso hacerlo. Claro que acometemos la aventura con la previa confianza de la levedad de las futuras heridas. Sabemos bien que esa gran polvareda que cubre el campo de batalla la levantan, más que disparos mortíferos, alharacas de pólvora sola. En la Humanidad hay todavía mucha gente desocupada; y del mismo

modo que en páginas anteriores explicábamos, en parte, el deporte por la necesidad biológica, imperativa, de substituir con una forma de actividad física la actividad fecunda del trabajo, así también hay un gran número de hombres y mujeres que, libres de la precisión de pensar en cosas esenciales, se aplican al deporte de polemizar en torno de cuestiones que no se resuelven hablando. Obsérvese cómo en cada uno de estos grandes problemas que el hombre no ha resuelto todavía —el más allá de la vida, la salud, el sexo, el capital y el trabajo, etc.— hay siempre un núcleo de seres de pensamiento y de conducta originales, que actúan con la dinámica fructífera de su ejemplo o con la invención de puntos de vista inéditos y fecundos; y a su alrededor, un gran ejército de personas desocupadas que se agitan, hablando en altas voces, sobre esos asuntos en litigio; pero sin hacerlos progresar una pulgada. Recordemos, para comprobarlo, a la mayoría de los higienistas, espiritistas, existencialistas, hispanoamericanistas, etc., que pueblan nuestras cátedras, academias y periódicos; y a su lado, desde luego, los feministas y antifeministas de profesión.

Nosotros diremos nuestro modo de pensar sin preocuparnos de unos y otros.

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA ANTE EL PROBLEMA DE LA MUJER

Se ha hablado de un *feminismo jurídico* y de un *feminismo biológico*. Hablaremos nosotros de los dos: pero es claro que ambos son una misma cosa. A través de la Historia pueden seguirse las fluctuaciones que ha experimentado la posición de la mujer ante el derecho y ante la sociedad, y es evidente que, de un modo constante, esta posición ha sido el reflejo del concepto antropológico que de la mujer se ha tenido en las diferentes épocas. Toda nuestra civilización está influída por la idea semita de la inferioridad del sexo débil, y de este prejuicio biológico derivan las condiciones de inferioridad social y jurídica que las feministas actuales lamentan justamente, y luchan por borrar.

La idea semítica de la inferioridad de la mujer se basaba principalmente en creencias religiosas y morales que consideraban a aquélla como la causa del pecado originario y el motivo permanente de la caída del hombre en la tentación. La doctrina de Jesús reaccionó generosamente contra este estado de espíritu, estableciendo la igualdad de todas las criaturas ante Dios; y con Jesús, apareció ante los hombres, el ser, por divina excepción, limpio de pecado, que era precisamente una mujer, María. Los comentaristas han acumulado razones, sin embargo, para probar que la teología cristiana, influída siempre

por el primitivo espíritu semítico, opuso a la moral feminista de Jesús un sentido antifeminista.

"Puesto que la mujer condujo al hombre al pecado —decía San Ambrosio— es justo que reciba al hombre como la esclava al soberano." Otras referencias de los Santos Padres revelan un concepto aún más depresivo, a veces francamente humillante, para la mujer (16). Pero es cierto que espigando esta misma literatura sin pasión, podrían encontrarse también citas abundantes en elogio ferviente del sexo débil. En España contamos, para demostrarlo, entre otros, con un célebre ensayo en *Defensa de la mujer,* de un fraile benedictino, el padre Feijóo, al que yo acabo de dedicar un copioso volumen (17). En total, es evidente que la influencia cristiana, la que más ha pesado en la civilización actual, no puede considerarse como antifeminista, sino todo lo contrario.

En realidad, han sido los hombres de ciencia, y no los teólogos, los que han dado más rudos golpes al concepto de la igualdad de los sexos. Toda una literatura científica o seudocientífica se esforzó, al finalizar el siglo pasado y comenzar el actual, en hacer un dogma de la inferioridad mental de la mujer, inferioridad compatible, por de contado, con todo su encanto sexual; resultando nuestra compañera un ser extraño, ante el que el hombre adoptaba una de estas dos posturas extremas: o la del más absurdo desprecio o la de levantarse por su amor la tapa de los sexos. Concepto que nadie ha definido más crudamente que Bernard Shaw cuando habla de la mujer como "un ser de diferente especie biológica, con encantos específicos e imbecilidades también específicas".

El jefe de esta cruzada fué Moebius, cuyo libro (18), traducido a casi todos los idiomas, es forzoso convenir que contiene datos de aguda observación psicológica e interpretaciones rigurosamente justas. De ahí su éxito, que aún perdura, a pesar de la rabiosa parcialidad antifeminista que le inspiró, que nos hace pensar que tal vez no debió irle muy bien a su autor en la lotería de los sexos que todos jugamos con varia fortuna.

INFERIORIDAD Y DIFERENCIACIÓN

Claro es que ya nadie da crédito a estos sabios antifeministas que pretendían, con un compás de antropología en la mano, dar una beligerancia científica al mal humor o a la arbitrariedad patológica de Schopenhauer, de Nietzsche o de Weininger. Ahora, la fórmula de la inferioridad de la mujer se debe cambiar por esta otra: *No son los dos sexos inferiores ni superiores uno al otro; son, simplemente, distintos.* Esto sí es la verdad. Pero conviene ilustrarla con algunos comentarios.

En el ensayo anterior hemos expuesto nuestra opinión respecto a cómo los caracteres sexuales no terminan en la diferenciación morfológi-

ca de los dos sexos, en su distinto aspecto exterior, sino que se extienden al terreno funcional, esto es, a las aptitudes físicas de uno y otro, y llegan a los más nobles estratos del espíritu, a la vida afectiva y a la psíquica.

A esta primera proposición se ha de atener, pues, nuestro modo de pensar en el problema del feminismo. Diferencia infranqueable entre los dos sexos, repitámoslo todavía. Diferencia que emerge a la superficie en la anatomía de cada hombre y cada mujer, y que profundiza hasta lo más hondo, hasta las raíces obscuras de la vida, hasta el hogar de las células en que se elabora, como en un crisol, la existencia vegetativa. Los estudios recientes demuestran, en efecto, que el funcionamiento de cada célula de los diversos tejidos que constituyen el organismo, es diferente en el varón y en la hembra; de ello resulta que es también diferente el conjunto de las misteriosas funciones de la transformación, aprovechamiento y eliminación de los materiales nutritivos que se conocen con el nombre general de "metabolismo orgánico". El metabolismo, lo más íntimo de la química del ser vivo, es, por tanto, perfectamente distinto en cada sexo. El metabolismo del varón tiende a la transformación rápida, al gasto dispendioso de los materiales nutritivos: es *catabólico,* según la acertada expresión de Geddes y Thompson (19); el de la hembra tiende a la síntesis, a la reserva: es *anabólico*. El primero es derroche; el segundo, economía. Y esta diferencia en el metabolismo *se observa ya en el huevo:* los huevos que han de dar origen a hembras tienen, en efecto, un metabolismo más bajo que los que serán origen de machos (Riddle) (20).

Y aun antes del huevo, las células que le preceden, el *óvulo* o gameto hembra y el *espermatozoide* o gameto macho, de cuya fusión resultará el huevo, muestran ya una neta estructura propia, en relación con una función propia, que reproduce, en esquema, la futura diferenciación de la actividad de la mujer y del hombre. El óvulo es una célula pasiva, dotada de grandes reservas alimenticias: un nido provisto de abundantes víveres con que nutrir al nuevo ser. En tanto que el espermatozoide es una célula agresiva, dotada de gran movilidad, pero sin reserva alguna: un guerrillero, todo acción, portador, apenas, de una mochila sucinta a la espalda.

He aquí ya marcada, y en lo más hondo y más remoto de la vida del organismo, una diferencia que nos enseña, con la fría exactitud demostrativa de la físicoquímica, y en la simplicidad de la existencia unicelular, cuáles son los caminos divergentes que para cada sexo ha trazado Dios. El hombre tiene construída su economía para el desgaste, es decir, para la lucha en el ambiente externo. La mujer está hecha para el ahorro de la energía, para concentrarla en sí, no para dispersarla en torno; como que en su seno se ha de formar el hijo que prolongue su vida, y de su seno ha de brotar el alimento de los primeros tiempos del nuevo ser.

Es, pues, indudable que la mujer debe ser madre ante todo, con olvido de todo lo demás si fuera preciso; y ello, por inexcusable obligación de su sexo; como el hombre debe aplicar su energía al trabajo creador por la misma ley inexcusable de su sexualidad varonil.

Oigamos otra vez la voz de Dios, insistente y eterna: "Tú, mujer, parirás; tú, hombre, trabajarás."

EL CONCEPTO CLÁSICO DE LA MATERNIDAD

¿Hay algo, en este mundo de confusiones, tan claro como esto? Y, sin embargo, decidlo en alta voz y un coro de hombres y mujeres indignados se abalanzarán para taparos la boca. Pero el fenómeno no debe sorprendernos. Como cuanto ocurre en el mundo, tiene su explicación lógica, que es la siguiente:

El hombre ha dicho a la mujer: Tú parirás, tú serás madre. Y en este legítimo mandato, que la mujer acepta como gustoso sacrificio, han ido encubiertas todas las injusticias que ese mismo varón ha creado en provecho suyo y en detrimento del sexo contrario.

"Ser madre" se ha convertido en un equivalente de esto otro: "Siendo madre, no tienes para qué ser nada más; y todo lo demás lo seré yo." Y se ha creado el derecho establecido y la otra ley sin códigos, pero a veces más tiránica, de la costumbre sobre este postulado. Por ello, la mujer oye con infinito recelo que todavía, al cabo de los siglos, se le siga ofreciendo como único porvenir la maternidad; pues sabe, a costa de un dolor milenario, que nunca se encerraron tantas injusticias en unas palabras tan nobles. Es, pues, preciso aclarar el escueto imperativo divino y ponerse, ante todo, de acuerdo sobre lo que debemos entender por maternidad.

¿Qué es la maternidad? Si se lo preguntamos a la mujer occidental todavía no liberada, y en este caso están la casi totalidad de las mujeres españolas, la respuesta será la siguiente: Maternidad es educarse en la más atroz incultura, aprendiendo en el hogar, junto a la madre ignorante y heroica, las reglas elementales del manejo casero, y el resto del tiempo esperando la llegada del futuro marido tras una reja o yendo a capturarle a los paseos y a los tés de moda: la técnica varía según las latitudes. A veces, la espera se prolonga inútilmente, hasta que la juventud se marchita. Otras, llega el matrimonio, y entonces la ley de Dios se cumple: él, el hombre, trabaja o lo disimula con sus diversiones y deportes; y ella, la esposa, concibe y pare cada año un niño. Al llegar a los treinta y cinco de su edad, la pobre mujer, envejecida por el agobio creador, por los cuidados de la casa y por las penas y las muertes, no puede más. Está triste, doliente y sin curiosidad para nada. Su único horizonte espiritual es la religión, unas veces infinitamente eficaz; otras sostenida por fórmulas exteriores más que por verdadero fervor. Y en-

tre tanto, el marido, es cierto, quizá, que trabaja con el sudor de su frente; pero entra y sale y se distrae de las incomodidades del hogar con la actividad de su quehacer y con la sociedad de los amigos; va al círculo o a la taberna, y se siente, en suma, enrolado en el gran mecanismo vital del mundo. Y tal vez, insensiblemente, acaba por compensar con otras mujeres, conquistadas o compradas, la tristeza del lecho conyugal, del que hace tiempo la voluptuosidad huyó para siempre.

Viene luego para la triste esposa la vejez prematura, el humor agriado, la indiferencia; y, al fin, la marcha de los hijos, que recomienzan en el hogar recién formado su misma triste historia. Y así, con pocas variantes, es la biografía, tantas veces trazada, de la "madre" al estilo clásico. Verdaderamente, el mandato de Dios, así desfigurado, encerraba una maldición en su seno; pero una maldición en la que la mujer llevaba, con mucho, la peor parte.

Se me dirá que con esta técnica han sido, sin embargo, felices muchas mujeres. Sobre el mismo cañamazo de la realidad tal como la hemos expuesto puede, efectivamente, bordarse la historia optimista y edificante de la mujer fecunda, que da por bien empleados todos los sinsabores porque todos son pequeños junto al íntimo goce de sentirse el eje de un hogar y de convertir en realidades humanas, en hombres y mujeres, templados en el ambiente austero de la familia, los instantes de amor preciso para concebirlos. Pero, desgraciadamente, no siempre ocurre así. Hay que contar también con la madre que sufre y hay que tratar de no confundir la felicidad con la resignación. La maternidad que debemos desear para la mayoría de las mujeres, debe tender, dentro de la humana eficacia, a que la madre no se convierta al poco tiempo en una víctima de su propia maternidad.

CULTURA Y MATERNIDAD

Para ello será preciso, en primer lugar, que la mujer se emancipe del matrimonio como necesidad económica, y esto puede lograrse sólo con la cultura. Pero ¿qué cultura? ¿Una cultura especial, una cultura femenina, o la misma cultura del varón? He aquí el primer problema que hemos de comentar.

Yo creo que, en principio, la cultura elemental de la niña debe ser la misma de la del varón; incluso debe ser administrada a la vez, en santa y clara promiscuidad de sexos. Ahora vuelve a plantearse en los medios pedagógicos el problema de si, efectivamente, es bueno el sistema de la educación simultánea de niños y niñas. Parece inadmisible el que sobre puntos tan graves influyan modas arbitrarias. La educación primaria en común no puede tener sino ventajas. Si la Naturaleza, obra divina, mantiene los sexos en discreta penumbra hasta una cierta edad, es estúpido enmendarle la plana con esa separación,

que pone en las imaginaciones una malicia anticipada. La niña se habitúa con el trato cotidiano del niño, y éste con el trato de la niña, a adquirir esa serenidad y ese respeto que emana de la *naturalidad,* y que ya no se borrarán nunca. Y la naturalidad es un preventivo del pecado de la lascivia, no igualado por un sayal de franciscano.

Los fracasos que los pedagogos (sobre todo los nuestros) nos pueden citar del régimen de convivencia sexual tengo la certeza que se deben a que las influencias de fuera de la escuela, las de la calle, las del propio hogar, se sobreponen a la influencia benéfica de la convivencia en la escuela misma. Pero cuando ésta no es neutralizada, sólo beneficios se logran de la vida escolar en común. Es una ley inexorable en la vida de los sexos la de la acción anafrodisíaca de la costumbre; y gracias a ella, la compañera que se sienta en el mismo banco del aula diluye su fuerza de atracción en el gran sedante de la convivencia. Nadie podrá discutir esto a los que hemos asistido, sucesivamente, a la época en que las mujeres hicieron su aparición, aislada y tímidamente, en las aulas; y a la época actual, en que un tanto por ciento considerable de matrículas de los institutos, y también de los centros superiores, corresponde a muchachas. Entonces, la alumna tenía que colocarse a la vera del maestro, protegida así de la ola de deseo juvenil que enviaban los bancos masculinos. Casi nunca terminaba su carrera. De la nube de novios surgía,

al fin, el marido prematuro, y un día cualquiera su matrícula quedaba interrumpida para siempre por las flores del azahar, efectivas o sólo prometidas. Ahora, los grupos de estudiantas conviven de la mañana a la noche con los grupos de muchachos. Y aunque el deseo y el amor, naturalmente, asomen a cada paso, es siempre en un plano normal y esfumados en una innegable continencia. Un fenómeno muy curioso de esta transformación ha sido la desaparición, en los medios universitarios, del *piropo,* de rancio abolengo español, que, en forma grosera o ingeniosa —casi siempre grosera— era, y es siempre, la expresión de una líbido sofocada por la separación rigurosa de sexos.

Primero, pues, la ventaja, tan directamente moral, de la visión próxima del otro sexo. Pero, además, la mujer así educada adquiere desde el comienzo de su formación la sensación de que el pan de cada día es algo que puede ganarse por el propio esfuerzo y de un modo relativamente fácil, y no una magna empresa reservada al varón, para que éste usufructúe sus beneficios y los comparta, a cambio del placer y de los cuidados caseros, con la hembra sumisa.

Quizá en lo que acabamos de decir aparezca confuso nuestro criterio sobre las modalidades de la educación fundamental (primaria y secundaria) y la educación profesional en la mujer. Quiero aclararlo, porque lo considero muy importante. A mí me parece esencial que toda mujer, a ser posible, adquiera esa común cultura de base,

y mejor en convivencia con el hombre. Lo de menos es lo que aprenda: esto siempre es lo de menos. Lo importante es asomarse al otro mundo, al de la vida del varón, y adquirir la certeza experimental de que es un mundo asequible a la hembra. Yo pienso siempre que veo, en estos últimos años, los enjambres de muchachas que acuden a las aulas: Es cierto que muchas de ellas, por necesidad, por incapacidad o por aburrimiento, no terminarán sus estudios, y que otras muchas, aunque los acaben, renunciarán gustosas al ejercicio de su título ante la perspectiva de un hogar; pero no importa: lo fundamental es que ninguna de ellas será ya la madre pasiva y resignada, víctima de su propio instinto generoso. Será más o menos feliz, pero dueña de su vida, sin más limitaciones que las que la Naturaleza nos impone a todos, hombres y mujeres, dentro de nuestra arquitectura sexual.

Pero la educación profesional no puede medirse por este mismo rasero. Luego hablaremos de cuáles son las razones que pueden hacer legítima en la mujer una orientación profesional de tipo masculino. Esto ocurre, en efecto, en un grupo de casos que, por muy considerable que sea numéricamente, desde el punto de vista de la biología, lo consideraremos siempre como excepcional. Es decir, que, *como regla general,* no parece lógico que la cultura definitiva de la mujer sea la misma del varón. Ni, por tanto, que su actividad social se encauce por los mismos carriles que la del hombre.

DIFERENCIACIÓN SEXUAL, BASE DE LA CULTURA EN CADA SEXO

En el próximo ensayo insistiremos en que, por el contrario, el progreso de la Humanidad, en lo que atañe al problema sexual, se ha de basar, justamente, a mi modo de ver, en una diferenciación cada vez más neta de los sexos. Estamos en una etapa retrasada de esa diferenciación, y sólo se llegará a su cúspide en un futuro lejano. Y a este retraso se deben buena parte de los inconvenientes o de las desdichas que a veces hemos de sufrir por el hecho inexcusable de nacer adscritos a uno o a otro sexo. Cultura femenina, diferenciación de la mujer; y cultura masculina, diferenciación del hombre: he aquí el secreto, y claro es que su realización es, más que obra de la escuela, obra del hogar. Hacer muy hombres a los hombres y muy mujeres a las mujeres. En esto estribará la liberación de éstas, y sobre este eje ha de construirse el programa del feminismo verdadero.

Mientras no penetre y se clave esta idea en la mente de los feministas, su actuación tenderá al pecado original de la confusión del *feminismo* con el *hominismo,* que anulará toda su eficacia. Y téngase en cuenta que dicha confusión no es una mera interpretación equivocada de las cosas, sino un sentimiento universal que tiene raíces milenarias en el alma de la mujer misma. Adler ha escrito esta justa conclusión, en la cual está el

núcleo del error del feminismo contemporáneo: "Uno de los hechos que me ha permitido establecer mi concepción de la psicología individual es la demostración del sentimiento de inferioridad, más o menos consciente, que existe en todas las mujeres y en todas las niñas, por el hecho de ser *mujeres*. Influye esto de tal modo en su vida psíquica, que siempre se encuentran en ellas los rasgos de la aspiración viril, si bien muchas veces en forma disimulada, especialmente bajo la forma de rasgos de apariencia femenina". Y es evidente que, tanto para el progreso individual como por el auge colectivo del sexo, hay que empezar por substituir este sentimiento de inferioridad por el cultivo, la diferenciación y el ennoblecimiento de la feminidad, por sí misma, purificada de todo virilismo, no convergiendo hacia éste, sino paralela a él.

Y aquí es oportuno apuntar esta otra idea, que jamás aparece en la polémica de los sexos: el feminismo así orientado exige un movimiento paralelo en la cultura masculina, en un sentido específicamente varonil; un *hominismo* de los hombres, que también lo han de menester. No se puede pedir una perfección específica a la mujer, si el hombre no aspira a la suya masculina. Éste ha sido el argumento constante de mis publicaciones sobre la cuestión sexual. Propugnemos, en efecto, que las mujeres se afanen por su progreso, dentro de la sexualidad femenina; pero ¿ha logrado el suyo, como tal varón, el hombre? Una cosa es que se haya apoderado del "mango de la sartén" —símbolo, por cierto, muy poco viril del abuso de la fuerza— adjudicándose el mejor lugar en la sociedad y en el derecho, y otra cosa es que esa supremacía, admitida como un hecho consumado, corresponde a una efectiva perfección de sus deberes de varón. Mientras el hombre no entienda claramente sus obligaciones específicas ante el trabajo y ante el amor, con un profundo sentido de austeridad, estará tan necesitado como las mujeres de una cruzada redentora. ¿Cómo han podido olvidar esto, que es tan importante, las mujeres que gobiernan la lucha por el progreso de su sexo?

MATERNIDAD CONSCIENTE

Pero volviendo a nuestro tema: la conciencia de lo que su sexo representa, hará que la mujer sea madre con toda su plenitud. Hay que afrontar este problema con toda delicadeza pero con toda claridad. La maternidad, por lo mismo que es sagrada, debe realizarse no sólo con todos los requisitos morales respetados y observados con religioso rigor, sino con las máximas garantías materiales, porque en ello va la salud de la especie. Dios no ha dicho que se tengan los hijos de cualquier manera; ha dicho: "Creced y multiplicaos", lo cual implica que los hijos sean fuertes. Eso es esencial, y el biólogo, el médico, no puede ceder un ápice de su posición, que no roza, además, ninguna ortodoxia. Nadie debe aventurarse en el maravilloso albur de tener hijos, sin re-

unir el mínimo de posibilidades biológicas y materiales de que los hijos se puedan criar dignamente. Los padres tienen, por cumplir la ley de Dios, que ser sanos y que ganarse, en límites suficientes, la vida. Por eso he dicho más arriba que el bienestar material debe contar también, al lado del amor, en la mujer que no se casa por una pasión o por no quedarse soltera, sino, conscientemente, por el supremo fin de ser madre.

En otras palabras, la mujer, ya unida al hombre y en aptitud e inminencia de ser madre, ¿cómo deberá serlo? Porque no bastará con que lo sea; *tiene, además, que serlo bien.* Ser madre es algo mucho más complejo que formar hijos en su seno y darlos a luz. Es algo que se extiende muy lejos del acto concepcional, que implica muchos deberes y muchas cualidades, hasta tal punto importantes, que por sentirlos y practicarlos con plenitud, hay mujeres que, siendo vírgenes, pueden ostentar el título de madres con más legítima razón que muchas multíparas.

Y yo digo que muchas, muchas mujeres —y hablo ya principalmente de España— van a la maternidad, y la practican luego, henchidas del más puro y entrañable instinto materno, pero en un grado de desconocimiento peligroso de la trascendencia de su misión. Las consecuencias de esta ignorancia se echan de ver bien pronto en la mezquindad de los frutos logrados. Y esto es cierto hasta el punto de que creo que, en nuestro país, el feminismo no puede pasar adelante en sus aspiraciones sin poner antes remedio a

este trance, en que amenaza naufragar la vitalidad de nuestra raza.

No hablo ahora de las mujeres de las clases elevadas, aunque también de ellas habría mucho que hablar. Si no (salvo excepciones) una cultura profunda, tienen casi todas la cultura banal que se pega en el viaje, en la conversación, en la lectura de las revistas y aun de algunos libros. Y tienen, además, y sobre todo, el dinero, que suple tantas cosas imperfectas. Hablo de la mujer del pueblo, de las mujeres de los obreros del campo y de las ciudades; y, naturalmente, no me refiero sólo a los trabajadores manuales, sino a muchas capas de obreros de la inteligencia, que suben hasta bien arriba de la clase media, cuya vida suele ser tanto o más angustiosa, bajo el traje burgués, que la del bracero o la del albañil. Hablo, pues, de más de dos terceras partes de las mujeres españolas; de la gran matriz en que se fragua el pueblo, el nervio de la raza de mañana.

Estas mujeres tienen su único y efímero momento de triunfo sexual cuando dan sus primeros pasos por el camino de la juventud. Entonces las vemos nosotros pasar por la calle, de vuelta de su taller o de su paseo, supliendo con la gracia y la belleza, tan pródigamente repartidas en nuestro país, la modestia de su indumentaria. Cada año, nuevas muchachas aparecen y renuevan en nosotros esa fugitiva impresión de optimismo. Pero apenas volvemos a saber de la tragedia de las que cada año desaparecen en las tristezas de un hogar, sin posibilidades de ventura.

UN EXPERIMENTO TRISTE

No me citen los líricos, ejemplos de esta y de la otra pareja que supo convertir en realidad el falsísimo y absurdo refrán de "Contigo pan y cebolla". La realidad es muy otra. Yo invito a los que leen estas páginas a que renueven por sí mismos la siguiente experiencia: cuando, al pasar por las calles de un pueblo —sobre todo los de nuestras Castillas— o por los suburbios de las grandes ciudades, donde viven los obreros, veáis a esas mujeres que descansan con un niño en brazos y varios en torno, o que se afanan en los quehaceres domésticos, calculad un momento su edad y luego preguntádsela.

Aun suponiendo que estén también tocadas de la manía, tan femenina, de amenguar sus años, yo aseguro al curioso que siga mi consejo que sentirá muchas veces dolor y asombro al saber que apenas han pasado de los treinta años mujeres que, consumidas por una vejez prematura, representan cerca de cincuenta.

Y esto no es una excepción. En mi Policlínica y en mis Salas del Hospital General, de Madrid, adonde acuden gentes de toda España, repetimos muchas veces esta prueba, con el mismo resultado; naturalmente, no en mujeres depauperadas por enfermedades crónicas, sino en las que vienen acompañando a los pacientes o en las que padecen afecciones que por sí solas no influyen en el aniquilamiento orgánico.

Pero si a estas mujeres que han perdido todos los encantos de su sexo, agotadas, indiferentes y tristes, les preguntamos después cuántos hijos han tenido, experimentaremos un sentimiento de alivio al escuchar que han tenido ocho, diez, doce y con frecuencia quince o más. He aquí —pensamos al punto— unas madres admirables, que sin ningún desahogo material en el hogar, no han vacilado en sacrificar su juventud al bien de la sociedad. He aquí estas madres, orgullo de nuestra patria, que dan una estadística de natalidad superior a la de los grandes países de Europa y América, más adelantados, pero más corrompidos por el neomalthusianismo. He aquí estas madres que, según nuestros sociólogos optimistas, nos compensan con creces los males que pesan sobre la patria, porque no han aprendido el arte, ya vulgarizado en otros sitios, de limitar a voluntad las fuentes de la procreación.

UNA LEY ATERRADORA: LA FECUNDIDAD DE LAS MADRES ESTÁ EN RELACIÓN DIRECTA CON LA MORTALIDAD DE LOS HIJOS

Mas preguntémoslas ahora cuántos hijos viven de los que dieron a luz, y es seguro que nuestro optimismo se trocará en terror, porque de esos hijos engendrados en pleno trabajo, paridos con tanto dolor, amamantados exprimiendo hasta la medula el organismo exhausto, no quedan ni la mitad; muchas veces, menos; quizá, sólo, uno o ninguno. Parecerá que exagero; pero voy a co-

piar una estadística macabra, que nos probará que no es así.

Número de hijos por familia	Número de familias	Total de hijos	Hijos muertos	Tanto por ciento de mortalidad
0	137	—	—	—
1	143	143	37	25,8
2	123	246	70	28,4
3	146	438	128	29,2
4	156	624	191	30,6
5	135	675	211	31,2
6	154	944	315	33,3
7	145	1.015	360	35,4
8	106	848	294	34,6
9	56	504	293	58,1
10	81	810	346	42,7
11	41	451	219	48,5
12	33	396	217	54,8
13	22	286	183	63,9
14	22	308	175	56,9
15	7	105	54	51,4
16	9	144	88	61,1
17	4	68	47	69,1
18	4	72	52	72,2
19	3	57	48	82,4
20	1	20	18	95,0
21	2	42	32	76,1
22	1	22	18	81,8
23	1	23	12	52,1
24	2	48	43	89,5
Totales...	1.534	7.389	3.451	36,58

Esta estadística no está forjada en los antros de ningún Ministerio u oficina pública, en los que jamás entró la verdad desnuda. La he recogido yo mismo en el material de mi Hospital, y respondo de su exactitud. Se refiere a 1.534 familias del proletariado y de la clase media muy mezquina. Su simple examen nos enseña, con conmovedora claridad, a cuánto llega el esfuerzo maternal de la mujer ibérica, pero también a cuánto la inutilidad de su afán.

Es necesario leer bien estos números y reflexionar sobre ellos: de 7.389 hijos, 3.451 muertos; esto es, ¡casi la mitad! Varios de los autores que tratan de la cuestión sexual en otros países, dan estadísticas semejantes a las nuestras en las multíparas pobres de ciertos departamentos de Francia, de Italia y de Rusia; pero ninguna supera a la hecatombe española.

Como ejemplo citaré las cifras de Ploetz (21), según el cual, de 1.000 niños muertos, 220 eran hijos primerizos; 330, hijos que hacían el número siete de la prole, y 597 eran hijos por encima del número décimo.

Hamburger (22), en Alemania, publica una estadística personal, paralela también a la mía, aunque atenuada. "La mortalidad infantil —dice— en la familia con un hijo es de 23 por 100; en la familia con ocho hijos se eleva al 51 por 100, y llega al 69 por 100 cuando los hijos superan a quince."

Pensemos, serenamente, en estas realidades. Sólo un pequeño tanto por ciento de nuestras mujeres ha dejado de contribuir a la gran obra de nuestra repoblación; y de esas pocas, casi todas por esterilidad, pocas por soltería, pues los pobres consideran con mayor altruísmo que los que no lo son el problema del matrimonio, y se casan en su mayor parte. Pero casi todos estos hijos numerosos desaparecen antes de ser hom-

bres o mujeres útiles, pues la madre no ha podido engendrarlos fuertes ni cuidarles luego su debilidad o sus enfermedades: porque la escasez del hogar no alcanza a alimentarlos suficientemente, y porque el Estado no suple con una acción protectora la miseria familiar.

¿Qué dirán ahora, ante estas cifras abrumadoras, nuestros sociólogos teorizantes? El malthusianismo más exagerado no ha logrado, en el país que se considere más inmoral, ni acercarse remotamente a los estragos que produce en nosotros la miseria y la ignorancia. ¿Cuál será, por este camino, el porvenir de nuestra raza? Porque aunque las estadísticas generales, por incluir las familias ricas, en las que la mortalidad infantil es mucho menor, dan atenuadas estas cifras tremendas, ya desde hace tres años, a pesar de todo, la mortalidad global de España (18.147) ha superado a la natalidad (16.309). Y se hace cada vez más indudable esta terrible paradoja: *si las mujeres españolas parieran la mitad de hijos que en la actualidad, en cien años se duplicaba la población de España.* Y seguramente no será el nuestro el único país al que pueda aplicársele esta desconsoladora verdad (23).

LA MATERNIDAD ENTRISTECIDA

He aquí, repito, el problema más urgente, que, como una herida abierta y sangrante, se ofrece a la acción feminista. Porque su solución depende, claro está, de muchas cosas; sobre todo de

que las condiciones materiales de los pobres mejoren hasta parecerse a las de los ricos, y que se parezcan, ante todo, en poder conservar a su prole como la conservan los ricos. Con más altos jornales, con Gotas de Leche, dispensarios, asilos, etc., se irán logrando estas aspiraciones. Pero influye también en el estado actual de cosas la ignorancia de mujeres y hombres en las cuestiones del sexo, y, como consecuencia de ella, el que la inefable alegría de la maternidad se trueque, y esto sí que parece tremenda maldición, en fuente de inacabables tristezas.

Para esa maternidad alegre no basta que la mujer se entregue al marido, como ahora sucede, sin más garantía que el mutuo cariño —cuando existe— pero sin ninguna defensa para su salud y la de su hijos futuros. Ni nuestras leyes, ni los usos de nuestra sociedad, ponen cuidado en exigir la salud de los esposos, sobre todo en aquellas enfermedades que se puedan transmitir. Los médicos ejercemos, casi siempre con blandura, la influencia legítima que, por encima de las leyes, nos da nuestra profesión ante la perspectiva de matrimonios de gentes que están sometidas a nuestra responsabilidad técnica. El secreto profesional, el descuido al plantearnos los problemas de la raza o simplemente el deseo de ser agradable a los demás —¡uno de los enemigos mortales de nuestra profesión!— lleva muchas veces al médico a dar el visto bueno o, por lo menos, a hacerse el distraído ante coyundas biológicamente criminales.

Pero estos casos patológicos son, al fin, casos de excepción. Lo más grave es que, hasta en el matrimonio normal, no hay tampoco quien instruya a los cónyuges de que, si bien es cierto que la limitación voluntaria, sistemática y arbitraria de la maternidad constituye un atentado contra la sociedad y, para nosotros, los católicos, un pecado, la maternidad inconsciente, sin atenerse a normas de fisiología, de humanidad y de moral que no debieran olvidarse, es también inadmisible, por perjudicial para la madre y para los hijos y por inútil para la organización humana.

Me doy cuenta de que estas afirmaciones, absolutamente ortodoxas, sonarán, empero, con escándalo en los oídos de algunos moralistas y sociólogos de puritanismo hipersensible; pero cuando se lleva muchos años en contacto íntimo con el dolor de la Humanidad, no se siente uno obligado a hacer, por el "qué dirán", el coro a los fariseos. Desde el despacho pueden darse consejos de una perfección teórica, ilimitada. Mas la vida de los instintos es como un torrente, entre cuyos remolinos los consejos teóricos desaparecen como briznas de papel. El gran dilema imperativo es éste: *si se acepta la prohibición rigurosa de la limitación voluntaria de la maternidad, se abre automáticamente la puerta al adulterio.* Claro que hay algunos ejemplos de parejas admirables que han hecho un templo del hogar, henchido de hijos, y en él han encontrado la casta satisfacción de todos sus deseos. Pero es inútil predicar con excepciones, y notoria es la excepcionalidad de estos ejemplos. Lo corriente es lo otro: que el padre y la madre obedezcan al mandato de no eludir la maternidad, y con ello llenen el hogar de una cantidad de hijos a los que no alcanza ni el alimento, ni el buen humor, ni la capacidad educadora de los procreadores; la muerte se encarga, después de tan heroico sacrificio, de aclarar las filas; y en tanto, la madre, envejecida prematuramente, malhumorada, cuando no enferma y temerosa del tálamo, que devuelve cada minuto del legítimo placer convertido en interminables horas de dolor y de inquietud, pierde la alegría de su maternidad y, con ella, todo el encanto sexual para el esposo. Y éste, claro es, no tarda en encontrar su substituto extramatrimonial.

MORAL SOCIAL Y MATERNIDAD ILIMITADA

Esto, por lo que hace a la moral conyugal; en cuanto al aspecto propiamente social del problema, no es menos discutible la actitud irreductible de algunos sociólogos y moralistas. La intransigencia de estos últimos es, desde luego, respetable. Pero, con todo, yo quisiera verles combatir con el mismo ardor que la defensa de una maternidad, alegre y eficaz, el adulterio y la prostitución, para los que emplean un cedazo mucho menos estrecho. A mí no me cabe en la cabeza que tengan autoridad para imponer estas nor-

mas extremas de austeridad sexual quienes no se rebelan, quienes quizá son servidores sumisos de Estados que consienten la prostitución y la reglamentan, como un oficio cualquiera.

Por lo que respecta a los sociólogos, sus trenos en favor de la procreación ilimitada son también muy sospechosos. Nos dicen que el hombre no tiene derecho a destruir una vida en potencia; pero menos lo debe tener para hacer víctima de unos segundos de placer egoísta a un hijo engendrado sin los medios precisos para cuidarle. Cada eyaculación del hombre contiene de dos a quinientos millones de espermatozoos; es decir, casi la cantidad suficiente para fecundar a todas las mujeres del mundo. Así, pues, el número de "vidas en potencia" que destruye la Naturaleza espontáneamente es lo bastante grande para tranquilizar el celo conservador de estos sociólogos puritanos. Pero, además, sus puritanismos no son, en el fondo, tan desinteresados como parecen, pues encubren, a veces, el anticristiano ímpetu, imperialista o nacionalista, de los gobiernos, que hoy parece todavía atrevido maldecir, pero del que, sin que pase mucho tiempo, se avergonzarán todos los hombres. Muchas veces se ha repetido, a este respecto, la frase tan conocida, que unos atribuyen a Condé y otros a Napoleón —es lo mismo, porque ambos fueron capaces de pronunciarla— cuando viendo, al declinar la tarde, lleno de cadáveres el campo de batalla, el general vencedor se consoló exclamando cínicamente: "¡Bah! ¡Una noche de París compensará todo

esto!" Pero en esa "noche de París" ¡cuántos dolores de cuántas madres, sacrificados luego por la ambición de unos pocos hombres! Esta es la fecundidad que propugnan los estadistas y ésta es la moral que los sociólogos quieren que pase por excelsa.

PELIGROS DE LA LIMITACIÓN DE LA MATERNIDAD

Se comprende bien que nuestro modo de pensar, compartido por tantos, pueda ser peligroso a la sociedad si se lleva hasta términos abusivos, y si, a la postre, los hombres y las mujeres llegan algún día, como predicen algunos profetas, a acudir al matrimonio olvidando que su fin primordial y esencial es la procreación; y que esta función augusta lleva aparejados, con sublimes goces del espíritu, dolores que no se deben eludir: como que en ellos se forja y adquiere su temple entrañable la paternidad verdadera, que nunca se logra por entero si no se ha sufrido por los hijos; como la personalidad del maestro, paralela a la del padre, tampoco se alcanza plenamente hasta que los discípulos nos han devuelto alguna vez el bien que se les hace, mezclado de ingratitud.

Pero tranquilicémonos; la Humanidad ha entrado, hace ya mucho tiempo, en su edad adulta y las puras verdades no pueden serle peligrosas, como lo son para los niños. Cada hombre, y sobre todo cada mujer, tienen y tendrán siempre lo suficientemente vivo el instinto de la procreación para que éste atropelle a todos los obstáculos que

quieran oponérseles. Los médicos sabemos que aun en los estratos más degenerados de la sociedad hay siempre más mujeres obsesionadas por el deseo de tener hijos que por el miedo de tenerlos; y llegan, impulsadas por aquel afán, a extremos y sacrificios que no tolerarían por el temor de concebir. Puede, pues, hablarse serenamente a hombres y mujeres de regular su aptitud concepcional en forma conveniente para ellos, para sus hijos y para la moral social, sin miedo a que ocurran los desastres que nos pintan algunos. Conque las guerras se supriman y los médicos continúen su lucha triunfal contra la enfermedad, quedará ampliamente compensado el descenso voluntario de la natalidad.

Claro es que la técnica de esta limitación consciente de la maternidad alcanzará su máxima perfección moral, si se basa en la separación honesta de los cónyuges, sin detrimento de la supervivencia del amor y sin relajamiento de los deberes conyugales. Nosotros no osaríamos aconsejar otra técnica que no fuese ésta: mas siempre que al seguirla se cumpla rigurosamente y de una manera bilateral. Porque si el marido tranquiliza su conciencia con la separación material de la mujer legítima, pero tranquiliza a la vez sus instintos en el adulterio, como ocurre casi siempre, el médico debe tener el valor de aconsejar lo menos malo para la Humanidad, para el hogar, para el propio individuo, y seguramente para Dios, esto es, el amor entre los cónyuges, aunque sea, para la especie, intrascendente.

MATERNIDAD Y CRIANZA

Dios, la Sociedad y el Estado nos mandan, de acuerdo con nuestro instinto imperativo, que tengamos hijos. Pero no nos cansemos de decir que el hacer hijos no es una cuestión meramente cuantitativa, sino principalmente cualitativa. El hombre consciente y libre es un producto infinitamente delicado y noble para cuyo cultivo son pocos todos los esfuerzos de selección. Si nadie considera el mejor zapatero al que hace más zapatos, sino al que los hace mejor; ni mucho menos el mejor ganadero al que cría más ovejas, sino al que produce razas más escogidas, resultará absurdo considerar como modelos de paternidad a quienes coloquen en el mundo un número mayor de hijos y no a los que se esfuercen en formar hombres y mujeres, los más que se puedan, sí, pero sobre todo sanos, inteligentes y buenos. La república de las abejas, que goza merecidamente fama de ser el modelo de organización más perfecto de cuantas agrupaciones de seres vivos nos ofrece Dios, nos da un ejemplo de racional procreación: la reina, en efecto, llevaría su instinto maternal —si se me permite la expresión— a una postura ilimitada de huevos; pero las abejas encargadas de su cuidado no la dan más que una cantidad de alimento sabiamente calculado para que el número de huevos, es decir, de hijos futuros, no exceda a las posibilidades nutritivas del medio en que vive la colme-

na. ¡Qué menos puede hacer el hombre que engendrar sólo a los seres que cuenten con una cierta probabilidad de poder ser alimentados! Pero es que aun para los ricos, si la prole es excesiva, aunque sobren los medios materiales para rodearlos de institutrices y maestros, y de todos los cuidados espirituales y materiales que se compran con el abundante caudal, faltará indefectiblemente ese cuidado directo y prolongado de los progenitores, y, sobre todo, de la madre, que es el verdadero crisol donde se forja no sólo el cuerpo, sino el alma del ser futuro, y que no puede repartirse en un número de hijos ilimitado.

Casi todas las novias españolas reciben, entre los regalos nupciales, un librito admirable, *La perfecta casada,* del maestro Fray Luis de León. Lo que ocurre es que casi ninguna lo lee, cosa fácil de comprobar en una encuesta elemental entre las señoras de nuestras relaciones. Tal vez se deba, como ellas nos dicen, al tono arcaico del lenguaje, que no pueden gustar quienes no posean una cultura mínima de los textos clásicos. Tal vez influya mucho más el hecho de que casi toda la magistral obrita está dedicada a aconsejar a la mujer que no se acicale, enjoye ni afeite; y esta predicación suena definitivamente a hueco en los oídos de toda mujer moderna, sea honesta o descocada. Pero hay dos capítulos que son de los más breves y que debieran leer todos los días las mujeres de España: el capítulo XI, en que se ocupa "Del trato y apacible condición que deben tener las señoras con sus sirvientes y criadas"; y

el XVIII, que se titula "De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido y de la obligación que tiene la que es madre de criar por sí a los hijos". En este último capítulo dice Fray Luis: "Entiendan las mujeres que si no tienen buenos hijos, gran parte de ello es porque ellas no son enteramente madres. Porque no ha de pensar la casada que el ser madre es sólo engendrar y parir un hijo." "Lo que se sigue después del parto es del puro oficio de la madre, y esto es lo que puede hacer bueno al hijo y lo que de veras la obliga."

Es, pues, preciso que cada mujer críe a sus hijos, y que, además, los eduque. La crianza directa, la de los propios pechos, es la ideal, "porque —como dice el mismo Fray Luis— el cuerpo tiernecito de un niño que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar". Y esa formación, será lo mejor que se haga con los humores maternos. "La leche es sangre" —añade el maestro— y el añadir sangre extraña al hijo es "como hacerlo bastardo". Las nociones biológicas recientes concuerdan bien con la aguda intuición de nuestro clásico. Y debemos recordar aquí el esfuerzo que los médicos tienen que hacer con las madres modernas para lograr que, estando sanas, amamanten a sus hijos, aunque sacrifiquen a ello su tiempo, que en nada emplearían mejor. La gracia juvenil de los senos, que no se han hecho para lucirlos, sino para criar, peligra a fuerza de no usarlos. Según un célebre anatómico, cierto que un tanto pesimista, dentro

de pocas generaciones no serán más que un recuerdo en la morfología femenina.

Pero aun aquellas mujeres que, por razón de salud o por excepcionales razones de orden social, no puedan ser las nodrizas de sus hijos, no por ello quedan eximidas del deber imperativo, meticuloso, largo y absorbente de todos los demás deberes, de dirigir personalmente la lactancia artificial o la antipática lactancia mercenaria, cuando ésta está justificada. *Nunca habrá motivos suficientes para delegar este cuidado en nadie;* y causa extrañeza el ver la blandura con que los moralistas juzgan esta deserción de un aspecto de la maternidad tan importante como el aspecto concepcional; probablemente más importante aún, para el porvenir humano. El eludir la concepción puede justificarse por la aspiración a una maternidad de mejor calidad; pero nada justifica el abandonar el hijo ya nacido en otras manos que las de la madre, salvo contadas excepciones. Y menos mal cuando las manos mercenarias son las de esas mujeres, que todavía abundan en nuestras latitudes, llenas de un empirismo a veces absurdo, pero fácil de encauzar útilmente porque se funda en una experiencia entrañable y en un amor sincero a los niños; lo cual no ocurre, por lo común, en esas "nurses" llegadas de un país exótico, y con frecuencia exentas de ternura, aunque, eso sí, abarrotadas de certificados técnicos y de una pedantería seudocientífica mucho más peligrosa, a veces, que la más cruda ignorancia.

MATERNIDAD Y EDUCACIÓN DIRECTA DE LOS HIJOS

Esto, por lo que respecta a la crianza material del recién nacido. Otro tanto puede decirse de la crianza espiritual, de la educación. Yo creo de tal modo en la necesidad y en la eficacia de que la primera educación sea maternal, que no encuentro para un ser humano desdicha comparable a la de verse privado de ella. Pestalozzi expresó esta idea en palabras, muy llenas de la retórica de su tiempo, pero conmovedoras, escritas en aquel momento, el más noble de la vida del hombre, en que, según su propia confesión, "era ya un niño con la cabeza blanca; pero un niño que había sufrido mucho". En este momento de máxima sensibilidad y perspicacia resumía así sus ideas sobre la educación: "Que la primera instrucción del niño nunca sea asunto de la cabeza, asunto de la razón; que sea eternamente objeto de los sentidos, objeto del corazón, objeto de la madre." "¡Madre! —añadía—: con esta palabra me conducen otra vez a tu mano las leyes eternas de la Naturaleza. Sólo a tu lado puedo conservar mi inocencia, mi amor, mi obediencia, las ventajas de mi noble naturaleza ante las impurezas del mundo; sólo así puedo conservarlo todo, madre mía" (24).

Pensemos ahora en la labor que hay que hacer para que esta eficaz verdad pueda ser practicada por tantas y tantas mujeres que, por ignorancia, por frivolidad, o por tener que ganarse el pan fuera del hogar, no llegan a cumplirla.

LA COLABORACIÓN DE LA MUJER CON EL ESPOSO

Esto es lo que debemos entender por maternidad. Y, a la verdad, a nadie parecerá entonces que es sencillo y breve el cumplimiento del mandato materno. Pero éste todavía no termina aquí. Tener un hijo supone tener un esposo ante las leyes religiosas o sociales, o ante la ley de la Naturaleza; y la función sexual de este esposo, que es, en gran parte, su función social, como hemos demostrado en el ensayo anterior, sólo se cumplirá de una manera óptima si se cuenta con la colaboración solícita de la esposa. Cajas ha dedicado páginas muy hermosas y muy justas (25) a ensalzar esta misión de ayuda íntima y compleja que la mujer debe realizar al lado del marido; ayuda afectiva, porque ella sabe mirar cada problema desde un punto de vista en general más fino y a la vez más práctico que el hombre; y ayuda material también porque cuando la mujer adquiere el interés por los asuntos varoniles, la eficacia de su cooperación se multiplica a la sombra de la intimidad y al calor de la pasión. Fuera de España es muy frecuente este tipo de mujeres —llenas de cultura, pero también de feminidad— que tanto facilitan la creación del hombre y que explican la mayoría de esos casos de capacidad fuera de lo común para el trabajo varonil. Y, por fortuna, entre nosotros abundan cada vez más, a medida que las españolas concurren a

centros educativos y ven el matrimonio con una responsabilidad consciente y no como un premio de la Lotería. El hecho es que, salvo excepciones, siempre que vemos uno de estos enérgicos trabajadores que rinden a la sociedad y a su propio provecho una labor fecunda y sostenida, nos es fácil descubrir, entre los bastidores del hogar, una mujer propicia, que vigila atentamente los engranajes de la actuación del esposo. Y, a su vez, detrás de todo hombre inexplicablemente fracasado o sólo útil a medias, hay también, casi sin excepción, un problema conyugal mal resuelto.

EL AMOR DE LA MUJER, PREMIO DEL TRABAJO

En el ensayo anterior comentaba yo el profundo sentido fisiológico de otra actitud de la mujer, aparentemente pasiva, ante la actividad varonil, pero cargada de un gran sentido dinámico: me refiero al otorgamiento del amor como premio del esfuerzo y como estímulo en la concurrencia social. *Dulcibus illa* —decía Virgilio— *quidem illi cebris et saepe superbos, cornibus inter se subigit decernere amantes.* "Los encantos poderosos de la hembra empujan frecuentemente a los dos fieros rivales a combatir a cornadas" (26). Y esto que hacen los toros en libertad lo hacen también los hombres civilizados ante la mujer amada. Lo importante para ésta es saber

conservar, a través de los caminos prosaicos de la vida en común, ese significado de su amor como recompensa y como descanso de la lucha. Cuando el Cid entraba en batalla contra el rey de Marruecos, lleno de exaltación decía a Jimena, ya madre, que por primera vez le veía luchar desde lo alto del alcázar de Valencia: "Créceme el corazón porque estades delante" (27).

El valor, la decisión de vencer que la presencia de la mujer infunde, responde, pues, al sentimiento, netamente sexual, de que la victoria le hará ser preferido entre los otros hombres o aumentará el caudal del amor ya existente. En cualquier tiempo este hecho se repite todos los días en los espectáculos deportivos, así como en las lides del arte, la política, la industria, la ciencia, etc.

A este respecto, es oportuno observar cómo, en cambio, en la mujer no ocurre ciertamente lo propio. El éxito social en la mujer antes es, desde este punto de vista, un motivo de apartamiento para el hombre, que acicate de su inclinación amorosa. No puede compararse la atracción que ejerce sobre el hombre la gloria de una novelista o de una pintora —no digamos de una diputada o de una ministra— con la del simple taconeo de una modistilla garbosa. Repásese la historia de las mujeres que se han hecho célebres por motivos puramente intelectuales, y se verá que, en general, fué muy pobre su vida pasional. Alguna, como Jorge Sand, tuvo muchos amantes; pero basta leer su biografía, y sobre todo las revelaciones de su correspondencia, para darse cuenta

de que se trataba de afecciones puramente cerebrales, en las que apenas intervenía la dinámica habitual de los sexos.

Véase, por el contrario, qué distinta es la actitud del hombre frente a la artista de teatro: la cantante, la comedianta o la bailarina. En todas estas manifestaciones, quizá poco cerebrales, se exaltan calidades legítimamente femeninas, como son la voz seductora, la gracia de la figura y del ademán, etc.; y a veces se acentúan, como pasa en ciertos bailes que no son sino modos de sugestión directamente sexuales. Por todo ello, al éxito artístico acompaña en esas mujeres el de la atracción apasionada e innumerable de los espectadores masculinos. Y el sentido de atracción sexual, muchas veces inconsciente, que hay en estas manifestaciones artísticas de la mujer, lo demuestra el hecho, tantas veces repetido, de cómicas, cantantes, pianistas, etc., que, a favor de su arte, logran un buen matrimonio, y desde este punto, es decir, desde que se ha cumplido el fin de la atracción sexual, se retiran a la vida privada: unas veces, es cierto, por imposición celosa del marido; pero casi siempre impulsadas por la natural vocación de la mujer a la vida del hogar.

MATERNIDAD Y TRABAJO FÍSICO SON INCOMPATIBLES

Pero volviendo a nuestra argumentación, resulta evidente que si la mujer es madre en toda su plenitud —y esta plenitud no se mide por el número de hijos— y si cumple, además, íntegramente su función sexual con el varón que la acompaña, que es mucho más amplia y delicada, como acabamos de ver, que el mero ayuntamiento carnal, le quedará poco tiempo, ciertamente, que dedicar a las actividades sociales de tipo varonil. Prácticamente —digámoslo de un modo rotundo— una buena madre durante los años de la fecundidad, que son los centrales de su vida, no podrá ser ni deberá ser apenas otra cosa que madre.

En este punto, pues, yo no estoy conforme con la mayoría de los feministas, incluso con algunos médicos, que consideran como un ideal el que las madres, aun estando embarazadas, acudan a las oficinas y a los talleres a realizar un trabajo para el que la mayoría de las veces han de derrochar un esfuerzo superior a la capacidad media de su organismo. Ni aun esas instituciones benéficas que funcionan adjuntas a los grandes centros fabriles de los países muy progresivos y que permiten a la mujer recién parida hacer compatible la labor física con un mínimum fríamente calculado de su función maternal, me parece que pueden disculpar el hecho, absurdo ante la biología, de que la mujer no pueda dedicar *generosamente y sin medida todas las horas del día* al cuidado de su hijos pequeños. Sólo una razón económica, que creo vergonzosa para nuestra civilización, puede prevalecer sobre las razones naturales que aconsejan la supresión del trabajo sistemático de las madres. Por necesidad, por ejemplo durante las guerras, pueden hacerse éste y otros muchos desatinos y atentados contra las leyes naturales. Pero éstas mandan que la mujer parida y lactante sea sostenida por el padre de su hijo; y si el padre se ha muerto o se ha marchado, por el Estado mismo. Un paso más, por tanto, y que esas magníficas "nurseries", anejas a los talleres, donde las obreras dejan a sus hijos mientras trabajan, sean asilo permanente para los niños y para sus madres necesitadas, sin someter a éstas a la necesidad del trabajo para ganar el sueldo, del que, tal vez, depende el sustento familiar.

¡Maternidad y trabajo físico son incompatibles!: no nos cansaremos de decirlo. Y la maternidad, aunque, en el tiempo, sea un episodio en la vida de la mujer, es, biológicamente, el eje del concepto de la feminidad. Por ello, la mujer, *como sexo-tipo,* no debe trabajar, aunque en la realidad quepan muchas excepciones —infecundidad, soltería, períodos extramaternales de las madres— que poniendo a la hembra al margen de su sexualidad fundamental, la abran legítimamente las puertas de las labores físicas. En la Naturaleza —más arriba lo recordábamos— la

hembra-madre no trabaja en ninguna especie zoológica. Y hay una república animal, la más perfecta de cuantas pueblan el mundo de los seres vivos, la de las abejas, en la que se da el hecho ejemplar de que la hembra que procrea, la reina, queda eximida de toda otra labor, y el enjambre de las hembras obreras no son aptas, en cambio, para ser fecundadas (28).

LA EXPERIENCIA DE LA GUERRA

Claro es que, por encima de estas pautas, la necesidad puede imponerse, como ley inexorable, a todas las teorías, singularmente en la especie humana, dotada al máximo de condiciones de adaptabilidad al medio y a las circunstancias. Pero no es lícito erigir en normas generales los hechos consumados a la fuerza. Esta es la lección que se desprende de lo sucedido con el trabajo de la mujer durante las guerras europeas. En los años terribles de la lucha, las mujeres de todos los países beligerantes parecieron desmentir de un modo providencial y rotundo las reservas que algunos hacían —o hacíamos— respecto a la capacidad biológica de la mujer para la actuación social. Recordemos lo sucedido. En las naciones en guerra, la casi totalidad de los hombres se fueron a los campos de batalla; y los sitios que en las fábricas, en las oficinas, en los campos, en los servicios públicos de las ciudades habían sido ocupados siempre por varones, tuvieron que serlo por

mujeres, que abandonaron su hogar para dar al mundo un ejemplo conmovedor de energía improvisada y de capacidad productora. La demostración de una aptitud femenina para equipararse al hombre en todos los aspectos de la lucha social fué, al parecer, definitiva, y una literatura entusiasta y caudalosa esparció por todo el mundo, allá por el 1918, la buena nueva de esta conclusión.

Pero el experimento, en realidad, no probaba que el trabajo rudo fuese el papel de la mujer, sino sencillamente *que en un momento de inquietud la mujer, dotada, en efecto, en sumo grado de estas virtudes que los americanos llamarían "de emergencia", puede suplantar al hombre.* En la vida de las naciones, como en la vida de las familias, es frecuente ver, en efecto, que cuando falta el padre o el marido, la mujer desamparada se lanza bravamente a la lucha y convierte en energía social, a veces de calidad óptima, la energía materna.

El sexo puede, pues, ser vencido por una razón de orden social. Pero es un vencimiento fortuito; y, en cuanto puede, recobra sus fueros. Y por ello todos hemos visto que esas mujeres varoniles nos tenían reservada otra gran lección imprevista, tan provechosa como la primera: la de abandonar con espontáneo y presuroso impulso, así que los cañones enmudecieron, aquellos puestos de trabajo que parecían definitivamente conquistados.

CULTIVO DE LA MUJER NO MADRE. LA TRISTEZA DEL HOGAR

Claro es que esta exención del trabajo ajeno al hogar se refiere sólo a la mujer-madre. Ya hemos insistido cuidadosamente sobre ello; aunque sabemos que toda insistencia será inútil para aplacar la inconformidad de los feministas o exaltados, de ambos sexos, que son gentes poco amigas de matices. Mas para los espíritus no ofuscados, hemos de añadir: la madre no debe trabajar; pero ¿y la mujer que no lo sea?

El problema entonces cambia de aspecto. En primer lugar, consideremos que, si las leyes biológicas rigiesen al mundo sin las trabas que le ponen prejuicios o realidades económicas y de otra índole, el número de las mujeres no madres se amenguaría extraordinariamente, porque amenguaría mucho el número de las que hoy quedan, contra su voluntad, solteras; y no se verían unas cuantas mujeres obligadas a cubrir, a marchas forzadas, con una multiparidad excesiva, el cupo de nacimientos que requiere el desarrollo de los pueblos. Mas siempre quedaría el ejército de las que, casadas, son estériles; de las que voluntariamente rehuyen la unión sexual; y, por fin, de las mismas madres en los años que preceden a la maternidad y en los que la siguen, cuando el ciclo sexual ha terminado y los hijos, ya crecidos, se dispersan del hogar.

Entonces el trabajo de la mujer, no sólo es legítimo, sino necesario. Y es España, tal vez, uno

de los países de Europa en donde más alto se debe decir. Con profunda pena vemos todos a tantas y tantas mujeres a las que el destino no quiso llevar por el cauce de la maternidad, que consumen sus días en una ociosidad absurda, sólo animada por los más frívolos estímulos de la vida de la sociedad. Y esto ocurre, no sólo en los hogares acomodados, sino en aquellos de las últimas capas de la clase media, en los que el padre trabaja sin descanso para sostener la numerosa familia, de la que, tal vez, forman parte dos, tres o más muchachas, en aptitud de luchar por la vida, pero imposibilitadas de hacerlo por la ignorancia y los prejuicios sociales. Y esto no sólo en España; recordemos en las páginas inmortales de *Madame Bovary* la tragedia de la inacción del hogar modesto de Francia. Y he aquí cómo una escritora feminista contemporánea describe la vida de la mujer en los interiores de la clase media de París: "Pasa el día en bata, en su mezquina habitación, matando el tiempo como puede, en charla con las vecinas, en largas observaciones desde la ventana, detallando *toilettes* de las que pasan por la calle. Confeccionan, para distraerse, pequeñas labores, que, al cabo, le resultan más caras que si las comprase en el almacén. Como esos prisioneros que espían en su celda, durante horas y horas, los movimientos de una araña, el espíritu de esta pobre mujer se apasiona desesperadamente por los más nimios detalles del hogar" (29). ¡Qué exacta pintura, como hecha por una mujer que seguramente ha

vivido lo que describe! ¡Y cuántas visiones de nuestro medio, de nuestras propias familias quizá, nos sugiere su lectura!

Afortunadamente, cada día es entre nosotros mayor el número de muchachas que se preparan con una sólida instrucción, no de las que antes se llamaban tontamente "de adorno", sino de las que el día de mañana puedan servirlas para ganarse la vida si las circunstancias sociales les obligasen a ello. Aun entre las hijas de familias acomodadas y poderosas van abundando las que estudian carreras comerciales o científicas; ya hemos comentado el resultado feliz que esto ha tenido ya —y es de esperar que tenga, en máxima medida, en el futuro— para el porvenir de la mujer; aun cuando termine casándose y convirtiéndose tan sólo en una buena madre de familia. Cuando Moebius escribió su libro sobre la inferioridad mental de la mujer, profetizó que "la moda de las profesionales femeninas —que entonces empezaba— pasaría pronto". La verdad es que en esto, como en otras cosas, se equivocó rotundamente el agrio profesor.

DIFERENCIAS BIOLÓGICAS DE LA ACTIVIDAD DE CADA SEXO

¿Es indiferente la clase de la ocupación de la mujer? Ya he dicho —y en el próximo ensayo insistiré sobre este mismo punto— *que para las mujeres de una sexualidad media* es, probablemente, necesaria una cultura especial, de tipo

femenino, ajustada a las características psicológicas y físicas de la hembra. Y, en consecuencia, las actividades sociales, las modalidades del trabajo han de ajustarse también a esa cultura específica. El hombre, no nos cansaremos de repetirlo, es un motor, muscular y psíquico, provisto, de un modo casi accesorio, de un órgano generador. La mujer es un gran mecanismo generador dotado de una sensibilidad exquisita para reaccionar ante el ambiente, en provecho del fruto de esa generación. Y cada uno tiene su distinta y complementaria aplicación en la marcha del mundo, como la tienen el clavo y el martillo.

EL MEDIO NO MODIFICA FUNDAMENTALMENTE LOS CARACTERES SEXUALES

A este hecho, que no puede discutirse, se ha objetado que tales diferencias anatómicas y funcionales pueden no ser un hecho primario, sino la consecuencia del distinto uso que, a través de los siglos, se ha venido haciendo del organismo de cada sexo. Y que, por tanto, la diferencia en las aptitudes de la mujer y el hombre se modificaría rápidamente al cabo de unas cuantas generaciones de un reparto paralelo de la actividad social de ambos. Es decir, que la hipertrofia respectiva del mecanismo sexual —maternal— en la mujer, y de las funciones centrífugas, sociales, en el hombre, serían fenómenos de adaptación; como la

vaca, al pasar al estado doméstico se hace incapaz para el esfuerzo, localizándose su actividad en la función gestatoria y mamaria; o el caballo, preparado por las generaciones para correr y nada más.

Pero aunque no pueda negarse que el organismo humano, como todo organismo vivo, es extraordinariamente sensible a las leyes de la adaptación, hay una razón experimental que demuestra que no se trata de diferencias postizas, creadas por el uso, sino de rasgos distintivos inherentes a la misma esencia de cada sexo. Me refiero a las consecuencias de la castración, observadas ya por los antiguos; y, más modernamente, a las del injerto y trasplantación de los órganos genitales. La hembra desprovista de sus ovarios, aunque siga viviendo en el mismo medio que antes, pierde su morfología, su fisiología e incluso su psicología femeninas, y se hace fuerte, musculosa, decidida y apta para la actividad varonil. En el hombre, en cambio, ocurre lo contrario, como han atestiguado las bien conocidas descripciones empíricas de los viajeros de Oriente, en los tiempos en que aun había eunucos en los harenes, y los datos científicos publicados por Moebius, Zambaco Pachá, Tandler y nosotros mismos.

En las especies animales que nos sirven para los trabajos de laboratorio, en el mono, en el perro, en el conejo, en las aves, se puede repetir a voluntad este mismo experimento; y se le puede añadir la contraprueba definitiva, que en estos últimos tiempos han realizado Steinach, Athias,

Pezard, Lipschütz y otros, de injertar testículos en animales hembras y ovarios en animales machos, previamente castrados; con lo que se observa un cambio absoluto, verdaderamente teatral, del sexo y de las aptitudes funcionales del animal injertado. Nuestras actividades, nuestra mentalidad de hombre o de mujer no dependen, pues, de un hábito creado por una división arbitraria del trabajo, afirmado y perfeccionado por la herencia a través de las generaciones, sino del hecho inmodificable de haber nacido provistos de uno o del otro sexo; y al perder éste, perderíamos también estas características morfológicas y funcionales, incluso las diversas aptitudes para la actuación social, sin necesidad de que el medio en que nos movemos se altere para nada.

LA HUMANIDAD DEL SEXO SUBNORMAL

Pero claro está que el esquema que hemos expuesto no abarca, como todos los esquemas, sino a un cierto número de los casos. Fuera, queda una porción considerable de la humanidad de hombres y mujeres que, *sin dejar de ser normales,* no se ajustan al rigor fisiológico de su sexo ni, por tanto, a esta escueta división de aptitudes y de destino social. Por lo que se refiere a la hembra, es evidente que el ser madre no excluye su intervención en una serie de actividades públicas y privadas para las que la mujer, por las mismas

razones de su constitución anatómica y espiritual que hemos expuesto, es especialmente apta. La enseñanza, el estudio y cuidado de los enfermos, los trabajos de laboratorio y de oficina, y, en fin, los oficios que exigen minuciosidad, paciencia y habilidad manual a cambio de poco gasto de tensión muscular y nerviosa, y poca inventiva, caen dentro de las aptitudes biológicas de la mujer *de tipo medio:* como que son —y sería fácil probarlo— prolongaciones muy directas de las actividades maternales propiamente dichas.

LA MAESTRA

La enseñanza primera de los propios hijos hemos dicho ya que debe ser considerada como un deber para cada madre: tan estricto deber como el dirigir su sustento en los primeros años infantiles. Antes citábamos la opinión de Pestalozzi, un pedagogo clásico. Gómez Ocaña recoge esta misma idea, que en realidad es universal en la pedagogía, de labios del venerable Padre Manjón. Y, sobre todo, léanse las páginas exactísimas que dedica a este asunto Gurlitt (30). La perfección se lograría, pues, si toda madre, del mismo modo que debiera criar a sus hijos, los pudiese iniciar personalmente en la educación. Pero hay muchas madres que no tienen aptitud o tiempo para ello, y hay también muchos niños que no tienen madre. Y para unos y otros serán tanto más provechosas las horas de la escuela, cuanto más se parezca a la madre quien les enseñe, aun con detrimento de la sabiduría académica. Goethe decía —¡y con qué profunda verdad!— que "sólo aprendemos de aquel a quien amamos"; y esta frase nos enseña todo el valor pedagógico de la madre y, en su defecto, de la maestra, más que sabia, maternal.

LA ASISTENCIA A LOS ENFERMOS

Otro tanto puede decirse de la asistencia a los enfermos. La dulzura y el espíritu de sacrificio de la mujer— ese espíritu de sacrificio que tan característico es del alma femenina y del que con tan poca fortuna se burlaba Moebius— y, además, su habilidad y ligereza para las pequeñas operaciones manuales de la vigilancia y cura del paciente, la hacen, a ese respecto, infinitamente superior al hombre. Bien se ha probado esta superioridad en las últimas guerras, en las que ejércitos de heroicas mujeres, repartidas por los hospitales y hasta por los puestos de las líneas de fuego, han conquistado para su sexo una aureola que contrasta, con máximo esplendor, frente a tanta y tanta crueldad cometida por los hombres.

Stendhal decía que "el verdadero teatro de las virtudes de la mujer es la habitación del enfermo". Y a continuación agregaba graciosamente: "Pero si la mujer es tan buena enfermera, ¿pretenderemos obtener de la bondad divina que redoble la frecuencia de las enfermedades para dar ocupación a nuestras mujeres?" Daba a entender

con ello el gran escritor que, teóricamente al menos, el asistir a los enfermos no debe considerarse como un oficio corriente, sino como una dolorosa ocupación excepcional. Pero, por desgracia, en la práctica, son tantas las calamidades físicas de la Humanidad, que dan y darán siempre holgada ocupación a innumerables mujeres.

En cuanto a la profesión médica, claro está que lo dicho se refiere también a ella. Muchas veces, el médico se acerca tanto más a ser útil al enfermo cuanto más se parece a un enfermero. Pero aun desde un punto de vista especulativo, es indudable que la Medicina, sobre todo en varias de sus especialidades, es uno de los más aptos carriles para la actividad específicamente femenina.

LA MUJER EN LOS LABORATORIOS

Citemos también el papel admirable, a veces casi insustituíble, de la mujer en los laboratorios industriales y científicos. La delicada destreza manual y la paciente atención de los sentidos que requieren muchas de las prácticas de laboratorio encuentran ejecutoras perfectas en el sexo femenino. En todos los países están los centros de investigación poblados de mujeres, y entre nosotros ocurre ya lo mismo.

Y nada digamos de otras profesiones e investigaciones de tipo literario (histórico, pedagógico, etc.), que se amoldan muy bien a la típica contextura mental femenina.

LIBRE ACCESO A LA MUJER APTA

He aquí limitadas las zonas de la legítima actuación social de la mujer embebida en su sustancia femenina, de la mujer-madre, con la imprecisión obligada en todo problema biológico, pero con el único criterio racional, que es el biológico. Mas el problema tiene su segunda parte. En indudable que, pocas o muchas, ha habido y hay mujeres con reconocida aptitud para todas esas actividades que nosotros consideramos extrañas a la fisiología femenina. ¿Podría pretenderse privarlas de ejercer esa aptitud, y privar, por tanto, a la sociedad de los beneficios de su actuación? Claro está que no. El criterio biológico no puede poner obstáculo, sino todo lo contrario, a la actuación social de esas mujeres, actuación que, dada su psicología, será completamente normal. Lo que sí haremos constar es que esas mujeres, como antes sosteníamos, son biológicamente excepcionales, escapan a la ley normal de su sexo. Podríamos aceptar, pues, sin modificar una línea, esta conclusión de Weininger: "Libre acceso a todas las profesiones y ocupaciones para aquellas mujeres que, en relación con sus necesidades psíquicas y en conformidad con su contextura somática, se sientan inclinadas al trabajo masculino, puesto que en estas mujeres se acusan vigorosos trazos de masculinismo. ¡Pero no se pretenda incluir en ese movimiento a todas las mujeres!"

Insistimos, por tanto, una vez más, en el carácter sexualmente anormal de estas mujeres que saltan al campo de la actividad masculina y en él logran conquistar un lugar preeminente. Agitadoras, pensadoras, artistas, inventoras: en todas las que han dejado un nombre ilustre en la Historia se pueden descubrir los rastros del sexo masculino, adormecido en las mujeres normales, y que en ellas se alza con anormal pujanza, aunque sean compatibles, y lo son muchas veces, con otros aspectos de una perfecta feminidad.

Dedicaremos gran parte del próximo ensayo a explicar el sentido que hemos de dar a estas formas intermedias de la sexualidad, tan frecuentes en uno y otro sexo, y más en el femenino, que de suyo tiende a una diferenciación menor de sus caracteres específicos. La cuestión queda, por el momento, resumida así: *la mujer de sexualidad normal, la de tipo medio,* requiere, salvo los casos "de emergencia", una cultura y una aplicación social específicamente femeninas; *la mujer de sexo indiferenciado,* que, en muchos de sus grados es también una mujer normal, tiene las aptitudes y, por tanto, las aplicaciones sociales de su peculiar sexualidad perfectamente indicadas en territorios vecinos a los de la actividad del varón.

En esto debemos estar todos de acuerdo. El problema se reduce ahora a saber si estos estados de tendencia viril son formas superiores de la feminidad o, por el contrario, estratos de sentido degenerativo, en la acepción biológica, no

radicalmente peyorativa, de esta palabra. Mi opinión es que la tendencia viriloide de la mujer, es, en la evolución general de los sexos, una etapa avanzada; pero no la ideal, la específicamente eficaz; y es posible que el progreso de la Humanidad irá eliminando esa etapa equívoca de la vida de los sexos. Pero de ello nos ocuparemos más adelante.

LA INFERIORIDAD DE LA MUJER ANTE EL DERECHO

Decía al principio de este ensayo que la irritante postergación de la mujer ante el derecho era una mera consecuencia de su postergación antropológica. Al desaparecer ésta va desapareciendo también de los códigos la inferioridad jurídica de la hembra; pronto, no quedará en el mundo un solo hombre, escogido entre los más arbitrarios, que regatee su simpatía a este aspecto del movimiento feminista. Es, desde cualquier punto de vista, tan enorme la injusticia, la inutilidad y la delicadeza de que no sean iguales las leyes para ambos sexos, que esto sólo justificaría los mayores apasionamientos de las sufragistas más exaltadas. ¿Cómo ha podido el hombre ser tan injusto con el sexo que le dió el ser y al que, además, se complace en llamar *débil*? ¿Qué varón sería capaz de no subscribir estas generosas palabras de Gurlitt?: "No queremos que la mujer goce únicamente de los mismos derechos del hombre, pues esto sería una

injusticia para ella; reivindicamos para el sexo femenino derechos especiales, inasequibles a los hombres." Y, sin embargo, las leyes siguen manteniendo, como la cosa más natural, no pocas de estas desigualdades en casi todo el mundo; y en algunos países, hasta límites absurdos. Tal ocurre en el nuestro, como ha hecho resaltar Ossorio y Gallardo (31) en un admirable libro que nos ha llenado de sorpresa a los que no nos habíamos aventurado en el laberinto de nuestra legislación. Pero se trata de problemas transitorios. Muy poco han de vivir, es seguro, los que no vean la amputación radical de estas injusticias en los códigos actuales.

LA MUJER Y LOS CARGOS PÚBLICOS

El acceso de la mujer a los cargos públicos es otro de los aspectos interesantes de la cuestión feminista. A este respecto hemos de recordar que en todas las épocas de la Historia, aun en las más desfavorables a la mujer, ha conservado ésta un halo de respeto un poco misterioso, más o menos vecino del respeto religioso. Simmel (32) llama la atención sobre este fenómeno. "A pesar —dice— de los desprecios y malos tratos, las mujeres, desde los tiempos primitivos, han sido objeto siempre de un sentimiento peculiar: el sentimiento de que no son sólo mujeres, es decir, entes correlativos del hombre, sino algo más todavía; y que en tal sentido, deben de tener comercio con las potencias ocultas; deben de ser sibilas o brujas; seres, en suma, capaces de transmitir las bendiciones o las maldiciones de los abcónditos senos cósmicos; seres, por tanto, que debemos reverenciar místicamente." "Ninguna de estas brutalidades o poéticas transfiguraciones se funda en una propiedad o actividad de la mujer." Sin duda, el fenómeno se debe "a que un ser tan profundamente sumergido en su esencia indiferenciada, un ser tan poco propicio a trascender de sí mismo como la mujer, ha producido siempre la impresión de hallarse en la proximidad inmediata de los hontanares metafísicos, en una especie de identidad con el fondo universal de las cosas".

Así es, en efecto. Y a esta circunstancia tan ligada a la misma esencia de la feminidad, se debe la importancia de la mujer en las mitologías, su frecuente papel sacerdotal en las religiones y la casi exclusiva asignación a este sexo de las virtudes de la adivinación (33). El mismo curanderismo es, casi siempre, ejercido por ellas. La reclusión en el hogar, constante en casi todos los pueblos hasta hace poco tiempo, y que aun perdura en algunos; su situación lejos del tráfico diario de la vida, daba a la mujer una visión panorámica de las cosas, como la que tenían por la misma razón los cenobitas aislados en el claustro o en el desierto, que hacía especialmente útil su consejo. El oráculo del hogar ha sido siempre la mujer, por disminuída que haya estado su estimación social y jurídica. El hombre ha acudido

siempre a ella en demanda de consejo en los trances graves de la vida, o de inspiración y ayuda excepcionales. Desde la pitonisa de antes a la gitana de ahora, es ella y no el hombre la que vislumbra el porvenir. La invocación instintiva del ser humano, en el fondo de la angustia, cuando las ayudas normales se han superado, es a la madre y no al padre. A excepción de Cristo, que llamó al Padre al morir, a pesar de que estaba tan cerca, gimiendo a sus pies, la Madre dolorosa; y acaso sea éste uno de los rasgos que separan fundamentalmente su espíritu divino del de los hombres como los demás (34).

Con esta facultad, de orden como mágico, está finalmente relacionado el matriarcado que las mujeres ejercieron en las tribus primitivas. Ya nos hemos referido a ello, y hemos dicho el poco valor "feminista" del hecho, pues estas mujeres colocadas a la cabeza de la comunidad, eran, más que jefes con mando efectivo, ídolos o símbolos. Probablemente la mayoría de las reinas que han gobernado imperios y naciones en la Historia reciente han tenido únicamente esta misma eficacia simbólica, a cuya sombra han actuado los verdaderos hombres de gobierno. Es, a este respecto, interesante la vida de la reina Victoria de Inglaterra, que tanto gustan de citar las feministas como ejemplo de la eficacia política de la mujer; sobre todo nos alecciona su vida, vista, no en el escenario aparatoso de la historia oficial, sino en su intimidad, que conocemos bien por sus cartas (35). En una de ellas dice: "Las mujeres

no hemos nacido para gobernar, y si somos buenas y verdaderas mujeres, hemos de mirar con antipatía estas ocupaciones masculinas." Si pudiésemos contemplar "el interior" de otras reinas célebres, quizá el mismo de nuestra excelsa Doña Isabel la Católica, con igual exacta información, estoy seguro de que la inapreciable confesión que hemos trascrito no sería la única (36).

Las otras formas de la actividad pública de la mujer, el desempeño de cargos públicos y administrativos están condicionadas por las mismas circunstancias que hemos ido examinando a propósito de las diversas formas de la actuación profesional. Nada hay, por tanto, que añadir; la madre debe ser madre por encima de todo; y la maternidad, ya lo sabemos, no implica sólo un problema de incompatibilidad en el tiempo, sino que supone el máximo desarrollo de la esencia misma de la feminidad; y esta feminidad llena de trabas al espíritu para la abstracción mental y el equilibrio ético que se precisa ante el ejercicio de muchos de esos cargos públicos.

El mismo Simmel, que antes he citado, insiste en el hecho fundamental que ha servido de tema constante a estos ensayos míos, a saber: que en la mujer-tipo, en la mujer no liberada de su sexualidad —y éste es el caso de la madre— el sexo está imbuído en todo su ser y en todas las manifestaciones de su actividad, como tal sexo primario, como valor opuesto a la masculinidad; en tanto que en el hombre esta sexualidad primaria es accesoria, en lo orgánico y en lo fun-

cional, y por ello la actuación social masculina se desarrolla automáticamente alejada de la dinámica sexual primaria. Para que el sexo influya en las decisiones de un tribunal masculino, es preciso un estímulo sexual intenso y deliberado: el pleno y escandaloso desnudo en el caso representativo de Friné ante los jueces. Un tribunal de mujeres, en cambio, tendría presente, en cada caso, y sin necesidad de estas llamadas aparatosas, elementos de juicio íntimamente relacionados con la sexualidad; y claro es que no me refiero sólo al hecho de la atracción sexual propiamente dicha, sino, principalmente, a las formas accesorias de la sexualidad, que tanto valor adquieren en la emotividad femenina, como la situación familiar del reo, el porvenir de sus hijos, etc. Santa Teresa, con su maravillosa feminidad, decía que se dejaba sobornar por una sardina. Nadie ha dicho con tanta gracia lo que es, para su gloria, la mujer. No discutamos aquí si esta justicia arbitraria y sentimental sería superior o inferior a la otra justicia, asexuada y sistemática a la que aspiran y a veces logran los varones. Seguramente sería superior; la mujer, por de pronto, no aceptaría como un dogma esa gran sandez de la "inflexibilidad de la ley", con la que se les llena la boca a los jueces puritanos. Pero, por el momento, esta circunstancia flexible y humana, perturbaría la mayor parte de las modalidades de la actuación pública femenina.

En la misma categoría perturbadora está la *actitud de agradar al sexo contrario,* que en la

psicología de la mujer ocupa un lugar mucho más difuso y permanente que en la del hombre. La mecánica normal de la atracción de los sexos se orienta desde el hombre, que es el absorbido, hacia la mujer, centro de atracción. El deseo de agradar y atraer al hombre es, pues, instintivo, un reflejo, unido a la misma feminidad en las mujeres normales, durante todo el período de su actividad sexual; mientras que en el hombre la actitud de agradar a la mujer es, en circunstancias habituales, un acto deliberado y episódico.

Con todo, la Historia, y sobre todo la historia contemporánea, nos enseña que son muchas las mujeres que, por encima de todas las consideraciones teóricas, han ejercido y ejercen diversos cargos públicos con perfección, no rara vez superior a la de sus colegas masculinos. Pero distingamos siempre el hecho social y el hecho biológico. *Estas mujeres aptas, son siempre mujeres liberadas de su feminidad esencial* —prácticamente de su maternidad— por las condiciones, congénitas o adquiridas, permanentes o circunstanciales, que ya se han explicado.

Y en último término recordemos otra vez que toda mujer, por el hecho de serlo, posee particularmente desarrolladas, y más a medida que su feminidad es más profunda, las *virtudes de urgencia.* Es posible que sea ésta una de las características esenciales de su sexo. Merced a ellas, la mujer, con mucha mayor facilidad que el hombre, adquiere repentina aptitud en los trances difíciles para el desempeño de gestiones ajenas

a su actuación habitual. Tal ocurre en la viudez, en la cual se han revelado como extraordinarias tantas mujeres que en la vida conyugal nos habían parecido insignificantes. La vida de las familias y la de las naciones está llena de ejemplos que así lo demuestran.

EL VOTO FEMENINO

¿Y el voto de la mujer? El voto de la mujer sólo indirectamente nos interesa. En teoría, es absurdo discutir el derecho de la mujer a votar, y, además, sería inútil discutirlo, porque la reforma se extiende por el mundo y, tarde o temprano, en todas partes se impondrá. Esto, en teoría. En la práctica, es evidente que el voto requiere una preparación, de orden sentimental más que intelectual, que nos atrevemos a afirmar que no existe en España; y, probablemente, tampoco en otros países. Pero esa preparación sólo puede adquirirse con el ejercicio del derecho. Estamos, precisamente, en momentos en que se supone por algunos, y no sin apariencias de razón, que el sufragio universal, una de las banderas de la democracia del pasado siglo, ha fracasado. Y no ha fracasado. Es que la masa de los hombres electores no ha alcanzado todavía el grado de independencia intelectual y moral que se requiere para ejercer tan grave privilegio. De ahí la responsabilidad de querer suprimirlo; intento que podría compararse en falta de lógica al de cortar

la lengua a quien tardase en expresarse con claridad. Ahora bien; es evidente que al llegar a las mujeres el uso del sufragio se encontrarán en situación análoga a la de los hombres hace unos decenios, cuando ellos empezaron a votar. La ventaja que les da el tiempo transcurrido —la experiencia adquirida a costa de los hombres— tal vez no baste a compensar el sentido pasional de sus primeras intervenciones en el juego democrático. Y podría, incluso, insinuarse el problema de que la mujer no tenga la misma capacidad que el varón para sentir el viejo artificio de la democracia.

De todos modos, en este punto es pueril hablar de memoria, porque el voto femenino está ya establecido en muchos países del mundo; en algunos, hace ya muchos años (en Nueva Zelandia desde 1893), y no parece lícito teorizar sobre concretos hechos de observación. Parece indudable que los inconvenientes del voto femenino no estaban, al principio, en la menor cultura ni en la fácil sugestionabilidad de la mujer, sino en la exagerada dependencia sexual; en ciertos países, la verdadera sumisión casi absoluta al sexo contrario.

LA SUMISIÓN SEXUAL DE LA MUJER, Y EL VOTO

Originariamente, esta sumisión es, en realidad, un carácter del amor femenino. El juego habitual es que el hombre corra tras la mujer hasta lograrla; pero luego cambiar en dominación su actitud suplicante. En suma, a pesar de las apariencias, el varón representa siempre la actividad, la acometida: vestida de súplica o vestida de imperio, según las circunstancias. La mujer que lo es verdaderamente, por definida que sea su personalidad espiritual, tiende, en cuanto se enamora, a renunciar a ella. Dígase lo que se quiera, en dicha ofrenda voluntaria y continua de la propia personalidad se cifra y se cifrará siempre una gran parte de la esencia característica del amor de la mujer. En la Historia natural es casi constante esta actitud sumisa en la hembra de las diversas especies animales. En el macho, en cambio, aun en el humano, y dentro del hombre, hasta en el de instintos más pulidos, el gesto amoroso normal es imperativo. Cuando se humilla ante la mujer se trata sólo de una subconsciente estratagema de su ímpetu para lograr el fin erótico.

Mas en las razas del Sur, como la nuestra, esta sumisión del sexo débil al fuerte es todavía excesiva, estando mantenida por la fuerza del ambiente matonil, aun vivo, aunque en decadencia, en parte de nuestro pueblo; mantenida también por la maternidad resignada y pasiva; por toda la

tramoya de las conveniencias sociales, y en fin, por el ambiente sentimental y literario de nuestra raza, que tiene arraigado todavía este concepto violento y pasional del amor. En estas condiciones el voto de la mujer corre el riesgo de no representar *a priori* una fuerza imparcial, sino un simple refuerzo numerario de la actitud de los hombres ante las urnas. Aun en países ya tan distantes psicológicamente del nuestro como Inglaterra, Barthelemy, estudiando el resultado de la reforma, a poco de ser implantada, llegaba a esta conclusión: "La regla es que la mujer vote con su marido" (37).

En otras naciones, por ejemplo en las escandinavas, tal vez pudo tener el voto femenino, desde sus comienzos, una significación autóctona e independiente. Y es porque en estos países —Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia— la mujer, frente al amor y frente al hombre, obra, en términos generales, con mayor independencia, con el sentimiento sojuzgado por la razón. "Considerando —dice el citado Barthelemy— la literatura de un pueblo como la expresión superior de su mentalidad, lo que choca en la literatura escandinava es la preocupación de hacer la teoría del amor. En este sentido, fué el gran dramaturgo Enrique Ibsen uno de los precursores de la emancipación política de la mujer en su drama *Casa de muñecas,* que recoge el eco de sus preocupaciones en este orden de ideas." Ahora bien, comparemos nosotros la teoría del amor y la posición de la mujer frente al hombre en *Casa de*

muñecas con el mismo problema, visto en nuestra dramaturgia, por los mismos años, impregnada aún de raptos, adulterios y violencias. El abismo que, entonces, separaba a nuestra mujer de la Nora noruega era patente viendo representar el drama de Ibsen. Yo lo observé en tres grandes capitales de España, y en las tres, el público, del que formaban parte buen número de mujeres, acogía con risas y protestas, o por lo menos con absoluta indiferencia, las escenas del último acto, en las que la protagonista sofoca a su corazón y a su sexo y levanta el vuelo del hogar. No sé lo que ahora (1951) ocurriría; pero sospecho que la rebeldía de Nora no conmoverá jamás, a pesar de su belleza literaria, y a pesar de la evolución de las ideas y de las actitudes sociales, al corazón de nuestras mujeres. Era, pues, de presumir que la incorporación de la mujer a la masa electoral, no alteraría las decisiones de ésta; y así se demostró en los primeros ensayos.

EL VOTO FEMENINO, ¿PURIFICARÍA EL SUFRAGIO?

En los comienzos de la lucha por el voto femenino, se manejaba con frecuencia el tópico de que al acudir la mujer al sufragio se purificaría éste. ¿Por qué razón? Dentro de una raza, una determinada agrupación de ciudadanos hecha en torno de una persona representativa o sostenida por la disciplina común de un ideal, puede tener —y

ya es difícil— cualidades colectivas que no tengan otros individuos del mismo país; pero un sexo que se compone de individuos de todas las clases sociales, de todas las educaciones, de todas las mentalidades, ¿por qué va a tener características éticas distintas del otro sexo? Es absurdo el suponerlo. Y, en efecto, los países en que el voto femenino es ya un hecho así nos lo demuestran. Por ejemplo, ya en 1920, después de varios años de actuación política en la mayoría de los Estados Unidos de América, se había llegado a las siguientes conclusiones, que las ulteriores experiencias han podido confirmar:

"No está, en modo alguno, demostrado que la entrada de la mujer en la política haya dado lugar a la menor purificación de las costumbres electorales." "Un Comité del Congreso ha hecho una información, de la que resulta que algunos de los fraudes electorales más escandalosos habían sido cometidos por mujeres." "Se ha comprobado un número grande de mujeres que han tomado dinero en las elecciones." "Se comprueba que algunas mujeres tienen una especial reputación como corruptoras de electores." Y así podríamos continuar copiando. Barthelemy (y le cito tanto por ser un paladín del feminismo) termina uno de los capítulos de su libro con las siguientes palabras: "Es, pues, indudable que las mujeres no son, desde el punto de vista electoral, peores que los hombres; tal vez un poco mejores." En boca de un feminista, el elogio no es ciertamente excesivo.

LA MUJER Y LOS PARTIDOS REACCIONARIOS

Mucho se habla también de que el voto de la mujer, en España y fuera de ella, acrecería el vigor de los partidos reaccionarios. En efecto, uno de los rasgos psicológicos del espíritu femenino es su tendencia conservadora, su prevención ante las actitudes innovadoras. Rasgo legítimamente derivado de la índole, también conservadora, de toda la organización corporal, incluso del metabolismo femenino, explicada al principio de este ensayo. Entre nosotros, las primeras irrupciones del sexo femenino, como tal colectividad, en la política, tuvieron, en efecto, en sentido derechista; recuérdese, por ejemplo, la formidable protesta de las mujeres españolas cuando ciertos levísimos intentos de legislación anticlerical en tiempo de Canalejas (38). En la misma Inglaterra se ha dado el caso significativo de que en la discusión de la ley del Sufragio femenino, en la Cámara de los Lores, que, en general, era hostil a la reforma, entre los que votaron a favor figuraron dos arzobispos y todos los obispos. Seguramente lo harían con su cuenta y razón.

Pero lo probable es que esta tendencia conservadora de la mujer, se atenúe cuando su actuación política tenga ya unos años de existencia. La costumbre vuelve las cosas a su cauce y, tras la novatada, no hay razón para que la mujer tenga una tendencia política "de sexo". Pronto, en

todo el mundo, dejará de hablarse de estas cosas. La mujer, dentro de su biología conservadora, pensará lo que quiera de los asuntos públicos, sin un prejuicio específico de su sexo.

Esa unificación de la tendencia femenina con la masculina hará también desaparecer el fenómeno, esporádico pero significativo, que en España, como en todas partes, hemos observado en los comienzos de la irrupción en la política de la mujer: el que bastantes mujeres han sido cabecillas de las tendencias extremistas y lo han sido con pasión más ruda que los hombres. Es un hecho pasajero, una consecuencia de la situación de "niño con zapatos nuevos", o, quizá más exactamente, un epifenómeno de la victoria del resentimiento, tantos años incubado por el sexo débil. La victoria del resentido es siempre desaforada. Sin contar con que muchas de esas conductoras extremistas, se han movido a favor de imperativos de su constitución sexual, que habría que analizar caso a caso; y no es ésta la oportunidad de hacerlo. Me refiero, como tesis general, a la brusca explosión de la voluntad de mandar que acaece en no pocas mujeres de contextura intersexual, sobre todo en los años de la madurez y de la post-madurez, en los que el componente viriloide va predominando, por ley natural, sobre el componente femenino.

No hay que olvidar, en fin, que por encima de todas las aspiraciones del feminismo quedará siempre en manos de la mujer el más legítimo de sus resortes de dominación, el encanto sexual,

con el que no se gobierna el mundo, pero sí a los hombres que lo dirigen.

"La palabra de la mujer —dice Fray Luis de León— es más eficaz que otra ninguna cosa, porque suaviza el acero duro." Recordemos una vez más a todas las mujeres —una serie interminable desde Cornelia y Livia hasta algunas conocidas damas de nuestro tiempo, en uno y otro Continente— que por este mecanismo han intervenido decisivamente en la gobernación de los Estados. Y aun así no se incluirán en la lista aquellas otras, las más eficaces, cuya discreción hizo que el secreto de su influencia no llegase al arroyo. Detrás de la actividad de cada hombre, aun del que más dueño de sí mismo parezca, hay que buscar siempre a la mujer. Esto es un tópico que corre de lengua en lengua, de pluma en pluma; pero que en la práctica se olvida casi siempre. Si de la nariz de Cleopatra dependía la suerte de las naciones, la verdad es que sin otra razón que la gracia de su perfil logró bastante más que todas las sufragistas actuales con sus propagandas y su dinámica masculina.

CONCLUSIÓN

Si quisiéramos expresar en unas pocas palabras la conclusión de todo lo dicho, podríamos hacerlo así: las injusticias seculares en que la mujer ha estado colocada ante el derecho serán pronto un recuerdo, y ésta encontrará cada día

nuevos cauces sociales para sus actividades legítimas. Pero por encima de todo, mientras la Tierra esté poblada de seres humanos, el sexo de cada uno de éstos implicará una división fundamental de trabajo. El varón será siempre el que haga la Historia. La mujer tiene reservado el destino, aun más trascendental de hacer, en toda su integridad, al Hombre, padre de la Historia.

III

EDUCACIÓN SEXUAL Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL

LA TRAGEDIA DEL SEXO EN EL HOMBRE

Pocas cosas pueden sorprender tanto al hombre de buena fe como el hecho terrible de que los dos instintos fundamentales que le mantienen sobre la Tierra, el de la conservación y el de la reproducción, sean precisamente la fuente de casi todas sus desdichas. El hombre existe porque vive y se reproduce. El instinto de perdurar en el individuo y en la especie son los dos motores subterráneos de su actividad, en sus formas más variadas. Pero el cumplimiento de estas obligaciones ineludibles es empresa llena de dificultades. Para vivir tiene que trabajar con dolor o, lo que es más doloroso aún, vivir del trabajo de los otros; y para reproducirse tiene que pasar por las horcas caudinas de las múltiples desarmonías de la vida sexual.

Tiene esta tragedia, a la que nacimos uncidos, un sentido profundo que no vamos a comentar. Para los cristianos no es otro que la maldición divina, el justo castigo del pecado: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente y parirás con dolor." Y el dolor de parir es sólo un símbolo de todos los demás dolores adscritos al comercio de los sexos, que hieren por igual a la mujer y al hombre.

Un verdadero torrente de literatura se ha aplicado a descifrar por qué el simple vivir vegetativo, el no morirse de hambre, a que todos debíamos tener un derecho innato, es, sin embargo, el origen de las injusticias que los hombres mejor intencionados no aciertan a deshacer.

Nosotros vamos a ensayar unos comentarios sobre el otro problema: a saber, cómo y por qué el noble instinto de la reproducción se convierte, también, en manos del hombre, en fuente de interminables desdichas.

No creo que haya nadie que dude que esto es así. Repasemos nuestra propia vida desde nuestra niñez y la de los que viven cerca de nosotros. Para casi todos, la aparición del instinto sexual es como una fuerza inesperada que nos empuja y nos urge como un apetito imperioso; pero que no puede saciarse como los demás apetitos primordiales. Acudimos a nuestros padres, a nuestros maestros, y sólo logramos una explicación vaga, llena de equívocos y de la perspectiva de pecados que antes no conocíamos.

Vienen luego los años de la juventud, cuando el instinto se ha desarrollado y ha adquirido un órgano propio, cuya llamada hace estremecer al organismo entero. Y la respuesta del ambiente, ansiosamente interrogado, es una máxima moral o un consejo higiénico, llenos uno y otro de amenazas pavorosas para la salud del cuerpo y la del alma. Todo ello, no siempre basta para contener el impulso desbordado que se impone a la voluntad no heroica, por la misma razón física que hace gravitar a los cuerpos; y entonces ninguna de las pedagogías ofrece soluciones eficaces, y es preciso tomar por mentor a un amigo más despierto, o al libro clandestino, o al propio desorientado instinto, y lanzarse a surcar con estos pilotos tan poco seguros la laguna erizada de peligros, y quizá de abyecciones, de los amores irregulares.

Acaso poco después llega el hallazgo de una mujer, que es a la vez mujer y amiga, y soluciona el conflicto en una atmósfera de bienestar físico y moral. Pero admitir esta solución como la normal para la Humanidad equivaldría a suponer que una muchedumbre de indigentes podía enriquecerse jugando a la lotería. El azar sólo sirve para soluciones aisladas y excepcionales; y es sólo un azar, muy diluído en posibilidades contrarias, el hallar la solución del problema del sexo en la unión monogámica, tal como la exigen nuestros preceptos religiosos, nuestras leyes y yo creo que la propia Naturaleza.

El hecho es que siempre queda fuera de la solución feliz una gran mayoría de hombres. Y entonces viene la lucha diaria con el instinto rebelde o con la sociedad, que se opone al instinto: el caminar dando tumbos entre el ascetismo y el engaño o la ilegalidad más o menos vergonzante. A no ser que la ocupación intensa de todas las horas, o la frialdad del propio temperamento, o, sobre todo, un sentido religioso profundo se encarguen de amansar la tempestad.

Y así llega la vejez, y con ella la tristeza de la decadencia física y del desplazamiento forzoso de la vida activa de los sexos por las generaciones que nos siguen, cuando acaso la llama del amor no se ha extinguido, si no es que arde todavía con inusitada avidez.

LA MODALIDAD FEMENINA DE LA TRAGEDIA SEXUAL

Esto, en el hombre. En la mujer, el problema es tan difícil como en el varón. Es cierto que en muchos casos la ponen a cubierto de estas inquietudes la menor impetuosidad de su instinto y la facilidad con que, por esto mismo, puede derivar hacia otras actividades sociales que tienen un carácter de sexualidad sublimada, como la enseñanza, el cuidado de niños y enfermos y, en cierto sentido, la misma exaltación del fervor religioso.

Pero tiene, en cambio, en contra suya, la flagrante inferioridad que le dan frente al amor las

condiciones biológicas de su sexo; y sobre estas circunstancias, que hay que aceptar como inmodificables, todas las de orden social que han ido creando el egoísmo o los prejuicios de los hombres.

EMPEZAR A SABER...

Pero aun para los que —hombres o mujeres— han resuelto normalmente su vida sexual, las angustias comienzan de nuevo al crecer los propios hijos y acercarse, para éstos, el inevitable momento de empezar "a saberlo todo". Se recuerda entonces la confusión, el asombro, el dolor casi físico que sentimos nosotros cuando el amigo más precoz o el manual de erótica comprado en un quiosco nos mostró brutalmente la verdad medio adivinada. Pérez de Ayala refiere en una de sus novelas cómo un sacerdote fué encargado de revelar el secreto del sexo, ante la inminencia de la boda, al protagonista, Urbano, conservado por los cuidados de su madre en estado de virginidad absoluta del cuerpo y del espíritu. La madre esperaba en una habitación vecina el resultado de la confidencia. Y el momento de la revelación se marcó por un grito agudo del joven, un grito de daño físico como el que lanzaría una virgen al ser desflorada (39). Este expresivo símbolo nos hace pensar, a cada uno, en el día semejante de la pérdida de nuestra inocencia, hasta entonces acertada o erróneamente mantenida, en que volvimos a casa anhelantes y desconcertados,

viéndolo todo, y viéndonos a nosotros mismos de distinta manera que antes. Y ¿cómo evitar este mismo trance a nuestros hijos, ahora llenos de divino candor? ¿Dejaremos al azar de las sugestiones callejeras el encargo de violar su inocencia? Y si para evitarlo lo intentamos nosotros mismos o los técnicos de nuestra confianza, sometiéndoles a una explicación con la asepsia y la anestesia de un criterio científico, ¿no atropellaremos la marcha natural de las cosas? Y, sobre todo, ¿dónde está esa explicación, eficaz y pulcra, que los pedagogos y los moralistas buscan y no encuentran?

Porque, cosa extraña, el hombre, que ha logrado la explicación de tantos misterios y ha resuelto tantos problemas materiales de la vida, se estrella una y otra vez ante el problema de las desarmonías sexuales y ante el intento elemental de su educación. Ni las pedagogías, ni la Medicina han logrado resolverlo. Salvo detalles, accidentales después de todo, en relación con las leyes, costumbres y en los adelantos de la higiene, en lo esencial, los conflictos del sexo apenas se distinguen en una gran ciudad de ahora de los de una ciudad de las eras remotas, ni los de un pueblo europeo actual de los de una tribu de África. Muchas de estas desarmonías nos dicen los higienistas— han sido creadas por el hombre y desaparecerán igualmente por la voluntad humana, en un porvenir no remoto. Yo soy de los que lo creen firmemente. Pero es cierto también que hay infinitos dolores que nacen a la sombra del

sexo y que no desaparecerán jamás mientras el hombre sea hombre, es decir, mientras sustente sobre su tronco, tan parecido al del gorila, una cabeza llena del ansia, en cierto modo satánica, de saber.

EL "OTRO SEXO" QUE NOS ACOMPAÑA

Yo no tengo la pretensión de resolver lo que, por hoy, es difícilmente soluble. Pero al decidirme a hablar de estos asuntos, tampoco quiero divagar sin sentido por los terrenos trillados en que florecen con tanta facilidad las frases hechas de la moral y de la higiene al uso. La moral y la higiene son dos ciencias vacías, cuando no se basan en un conocimiento previo y en un respeto previo de la naturaleza. Así, pues, en lugar de dogmatizar, intentaré aplicar a la pedagogía de los sexos algunos de los progresos que la ciencia, pacientemente, ha logrado en el estudio de la biología de los instintos.

La moral y la pedagogía clásicas nos han hecho ver que hay un enemigo de nuestra perfección sexual, que es el sexo contrario. La consecuencia práctica de este criterio ha sido el considerar la castidad como el refugio contra el pecado y como el estado moral perfecto para el hombre. Pero esta grande y fecunda verdad no puede eliminar un hecho, fundamental, que impide identificar la castidad con el aislamiento sexual. El aislamiento material nos separa, en efec-

to, del comercio con el sexo contrario; pero no puede liberarnos de la compañía de una representación de ese otro sexo que hoy sabemos que va con nosotros, infiltrado en nuestro propio ser, y, como un duende invisible, tiende a cada paso trampas a la rectitud de nuestro instinto. Cada hombre, o la inmensa mayoría de ellos, llevan un fantasma de mujer, no en la imaginación, que entonces tal vez sería fácil expulsarle, sino circulando en su sangre; y cada mujer un fantasma, más o menos concreto, de hombre. Y esa mujer o ese hombre en esbozo, y no los de fuera, los de carne y hueso, son los que pueden conducirnos al dolor y al pecado. Son los que perturbaban la soledad de San Antonio en el yermo, porque hasta allí le seguían escondidos en su propio ser.

Esta noción del otro sexo dentro de nosotros mismos, que altera la pureza del sexo legítimo, es una conquista trascendental de la ciencia moderna, a la que, pienso yo, no se ha dado aún la significación pedagógica debida. Y éste es el asunto cuyo comentario vamos a ensayar.

RELATIVIDAD DEL SEXO

Desde que hay el recuerdo de la vida de los hombres, el sexo no ha sido nunca un valor absoluto. Entre el varón perfecto y la hembra perfecta se han encontrado siempre innúmeros tipos intermedios en los que la virilidad y la feminidad se ofrecen con caracteres menos netos, hasta llegar a una zona de conjunción intersexual, en la que la pureza y la diferenciación de los tipos extremos se torna en ambigüedad y confusión. De un lado, pues, los dos sexos se contraponen rasgo a rasgo; un abismo morfológico y psicológico separa al varón-tipo de la hembra-tipo; pero, del otro lado, esta oposición se va atenuando, y lo masculino y lo femenino se continúan sin visible solución. Podríamos representarnos en suma a los dos sexos como esa figura oriental en la que dos dragones se miran frente a frente con las fauces abiertas y las garras erizadas, pero cuyos cuerpos convergen y terminan en la misma cola.

Los mitos antiguos están llenos de esta idea. El andrógino surge en el arte y en la literatura a cada instante; y ya en fábulas remotas se habla de un tercer sexo. Recordemos no más el discurso de Aristófanes en *El banquete,* de Platón. Para él, como es sabido, los hombres eran primitivamente dobles y de tres categorías: unos, varones, que procedían del Sol; otros, hembras, originados en la Tierra, y otros, andróginos, esto es, por mitad hembra y varón, que procedían de la Luna. Júpiter, para castigar su audacia, los hendió por la mitad, como huevo —dice Platón— cortado por un hilo; y desde entonces cada mitad busca a su contrario, a su otra mitad, "a su media naranja", como decimos los españoles. Y esto es el amor. Las mitades de los hombres mixtos son los hombres normales de hoy: el varón

que busca a la mujer y la mujer que busca al hombre. Pero las mitades de un hombre doble o una mujer doble buscan, respectivamente, a otro hombre y a otra mujer. Su ideal natural no es, pues, el amor heterosexual, sino el homosexual, que tanto auge logró en los tiempos platónicos.

Estos mitos tendían, por tanto, a dar una categoría fisiológica, de cosa normal, al ser medio hombre y medio mujer, a diferencia de los naturalistas, de los sociólogos y de los médicos; que consideraban como una aberración monstruosa toda infracción de la pureza de los tipos y de los instintos sexuales. Ha sido preciso que el problema se plantee en un terreno experimental para que nos hayamos enterado de que, en ésta como en tantas ocasiones, eran, en cierto modo, los poetas y no los hombres de ciencia los que tenían la razón; en cierto modo porque el que el amor aberrante sea biológicamente explicable, no quiere decir que sea normal.

BISEXUALIDAD INICIAL DEL ORGANISMO

Hoy, en efecto, sabemos que casi nadie es hombre absoluto, ni absoluta mujer. Sin entrar aquí en discusiones de algunos detalles de interpretación que apasionan a los naturalistas, es evidente que todo ser, es, en sus principios, bisexuado, y que sólo posteriormente, en el curso de su

desarrollo, se decide el sexo definitivo a que pertenecerá durante toda su existencia. Pero este sexo definitivo no es casi nunca absoluto, como acabo de decir: no es varonil sin mezcla de mujer, ni femenino sin mezcla de varón. Es, prácticamente, siempre una mixtura de los caracteres somáticos y funcionales de los dos sexos, si bien con enorme predominio de uno sobre otro. El que prevalece se adueña de todo el organismo e imprime su sello sobre cada función y cada órgano, a más de moldear en forma radicalmente distinta los caracteres sexuales primarios, los órganos de la generación y todo el expresivísimo complejo de los caracteres secundarios. El otro sexo, el vencido, se atrofia, se esconde; tal vez en algunos casos acaba por anularse. Pero generalmente está sólo dormido y acecha los momentos de debilidad de su rival para hacerse presente. Pudiéramos comparar el organismo influído de este modo por los dos sexos a un país en el que un ejército poderoso somete al pueblo débil y le impone su ley y sus costumbres: el enemigo ha sido destruído y dominado y vive una existencia precaria y sin personalidad; diríase que está definitivamente extinto; pero, en realidad, conserva, en catacumbas oscuras, un resto de vitalidad, una llamita perenne que estallará tumultuosamente en sublevaciones y asonadas cada vez que la eficacia del tirano se debilite.

DIFERENCIACIÓN DEL SEXO A TRAVÉS DE LAS EDADES

Así vemos que el niño, al nacer, por estar aún muy cerca de ese instante en que se decidió el triunfo de uno de los sexos, conserva todavía muchos rasgos de la primitiva bisexualidad. Cuando el recién nacido se asoma por primera vez al mundo, desde el vientre materno, con ese gesto que un maestro mío, no ahito ciertamente de ciencia, pero lleno de ingenio natural, nos describía comparándolo al de una cabeza que asoma por un estrecho ventanillo y se tuerce hacia el cielo para ver si el tiempo es bueno o malo, el padre y la familia que rodean a la madre doliente y al propio técnico que dirige el trance, no aciertan a saber si aquel rostro arrugado e inexpresivo pertenece a una hembra o a un varón. Hay que aguardar a que salga por entero para declarar el sexo del infante.

Después, durante toda la niñez, se puede ir siguiendo el trabajo de lenta imposición del sexo elegido sobre el derrotado. El desarrollo esquelético y muscular, la intensidad y la distribución del vello y de la grasa, los impulsos funcionales, las modalidades psicológicas y afectivas van cada día matizándose con tonos más puros de feminidad o de varonía. Pero es preciso llegar a la batalla de la pubertad para que el vencimiento de uno de los dos sexos sea absoluto y el otro se enseñoree definitivamente del espíritu y del cuerpo.

En este trance puberal es muy frecuente que el muchacho adquiera, primero, ciertos acentos, físicos o psíquicos, de feminidad, porque el sello viril es más tardío que el femenino, y en tanto que aquél llega, la influencia contraria —la de mujer— asoma bajo la morfología del adolescente. Y así transcurre la juventud y llega la madurez, en la cual la definición sexual alcanza su apogeo. Entonces ya no hay dudas. La cabeza que al nacer no decía nada, basta ahora para decirlo todo. Sobra todavía. Un solo rasgo, unos dientes, unos ojos, una barbilla a través de un antifaz, nos denuncian el sexo. Menos aún: una mano que saluda de lejos; el ritmo de unos pasos, la voz y la risa, todo, en suma; porque cada detalle de la anatomía y de la fisiología del adulto está impregnada *de su sexo;* y sobre todo si el observador es del sexo contrario, el propio instinto olfateará, sin ningún análisis, el rastro específico del sexo contrario, por tenue que sea.

RETORNO A LA BISEXUALIDAD EN CONDICIONSES NORMALES Y EN CONDICIONES PATOLÓGICAS

Pero todo esto puede no ser definitivo, a pesar de las apariencias. Con los progresos de la edad, el vigor del sexo triunfante se debilita, y con suavidad o con convulsiones acaba por extinguirse. Se llama a este fenómeno, climaterio. Y entonces surge el otro sexo, el vencido, singularmente en la mujer, que en esos días tumultuosos ad-

quiere un matiz viriloide, ya de un modo llamativo, ya con detalles apenas perceptibles: son los años en que la matrona se hace gruesa, enérgica de carácter, y ve surgir quizá un vello, inicial o pronunciado, en la cara y en el tronco. Hasta que, al fin, llega la vejez, y con ella la diferenciación sexual se atenúa más todavía. Y en la extrema ancianidad, como en la primera infancia, otra vez nos sería preciso indagar minuciosamente el sexo, a la vista del anciano, si no fuese por los vestidos que le denuncian.

Y esto, que ocurre en el curso normal de la vida, se hace mucho más patente en condiciones patológicas. Los médicos vemos de continuo hombres o mujeres que, a consecuencia de enfermedades que debilitan o destruyen sus órganos específicos, pueden llegar a estados claramente inversivos, que no podrían explicarse sin admitir la existencia soterrada de esos gérmenes heterosexuales. Citaré algunos. En los años que preceden a la pubertad, no es raro ver, como acabo de decir, que tal o cual niño adquiere una obesidad peculiar, verdaderamente afeminada, que coincide con una súbita parada en el desarrollo de sus órganos específicos, tal vez con hipertrofia de sus mamas rudimentarias, con un atiplamiento de la voz y una tendencia manifiesta en los ademanes, en la afectividad, en la psicología entera hacia el sexo contrario. Yo he descrito minuciosamente este estado con el nombre de *intersexualidad prepuberal,* y está, sin duda, originado por una reacción anormalmente intensa

de los gérmenes femeninos que resurgen a favor del momento de vacilación que el sexo legítimo experimenta antes de afirmarse en la pubertad.

Cuando la crisis de la decadencia se desarrolla en condiciones patológicas, es aún más frecuente ver fenómenos semejantes a los que acabamos de describir, pero esta vez, no en los hombres, sino en las mujeres. En muchas de ellas, como arriba he dicho, la feminidad parece que se agota súbitamente en estos años de la menopausia, y rebrotan —como los gérmenes de cosechas antiguas en un campo sin cultivo— los caracteres masculinos: el vello de la cara, la corpulencia del tronco, la voz, que se hace más grave, y el genio, que se endurece; todo denuncia, en suma, al varón dormido que despierta (40).

Con mayor claridad todavía se observa la inversión, ya en el terreno patológico, en ciertos casos de tumores de la corteza de la glándula suprarrenal que origina la transformación inesperada y casi completa de una morfología de mujer en una morfología masculina. Y en algunos de estos casos se ha podido hacer la contraprueba de extirpar el tumor y presenciar el retorno a la feminidad primitiva.

A su vez, en hombres con lesiones testiculares, se observan cambios tan netos, en el sentido femenino, que muchas veces el propio interesado llega a ignorar su verdadero sexo. Se llaman estos estados *pseudo-hermafroditismo femenino y masculino;* y, en sus formas más atenuadas, *virilismo* y *feminismo.*

LOS ARGUMENTOS EXPERIMENTALES

Los fisiólogos, por su parte, han logrado el complemento experimental de estas observaciones de la especie humana. Los trabajos de Steinach, de la escuela de Lipschütz, de Pezard y de otros muchos investigadores que hoy son ya legión, han probado de una manera concluyente que cuando se castra a un animal queda en un estado eunucoide o asexuado; y si entonces se injerta una glándula específica del otro sexo —es decir, un testículo, si es una hembra, o un ovario, si se trata de un macho— aparecen los caracteres del sexo contrario, de suerte que a voluntad podemos cambiar el sexo de la bestiecilla, y aun producir un estado de hermafroditismo, de bisexualidad, si el injerto se hace a la vez con las glándulas de los dos sexos.

Puede, pues, considerarse como una realidad y no una hipótesis el hecho de la bisexualidad inicial de los organismos y de su permanencia, en estado latente, durante el resto de la vida. Una observación atenta del problema en un material muy numeroso me ha convencido de ello; y no hay que decir que se trata de un concepto fundamental para la comprensión de la mayoría de los problemas sexuales (41).

LA INTERSEXUALIDAD, ETAPA RETRASADA DEL DESARROLLO SEXUAL

Ahora bien, esta bisexualidad supone un grado transitorio en la evolución de las especies vivas. No es, pues, una monstruosidad, como se suponía, aunque socialmente y clínicamente pueda adoptar modalidades monstruosas. Desde el punto de vista biológico, no podemos considerarla sino como una forma intermedia del desarrollo, como un escalón previo en la ascensión de las especies hacia su perfección; como un estado, en suma, que, en el porvenir, tendrá cada vez menos influencia en la vida vegetativa, intelectual y social de los seres humanos.

El conseguir una mayor diferenciación sexual en nuestra especie humana, es decir, un predominio cada día más firme de la personalidad del sexo, por la exaltación del sexo legítimo y la abolición de los restos heterosexuales, es, pues, todo un programa pedagógico, si bien la generosidad de la intención está todavía muy lejos de la posible eficacia de nuestros medios para conseguirla. Pero es evidente que a medida que esa diferenciación sea más grande, la vida sexual de los hombres será más diáfana y más simple.

Antes de pasar adelante, quiero hacer notar que este enunciado, sobre cuya trascendencia me permito insistir, no es nuevo en la historia de la ciencia. Aparte de los mitos antiguos, antes re-

cordados, muchos naturalistas y filósofos del siglo pasado, como Darwin, Weissmann, Weininger y otros habían insistido sobre el mismo tema. Singularmente, las teorías de Weininger (42) alcanzaron una boga que ahora vuelve a reavivarse; y, probablemente, tornarán a extinguirse. Para este autor, que veía los problemas con aquella agudeza mezclada de arbitrariedad que da el hallarse en el umbral de la locura, las desdichas sexuales de la Humanidad dependían del bisexualismo originario de los hombres. "Todo individuo —decía— tiene tantas partes de varón y tantas de hembra, y, según el más o menos de ambas, será incluído en uno u otro sexo." Esto es exacto —acabamos de verlo— y Weininger lo vió de un modo genial. Pero el malogrado filósofo vienés —solitario patológico y antifeminista arbitrario— partiendo de la superioridad del sexo masculino, ápice del reino animal, suponía que si las mujeres eran a veces dignas de estima, era sólo por la intensidad de los elementos varoniles que guardaban; y, en cambio, lo que impedía al hombre elevarse hacia la perfección eran los elementos de mujer que lleva escondidos. De esto deducía que el progreso de la Humanidad se haría por eliminación de esos gérmenes femeninos, que conducirían a una generación de varones sexualmente puros, sin mezcla alguna de mujer, y liberados de la preocupación del sexo.

Bloch (43) observa que, ya antes de Weininger, otro filósofo alemán, Heinse, había pensado de un modo casi idéntico, lo cual demuestra el rancio

abolengo de estos puntos de vista. "El hombre perfecto —decía este autor— es el que sólo está constituído por elementos masculinos, y la mujer, más perfecta, será quizá aquella que tenga tan sólo los elementos femeninos precisos para continuar siendo mujer."

EL PROGRESO SEXUAL DEPENDE DE LA DIFERENCIACIÓN DE LOS SEXOS

Nuestro punto de vista es bien distinto. Creemos en la necesidad de una diferenciación sexual progresiva, pero no sólo en el hombre, sino también en la mujer. *Nadie puede sostener hoy día que la esencia de la masculinidad sea superior a la de la feminidad. Son simplemente distintas; y su excelencia respectiva depende justamente de su distinción, que debe, por ello, llevarse hasta su máximo.* El varón deberá sofocar, como decía Weininger, los restos que tiene de mujer y exaltar sus elementos propiamente varoniles; pero, paralelamente, la mujer deberá sofocar cuanto tenga de varón y exaltar su feminidad para alcanzar, uno y otra, el auge de la diferenciación sexual, que da el máximum de garantías para que el cumplimiento del instinto de reproducción no se convierta en manantial de desdichas.

DEL HERMAFRODITISMO AL DISFORMISMO SEXUAL

Para explicarnos bien el porqué de ligar el progreso sexual con la diferenciación sexual, es preciso recordar que el estado de bisexualidad absoluta, de hermafroditismo, es propio de las especies inferiores, de casi todas las plantas y de muchos animales de los últimos tramos de la escala zoológica: platelmintos, gusanos, crustáceos, etc. La diferenciación sexual, el dismorfismo sexual, va marcándose a medida que ascendemos por las especies, y alcanza su máximo desarrollo en los mamíferos superiores. Por tanto, como dice un autor reciente, "todo intento de la naturaleza o de la cultura para borrar la diferencia entre lo específicamente masculino y lo específicamente femenino, tiene que considerarse como un atentado al progreso biológico de la Humanidad" (Bloch) (44).

Todavía en muchas especies animales inferiores, ya con individualidad monosexual, la diferenciación morfológica de los sexos es oscura. Hay que acudir, para advertirla, al examen minucioso de los órganos genitales mismos. En las especies superiores, esta diferenciación alcanza los grados de intensidad que todos conocemos, que a veces se revisten de aparato teatral, como el plumaje brillante de los machos de muchas aves, la melena soberbia del león, etc. Pero la diferenciación casi absoluta, la que puede establecerse comparando rasgo a rasgo toda la anatomía y toda la fisiología, y aun toda la psicología del macho y de la hembra, se logra sólo en la especie humana. Y así, en la evolución filogénica —a través de las especies— se observa una vez más su paralelismo con la evolución ontogénica —la de cada individuo— que, como antes comentábamos, va también desde la relativa indiferenciación sexual del recién nacido, hacia la completa diferenciación de los dos sexos en la madurez.

LA HOMOSEXUALIDAD EN LOS ANIMALES Y EN EL HOMBRE

La evolución del instinto, no hay que decirlo, sigue una marcha correlativa a la de la morfología. El molusco hermafrodita busca y encuentra en sí mismo su mecanismo de reproducción; o lo encuentra, por mejor decir, sin buscarlo. El animal unisexuado busca, para cumplir la misma ley, al del sexo contrario. Pero en la lucha sexual hay muchos matices que nos indican gradaciones diferentes en la individualización de los sexos, cuya meta de perfección no hemos alcanzado todavía.

Y así vemos que en los animales, en todos sus escalones evolutivos, es extraordinariamente común la homosexualidad, que no es sino el recuerdo del hermafroditismo primitivo. En los libros de psicología animal, y singularmente en los dedicados al estudio de los instintos, como el de

Caufeynon, el de Canestrini etc. (45), se habla largamente de las "perversiones animales", y, cosa curiosa, las descripciones se calcan sobre las de las perversiones humanas, como si el hombre las hubiera inventado. "Encontramos en los animales —dice el primero de los autores citados— las mismas diversas perversiones del apetito sexual que se observan en el hombre." La expresión precisa sería, sin duda, la inversa. Las perversiones humanas no son sino una copia de las de las bestias, y sería más exacto decir que el hombre ha perpetrado las mismas modalidades aberrantes del amor de los animales.

Puede asegurarse que el homosexualismo, producto aun de la insuficiente diferenciación sexual, es menos frecuente a medida que, en la vida de las especies, nos acercamos al hombre. Y en el hombre tal vez hubiera desaparecido ya si influencias psicológicas y pedagógicas desgraciadas no lo hubiesen dificultado. De todos modos, ésta, como todas las demás manifestaciones aberrantes del amor, disminuye cada día. No piensan así los que viven sujetos al prejuicio de que "todo tiempo pasado fué mejor", y de que los vicios de hoy son los mayores que jamás vieron los siglos. Pero éste es un error de perspectiva ante el que es necesario reaccionar. Un error tan grosero como lo sería el afirmar que esta piedra en que estoy sentado es mayor que la montaña que distingo en el confín del horizonte, sencillamente porque mis ojos la ven de mayor tamaño. Mas los que han estudiado atenta y serenamente la cuestión,

nos afirman que el instinto sexual evoluciona en el hombre hacia una mayor simplicidad y perfección. Citaré otra vez a Bloch: "De las investigaciones que he practicado —afirma— he adquirido el convencimiento, que desearía ver admitido como una verdad científica, de que hoy día, en nuestro tiempo, tan zaherido y desacreditado por nervioso, degenerado y ultracivilizado, no sólo no hay tantos pervertidos como en pasadas épocas (y basta recordar la Edad Media, con sus famosos excesos y terribles depravaciones), sino que los perversos de hoy, en su mayor parte, no pueden considerarse como degenerados."

¿Quién podrá dudar, si no está apasionado, que estas palabras optimistas son exactas? Pensemos que el Dios justiciero y preocupado de la moral de sus criaturas no tendría hoy, al cabo de tantos siglos, que recurrir al fuego para destruir ninguna nueva Sodoma; le bastaría con unos cuantos hombres inteligentes repartidos por las escuelas y los confesonarios (46).

FRECUENCIA REAL DEL HOMOSEXUALISMO. EL GRAN REMEDIO

Los médicos, sin embargo, sabemos, y probablemente también los sacerdotes, que estos casos extremos de indiferenciación sexual no son tan raros como la gente cree, si bien al lado del pervertido escandaloso, que todos señalan con el

dedo, se extiende un círculo considerable de seres humanos que llevan en silencio la tragedia de su perturbación sexual. Yo he recibido en mi despacho confesiones inesperadas de gentes que jamás despertaron la menor sospecha de su instinto torcido ni aun en sus más íntimos allegados y que llegaron a la paz de los sentidos que da la vejez, en lucha silenciosa y heroica con su perturbación, casi siempre interpretada sin generosidad y sin conocimiento de las cosas por médicos y por otros consejeros. No hay que decir que, en estas ocasiones, la fe y la disciplina religiosa suelen ser la razón suprema de que la conducta se haya mantenido limpia y el alma en paz. En ésta, como en todas las tempestades del espíritu, la ayuda de Dios es, claro, lo esencial; y ahora, al cabo de tantos años de ver de cerca estos dramas, lo puedo decir con riguroso convencimiento. Lo demás, lo que intentamos los médicos, es muchas veces útil, pero, por ahora, secundario.

EL NARCISISMO

De todos modos, públicas o escondidas, estas formas extremas del amor aberrante representan sólo un renglón en la lista de las desdichas sexuales. Pero, a mi juicio, de la misma causa, de la diferenciación sexual insuficiente, dependen otras muchas: otras formas ya más alejadas del hermafroditismo primitivo, más próximas, por tanto, a la sexualidad normal, pero todavía influídas por la indiferenciación. No vamos a enu-

merarlas todas porque no sería materia pulcra de este ensayo, destinado a un público general. Citaré sólo todo el conjunto de las manifestaciones anormales del amor que pueden incluirse bajo la llave común del narcisismo. El narcisismo, el culto de sí propio, es una forma atenuada del culto, de todo el propio sexo, una introducción a la homosexualidad. Y de este modo, es decir, por el mismo mecanismo de la diferenciación sexual insuficiente, se explican muchos trastornos del instinto y de la psicología de los solitarios, de los tímidos; así como una gran parte de modalidades psicológicas de la mujer pagada en exceso de su morfología, sobre todo de las que han vivido en el ambiente de vanidad y de erotismo sin pasión de las grandes ciudades modernas.

Y no hablo de los seres nerviosos, dentro ya de la patología, que, por ejemplo —y es ejemplo frecuentísimo— a partir de una actitud de timidez sexual, crean una interpretación homosexual para explicar su timidez; no pocas veces ayudados por la pedantería y la ignorancia de los expertos de café o, lo que es aún peor, por el propio médico, aprendiz de psicoanalista.

El hombre anormal, por consiguiente, en sus distintas gradaciones, obedece a la misma ley ciega del instinto que el hombre más perfecto; y, en suma, la biología actual confirma rotundamente *que cada mortal ama en esta vida, no lo que quiere, sino lo que puede.*

PEDAGOGÍA DE LA DIFERENCIACIÓN SEXUAL

La consecuencia que a primera vista se podría extraer de todo esto sería una consecuencia de pesimismo pedagógico. ¿Qué hacer, en efecto, para remediar tantos males si la naturaleza es la que manda? Pero no es así. La naturaleza manda, pero el hombre puede disciplinar sus impulsos, como puede encauzar los torrentes, aunque no logre que las aguas corran cauce arriba. Un principio fundamental para la explicación de las variaciones de los instintos y para su posible pedagogía es precisamente éste: las influencias externas, el medio y, por tanto, la educación, pueden actuar no sólo sobre los elementos nobles de nuestra psicología, sobre nuestros pensamientos y sentimientos; no sólo sobre nuestros instintos ya desarrollados, sino, en cierto modo también, sobre esa base orgánica de donde los instintos manan sigilosamente, como mana de la roca el hilillo de agua que luego se convertirá en río caudaloso. Esta que llamaré *pedagogía psico-somática* de la diferenciación sexual es, tal vez, lo más importante que podemos hacer frente al ingente problema. Luego insistiremos. Antes hay que citar otras técnicas menos sutiles.

LA CIRUGÍA

Como esos impulsos sexuales no emanan, como el pensamiento, de lugares ignorados de nuestra anatomía, sino, en gran parte, de tejidos concretos —el tejido glandular de los órganos reproductores— se concibe, en teoría, la posibilidad de modificar los instintos, modificando aquellos tejidos. Ya hemos visto que en los animales de laboratorio puede lograrse, por medio de operaciones quirúrgicas, extirpaciones e injertos, cambiar a nuestro sabor no sólo el aspecto externo de los conejos o de los ratones, sino también el juego de sus instintos. Y, efectivamente, en la especie humana, esto mismo puede lograrse, si bien todavía de una manera parcial e imperfecta. Antes he referido algunos casos clínicos en los que puede bastar un expediente tan grosero como la extirpación de un tumor para que una mujer que se estaba haciendo masculina recobre su feminidad. Pero éstos son casos extremos.

El tejido del otro sexo que la mayoría de los seres humanos llevan está repartido en células microscópicas y aisladas, entremezcladas con las de otros tejidos, perdidas en la corteza suprarrenal y entre los tejidos de relleno de la pelvis y el abdomen, en torno de las glándulas genitales. No hay que pensar, pues, en extirparlo, ni en matarlo por otros medios físicos, como los rayos X. Pero podemos, en cambio, adoptar una táctica indirecta, que es reforzar el sexo prima-

rio, el verdadero, para hacer más insignificante e inofensivo al secundario. Si no podemos destruir a éste, podemos reforzar a su enemigo: o matar al ratón o adiestrar al gato; el resultado será el mismo.

LA OPOTERAPIA Y LOS INJERTOS

Esto ya no es una vana quimera. Por medio de los extractos de órganos, podemos, todavía con muchas limitaciones, pero de una manera indudable, exaltar el propio sexo, lo cual equivale a atenuar el contrario, y de este modo, por ejemplo, conseguir que una mujer barbuda y estéril llegue a concebir y hacerse multípara y con ello a imprimir a su exterior y a su mismo espíritu una clara conversión hacia la feminidad, antes borrosa. Yo mismo tengo ejemplos de este orden que, a veces, revisten caracteres de teatralidad. Los progresos en la técnica de los injertos acercan el problema a un terreno de posibilidades quirúrgicas, aun no sancionadas por la práctica. El porvenir de estos injertos, que tanto dió que hablar hace algunos años, no es el de lograr quiméricos rejuvenecimientos, como entonces se pretendió. El verdadero porvenir de los injertos, ya de trozos de órganos, ya de comprimidos artificiales de hormonas, que el organismo absorbe poco a poco, será el de modificar y encauzar los estados de ambigüedad sexual, que ahora nos son casi inaccesibles, y contribuir, por tanto, al trascendente progreso de la diferenciación sexual.

EL EJERCICIO Y LA ALIMENTACIÓN

Pero sin necesidad de recurrir a la Medicina y a la Cirugía, o reservándola para los casos extremos, la misma influencia psíquica, la pedagogía pura, pueden influir, decíamos antes, sobre los estados de indiferenciación sexual. No debemos extrañarnos de ello. Cuando hacemos gimnasia todas las mañanas, aumenta la fuerza de nuestros brazos porque las fibras musculares de nuestros bíceps se multiplican y fortalecen. Podemos ser fuertes por tener músculos vigorosos; pero podemos también tener músculos vigorosos por ejercitar nuestra fuerza. De la misma suerte, digerimos bien por tener un estómago de motilidad y secreción enérgicas; pero, a su vez, podemos exaltar la potencia de nuestro estómago comiendo con corrección y abundancia; como podemos atrofiarle si comemos de una manera insuficiente. Si nuestros medios de investigación lo permitiesen, es seguro que se comprobarían modificaciones anatómicas de la corteza cerebral paralelas al uso, más o menos acertado, del pensamiento. Y, por lo que atañe a los tejidos glandulares de secreción interna, esta influencia centrípeta de la función sobre el órgano es incuestionable. El tejido genital puede desarrollarse o atrofiarse por multitud de causas que está en nuestra mano modificar. Por ejemplo, la alimentación. Pezard ha demostrado que dando mucha carne a los pollos se atrofian sus testículos y ad-

quieren la morfología del capón; argumento, por cierto, que todavía no han explotado en su favor los vegetarianos. Los médicos sabemos que la alimentación excesiva en los niños, antes de la pubertad, debilita y retrasa el desarrollo sexual. Y son de observación vulgar los casos de esterilidad e impotencia en gordos y gordas, que se curan sin más que un régimen de adelgazamiento. Los franceses dicen, por esto, sabiamente, que el mejor gallo no es el más gordo.

Aún más luz sobre este punto, irradian los estudios modernos sobre las vitaminas. Hay una vitamina, la vitamina E, que se encuentra en multitud de alimentos y que actúa específicamente sobre la sexualidad y, más concretamente, sobre la reproducción. Algunas de las hormonas genitales, por ejemplo la foliculina, que representa la función principal del ovario, se ha hallado en varios alimentos, animales y vegetales. Y aun podríamos citar varios hechos más, que inducen a la posibilidad científica de actuar, mediante dietas adecuadas, sobre la función sexual.

EL AMBIENTE PSÍQUICO

Y aun más que la alimentación y el ejercicio físico, la misma energía sutil y desconocida del ambiente psíquico influye en el vigor funcional de las glándulas sexuales. Todo esto constituye un gran capítulo de lo que hoy se llama medicina psicosomática, que es sólo sistematización, más o menos lograda, de hechos vetustamente conocidos. Y así vemos que el desarrollo anatómico y funcional de la sexualidad es mucho más precoz y vigoroso en los jóvenes de las ciudades, que viven en una atmósfera impregnada de incitación, que en los de las aldeas. En un dato tan concreto como la fecha de la primera menstruación, puede confirmarse esta influencia de lo psíquico sobre lo orgánico. Otro ejemplo muy característico, sobre el que otras veces he llamado la atención, es la distinta turbulencia de los síntomas no sólo menstruales, sino también circulatorios, vegetativos, etc., que tiene el ocaso sexual, la menopausia, en las mujeres que han vivido en un ambiente muy erótico frente a las que han hecho una vida ascética, como las monjas. En aquéllas, la declinación es, con frecuencia, una tragedia orgánica y psíquica; en éstas, suele transcurrir con la mayor serenidad. Pero quizá el fenómeno más llamativo a este respecto es la transformación de la periodicidad de la aptitud genésica, del período del celo, que existe en toda la serie animal, en el celo permanente del hombre, en virtud de estímulos de orden estrictamente psicológico y social. En los mismos animales se observa frecuentemente la atenuación o pérdida de esta época de celo cuando son reducidos a la domesticidad. Fischer insiste detalladamente sobre la importancia de este fenómeno para explicar muchas de las características del instinto de la generación en la especie humana (47).

Es, pues, indudable, que en un muchacho cualquiera una educación de tipo muy varonil estimulará el desarrollo no sólo de sus hábitos viriles, que esto sería como adquirir una cualidad accesoria y fácilmente mudable, sino el desarrollo de su tejido específico, de sus órganos viriles, es decir, de una condición anatómica y permanente. A la vez, naturalmente, se dificultará el desarrollo de sus elementos femeninos. E inversamente sucederá en una muchacha, según se eduque o no en un ambiente de feminidad. El mito de las Amazonas se funda, sin duda, en el hecho de mujeres que, a fuerza de ejercitarse en actividades viriles, acabaron por adquirir el pergeño físico y las modalidades psicológicas masculinas. El aumento, que hoy observamos, de muchachas con estigmas físicos de virilización, como el vello abundante, etc., me parece, sin duda, debido al exceso del deporte, es decir, al abuso de una actividad viril. Por todo esto, la atmósfera pedagógica en que se desarrollan los primeros años tiene tanta importancia para el porvenir sexual del individuo.

Ya quedó dicho al principio que el niño está muy cerca de la fase de indiferenciación sexual, y por ello su morfología es tan ambigua. Otro tanto pasa con la fisiología de sus instintos. Sobre todo, Freud ha estudiado minuciosamente la importancia y la frecuencia de esta bisexualidad o hermafroditismo del espíritu infantil, llegando a la conclusión de que es un fenómeno normal de todos los niños. Cualquiera que sea lo que se

piense de este autor —y yo no soy un incondicional suyo— hay que convenir que ha conseguido transformar en un fecundo mar tempestuoso la superficie de la psicología humana, adormilada por varios siglos de superficialidad; y hay, sobre todo, que reconocerle una cantidad de aportaciones indiscutibles al conocimiento del alma humana, y una de ellas es ésta de haber señalada la existencia y la importancia de la ambigüedad sexual, de la tendencia a la sexualidad pasiva y polimorfa del espíritu del niño. Repitámoslo: el niño es infinitamente sensible a la influencia educadora, desde este punto de vista del porvenir de su diferenciación sexual. Los padres y los pedagogos, sobre todo los padres, deben saberlo así y substituir la pasividad con que actualmente miran estos problemas por una acción activa, todo lo discreta que se juzgue preciso —y será poca toda su discreción— pero inspirada siempre en estos principios fundamentales.

DIFERENCIACIÓN SEXUAL Y MONOGAMIA

Pero creo que el lector, como yo mismo, anhelamos salir de la región de la patología para entrar en la normalidad de la vida de los instintos; o en lo que hemos convenido en llamar normalidad, cuya frontera de separación con lo que no lo es, con lo anómalo y enfermizo, es casi siempre,

como venimos esforzándonos en demostrar, no una línea estricta, sino una ancha zona de límites imprecisos.

No tiene duda que el ideal sexual del hombre normal debe ser el amor monogámico. La única solución venturosa a la inquietud de los instintos es la pareja unida por el amor. Un hombre puede encontrar su felicidad en la solución poligámica, y el mundo está lleno de ejemplos de este género. Pero ello será siempre a costa de la ignorancia del dolor o del cinismo de las mujeres. Es, pues, una solución que sólo puede aceptarse con un criterio de egoísmo sexual, con el que no se puede transigir.

Por lo tanto la solución cristiana de la cuestión sexual, el matrimonio, es, sin duda, excelsa. El rigor con que este sacramento fué instituído y conservado ha contribuído, en primera línea, al progreso moral de la humanidad, sobre todo, durante las épocas borrascosas de sus primeros siglos. Sería, en suma, perfecto si no implicase la eternidad del lazo, condición que moralmente no podemos discutir, pero que el biólogo, si no es un hipócrita, no puede aceptar más que con resignación. En la práctica, la Iglesia misma opina así, al oír las querellas de las parejas mal avenidas para, si hay motivos que lo justifiquen, romper el compromiso conyugal. Que esta ruptura se decrete raras veces, que su técnica —en lo que se refiere a los trámites profesionales— no sea, en ocasiones, perfecta, esto no quita valor

al principio de la posibilidad, justificada, de la separación.

La solución monogámica es peculiar al hombre. Y es, por tanto, la expresión del grado supremo de la evolución amorosa. Hay animales que aman también por parejas estrictas; pero ello obedece siempre a la necesidad, que ha modificado el instinto. La prueba es que cuando se alteran sus condiciones de vida, la monogamia desaparece, como ocurre con el pato, que es rigurosamente monógamo cuando es salvaje y polígamo en domesticidad, y también con otros animales, como la pintada, el canario, etc. Sólo el hombre puede llegar a la monogamia voluntaria y razonada. Como que para ello es precisa una operación delicadísima, que requiere, a más de condiciones excepcionales en el varón y en la hembra, el amparo propicio del azar, a saber: el injerto en el instinto, que es una fuerza ciega, de la amistad, que es un sentimiento frágil, de complejidad y delicadeza infinitas.

La felicidad monogámica, cuando se logra, es siempre producto de esa conjunción del instinto con la amistad; y gracias a ello vence al tiempo, enemigo mortal de las pasiones instintivas. El instinto sexual, por sí solo, es un apetito, y como tal se agota rápidamente. "Todo animal se entristece después de amar —dice la sentencia latina— a excepción del gallo, que canta." Pero aun el gallo siente esa tristeza, que es disgusto del apetito no sólo satisfecho, sino también agotado; y, por tanto, hastío del colaborador. El ani-

mal vive sujeto en el amor a la ley imperiosa de la variación, ley que rige en todos los apetitos, y con mayor rigor a medida que la calidad de éstos es más excelsa. Y el hombre no escapa a esa ley. Pero ha sabido realizar el milagro de engañar a su instinto con la amistad, y a la sombra de ésta darle cada día, como manjar distinto, el mismo pan de siempre.

LA POLIGAMIA COMO MANIFESTACIÓN DEL INSTINTO INDIFERENCIADO

Pero no hay que decir que no forman mayoría las parejas humanas que alcanzan este grado de perfección. Muchas más veces, el hombre sucumbe a las exigencias del instinto, a la necesidad de variar, y se hace polígamo. Puede decirse por ello que todavía es éste el estado habitual del macho humano. El varón ama en la mujer al género y no al individuo. Cada mujer es aún para él tan sólo una ventana por donde se asoma el ámbito obscuro del sexo, y, una vez agotada la visión, corre a otra ventana y torna a mirar hasta que la curiosidad se acaba; lo cual sucede indefectiblemente antes de que el enigma se descifre.

Ahora bien; amar al género, buscar a la hembra cualquiera que ésta sea, supone un grado evidentemente más débil de indiferenciación sexual. En este hombre, que es como son casi todos los

hombres, la apetencia del instinto se dirige francamente hacia el sexo contrario; pero es una apetencia todavía borrosa y dispersa. A medida que esta apetencia se afina y ennoblece, el sexo, como tal, interesa menos y se busca, entonces, al individuo, a una mujer, a una sola, que precisamente encaje en las peculiaridades del instinto, muy especificado, del varón. En este sentido es forzoso admitir la teoría que Schopenhauer defendió con tanto ingenio de que el progreso sexual estribaría en una exaltación de las cualidades varoniles del hombre y de las femeninas en la mujer; que entonces se buscarían electivamente para complementarse, de igual suerte que en la química los ácidos buscan estrictamente a sus bases para formar las sales. Podríamos decir también que la masculinidad muy exaltada, como las cumbres muy altas, escapa a las afinidades genéricas del sexo femenino, y sólo *sintoniza* con instintos femeninos igualmente próceres, de su misma elevación específica.

Es sorprendente cómo siendo esto tan claro ha venido considerándose como arquetipo de la virilidad, no el hombre sexualmente diferenciado, que encuentra a la mujer equivalente y cierra con ella el circuito del instinto, sino el tipo de tendencia poligámica, que corre de mujer a mujer, frotando sus epidermis con la suya, pero sin penetrar en su arcano espiritual y sexual. A nadie se le ocurriría, por ejemplo, considerar como el modelo del amante de la Pintura al aficionado ampuloso que llena las paredes de su casa de

cuadros recogidos aquí y allá, sino al fino conocedor, dotado de perspicacia y de saber, que descubre entre otras ciento la obra única y excelente. Pero en la cuestión sexual la confusión que reina en las cabezas invierte sistemáticamente los términos del juicio.

VIRILIDAD CUANTITATIVA Y CUALITATIVA. DON JUAN Y OTELO

La máxima diferenciación sexual no se expresa en superficie, sino en profundidad. En esto estriba el error que comentamos. Sería más exacto decir que la sexualidad específica no es un factor cuantitativo sino cualitativo. Don Juan Tenorio y Don Luis Mejía pugnan por demostrar cuál de los dos es más hombre, y ¿qué hacen para ello?; pues, sencillamente, apuntar en un papel el número de las mujeres conquistadas. Este es el concepto de la "virilidad cuantitativa", cuyo símbolo es el ganador de la apuesta, el que ha engañado y abandonado a un número mayor de víctimas, el propio Tenorio.

Pero la virilidad, repito, es un valor cualitativo y no cuantitativo, y por ello el varón perfecto resuelve su instinto en muy pocos amores, tal vez en uno solo, si bien extraordinariamente profundo y rico en matices sentimentales y pasionales. Yo gusto de simbolizar ese varón arquetipo en la figura de Otelo, antítesis de la de Don Juan.

Otelo es, en efecto, el modelo del varón, el hombre de sexo diferenciado por excelencia, sin rastro de feminidad. Y como tal tiene la categoría de tipo representativo dentro de la fauna de los instintos humanos, y no como símbolo de la pasión de los celos, que en él, a pesar de su teatralidad, son un elemento puramente accidental y de época. Rudo, fuerte y moreno, su caudal sexual se localiza en parte en una mujer, esencia de la feminidad, en torno de la cual gira el bronco capitán como un planeta alrededor del Sol; y el resto se sublima y se transforma en su actividad social, heroica y triunfante.

Don Juan es todo lo contrario. Su virilidad, contra todas las apariencias, es muy indiferenciada y floja, como creo haber demostrado en otras ocasiones. Por ello, su morfología recuerda más al canon de la belleza correcta y armónica de la mujer que al enérgico de la masculinidad. Y por ello su instinto resbala de mujer en mujer, sin encontrar jamás a "la mujer", y ésta es su tragedia. Como el turista que consume su vida de país en país, visitando, guía en mano, sus monumentos, pero sin penetrar un solo instante en la vida recóndita de la ciudad o del paisaje, que alienta en los interiores vulgares y en los rincones innominados, así consume su existencia el Don Juan, cuya definición más exacta sería esta de turista del amor (48). Turista y

no viajero; esto es, el que da vueltas en torno de las cosas sin penetrarlas nunca.

De aquí mi encono, no contra Don Juan, que ello sería pueril, sino contra el mito que sustenta. Este mito es dañino, primero, por ser mito; es decir, por ser mentira; pero, además, es la justificación glorificada de una poligamia estéril y con detrimento del trabajo creador. Que sea así quien quiera o quien pueda; pero que no se pretenda hacer de ello el modelo de la virilidad, que es todo lo contrario. Sin contar con que el donjuanismo supone siempre, por parte de la mujer que de grado o por fuerza se presta a su juego, una abyección sexual y social que entristece y subleva.

DONJUANISMO Y AUSTERIDAD

Quisiera advertir, finalmente, que al hablar del donjuanismo no hago referencia a un tema literario ni a las hazañas de los donjuanes de cartel (los *divos,* o, como ahora se dice, los *ases* de esta modalidad sexual). No valdría la pena. Me refiero al donjuanismo difuso y endémico de nuestra civilización, a cuyo contagio no escapan en forma leve o grave, episódica o crónica, casi ningún hombre de los que se tienen por tales. Podría aceptarse la tan repetida comparación de este contagio con el de las fiebres eruptivas, con la diferencia de que el donjuanismo hace tantas víctimas como en la juventud en hombres que ya no tienen nada de mozos.

Donjuanismo no es, pues, escalar conventos, reñir y emborracharse y escamotearle la mujer al amigo. Es todo lo que hay, en el amor de nuestras ciudades, de frivolidad, de sensualidad superficial, de blandura ante la lucha por la vida, y, en suma, de falta de austeridad; y la austeridad es la virtud esencialmente varonil.

Fijémonos en el hecho paradójico de que, en general, la austeridad, virtud de continencia, de aparente pasividad, es la virtud que supone precisamente un mayor ímpetu, una mayor fortaleza; de la misma suerte que casi todos los vicios y desafueros de la conducta, aparentemente resultado de una vitalidad desbordada, indican, en realidad, un caudal mezquino de energía. Y esto es especialmente aplicable al amor.

Esta misma idea puede recogerse a lo largo de un noble libro, hoy, sin justicia, olvidado, de Luis de Zulueta (49), que yo he hecho leer a muchos jóvenes. "Todos los peligros —dice una vez— que en el amor pueden verse para la juventud nacen no del mucho amor, sino del poco amor; es decir, de confundir el amor verdadero, grande, santo, con el capricho frívolo, la aventura pasajera, la galantería, el grosero instinto; cosas todas que no son amor, sino su contraste ridículo o su falsificación vergonzosa."

El problema pedagógico estriba esencialmente, sin embargo, no en definir si éste es el oro y éste el metal brillante pero sin valor, sino en convencer a la juventud de las ventajas del oro; lo cual, porque así lo ha querido la Naturaleza, no es tan

fácil como parece a primera vista. A los valores verdaderos se llega comúnmente con esfuerzo. Están en un sagrario recóndito, cuyas puertas, a menudo, sólo se abren ante el sacrificio.

VALOR DEL TRABAJO EN LA PEDAGOGÍA SEXUAL

¿Cuál será la fórmula práctica para esta pedagogía de diferenciación de los instintos? Sin duda, en el varón, el estímulo del trabajo. Y esto no es un mero y vago precepto de moral, sino un concepto henchido de justificaciones biológicas. Es evidente —y en nuestro primer ensayo hemos explanado este tema— que la actividad social del hombre, ya en su forma legítima y creadora, que es el trabajo; ya en la modalidad secundaria y estéril del deporte, representa un equivalente fisiológico de la actividad sexual. Ovidio —fuente inmortal de todos los temas del amor— dedica a este tema palabras de admirable belleza y perspicacia:

"La ociosidad hace nacer el amor y le mantiene una vez nacido. Es a un tiempo origen y alimento de ese dulce mal. Deshecha la ociosidad, el amor se romperá en pedazos. Se extinguirá su llama y será sólo un objeto despreciable. Tanto como la planta necesita el agua que la riega, necesita Venus de la ociosidad. El Amor huye del trabajo. Si quieres arrojarle de tu corazón, ocúpate de algo y tu salud está asegurada." "¿Por qué, preguntarás, se hizo adúltero Egisto? Es fácil de responder: porque no tenía nada que hacer, mientras los otros príncipes luchaban frente a Troya" (50).

La misma visión encontramos en los textos religiosos. El evangelio de Buda nos dice también que la lascivia crece a la sombra del ocio; y los libros cristianos están llenos de idéntica idea. "El trabajo —decía nuestro Fray Luis de León— es la sal que preserva de corrupción a nuestra vida y a nuestra alma." Por ello el trabajo intenso es el camino recto que nos lleva a la monogamia, y, por tanto, a la afirmación, pudiéramos decir a la sublimación, de nuestra sexualidad. Nos demuestra, entre otras muchas razones, que esto es exacto, el caso antes apuntado de ciertos animales que son monógamos en estado salvaje, porque tienen que luchar con el medio, y polígamos en la domesticidad, en cuanto el hombre les da resuelto el problema de la vida. La imperfección social de hoy hace que, todavía, muchos hombres nazcan también con su vida material resuelta; y esta injusticia es la gran celestina que protege la mayoría de los errores sexuales.

Lo que hoy podemos decir con toda certeza es que las más grandes batallas que los maestros y los médicos hemos ganado a las torceduras y a las angustias del sexo han sido con la medicina de la actividad.

LA DIFERENCIACIÓN SEXUAL EN LA MUJER

¿Y la mujer? El suscitar este problema equivaldría a la revisión del sentido y de las modalidades de la lucha feminista, y ello me ha ocupado largamente en el segundo ensayo de este volumen. Pero no podría terminar ahora sin repetir que el progreso sexual de la mujer sólo puede depender, como el del hombre, de su diferenciación sexual; esto es, de la exaltación de sus cualidades femeninas. Por decir esto he sido tachado de antifeminista, y a veces con modos violentos e imprecatorios. Pero no me importa, porque tengo razón. Hay mujeres que se creen deprimidas ante la afirmación de que deben ser madres primero, y luego todo lo demás; y renunciar, si es preciso, a todo lo demás para ser madres. Y lo curioso es que estas mujeres, que comulgan sin saberlo en el desprecio que un Weininger pudiera sentir por la feminidad, son justamente las adscritas a la secta feminista. Claro es que a su lado hay otras mujeres, las más excelsas, que piensan como nosotros. Citaremos a Gina Lombroso (51), colaboradora de su padre y de su marido, el historiador Ferrero, docta en Letras y varias ciencias, autora de libros admirables, infatigable viajera y reivindicadora de los derechos legítimos de la mujer, a pesar de todo lo cual, no duda en escribir las palabras siguientes:

"La verdad es que la mujer no podrá dar para la creación de las obras maestras más que aquella parte de su alma que no esté absorbida por las preocupaciones familiares, porque ninguna gloria podrá jamás exonerarla de sus humildes funciones de madre, hacia las cuales le impulsa el instinto y a las que la naturaleza la destina." "Para hacer una obra maestra —añade más adelante— es preciso tener ambición, buscar la gloria, el poder y los honores; mientras que en la mujer verdaderamente mujer, la ambición de ser amada —que es también la de ser madre— sobrepuja con mucho a la ambición de ser gloriosa y potentada."

UNA FÓRMULA PRÁCTICA

Diferenciación sexual. He aquí el nudo del problema. La característica de la sociedad actual es la inmensa inquietud por su porvenir. Los pensadores, explícitamente, se afanan, como en ninguna otra etapa de la Historia, en declarar que atravesamos un momento de disolución de muchas cosas viejas y en adivinar, entre el misterio de lo porvenir, cuál será el rumbo de la Humanidad futura. Y la loca superficialidad de las gentes acaso quiere decir, de modo inconsciente, esto mismo: ansia de gozar una calidad de fruiciones materiales cuya terminación definitiva se presiente. Yo pienso que el género humano escapará a estas tempestades como a las otras que le han conmovido asiéndose siempre a las mismas cuer-

das salvadoras, que son los principios eternos de la ética, tendidos, como cables, desde la Humanidad rudimentaria hasta el hombre ideal del futuro. Parece simple el repetirlo; pero es lo cierto que lo único que no cambia, cuando se suceden y se hunden las civilizaciones y las culturas, las sociedades y los sistemas filosóficos, es la bondad, y la maldad, la luz y la sombra del espíritu, que tienen sus fases de esplendor y sus eclipses, de mayor y de menor duración; pero que mantienen su contraste invariable a través de los siglos.

Los hombres de ahora se darán cuenta de que sólo un ansia de perfección moral les hará ir hacia adelante. Y la ética humana no puede avanzar sin dejar resuelto el problema de los sexos, que es uno de los grandes obstáculos que entorpecen su progreso. El problema del sexo, mal entendido secularmente, llagado y podrido ahora, enturbia todos los aspectos de la vida. Los dogmas morales clásicos han perdido una parte de su eficacia; hay que tener el valor de decirlo. Peor aún: en ocasiones se han hecho encubridores del pecado. Hay, pues, que renovarlos a la luz de la ciencia, que es incapaz de substituir a la moral pero que puede ayudarla, aclarando su camino.

No creo que pueda, por el momento, decirse nada más concreto. Ni tampoco que *deba* decirse nada más. Me dirijo ahora a los comentaristas que me han achacado la vaguedad de las soluciones que propongo en este ensayo para los conflictos del sexo. En una reciente conferencia, que no he querido reproducir en este volumen,

porque supondría la repetición de muchas cosas que quedan suficientemente aclaradas en estas páginas, he procurado contestar a esta objeción.

"Hablar —escribe, por ejemplo, uno de mis críticos— de diferenciación sexual, de hacer muy hombres a los varones y muy mujeres a las hembras, no es decir nada práctico." Y así es, en efecto. Pero sería ridículo pretender otra cosa. Estos dolores tan complejos y tan vastos no se curan con un sello de aspirina, como el dolor de cabeza. La austeridad sexual que deriva de la máxima diferenciación sexual no puede imbuirse en los corazones con reglas fijas, como se imbuye en el entendimiento un teorema matemático; es una semilla que sólo florece cuando se planta con recato y amor en cada individuo, y no cuando se siembra a voleo. Por ello son las manos infinitamente cuidadosas de los padres, y no ningunas otras, por sabias que sean, las que tienen la máxima eficacia para realizarlo.

Pero si me obligaran a concretar en lo posible esta fórmula pedagógica, podría expresarse en estos tres consejos: guerra implacable al ocio; matrimonio temprano; y, desde luego, dar al alma lo que es del alma, a Dios lo que es de Dios.

DIFERENCIACIÓN, FUENTE DE CASTIDAD

Diferenciación sexual. Ser hombres y ser mujeres en toda su plenitud. En esto debe estribar fundamentalmente el progreso sexual de la Hu-

manidad, que, en parte, vale tanto como decir su progreso moral.

Mi fe es inquebrantable en el porvenir. Ahora, como al principio, repito que el gran error en que nos hemos educado ha sido prevenir al hombre contra la mujer y a la mujer contra el hombre, cuando, en la lucha de los sexos, el enemigo está en nosotros mismos.

Por eso podemos dirigirnos a los jóvenes que nos lean y decirles, dentro de la más estricta ortodoxia: matad al fantasma del otro sexo que cada cual lleváis dentro; sed hombres, sed mujeres, y entonces, las mujeres y los hombres que andan por el mundo no serán para vosotros más que fuentes de castidad.

IV

AMOR, CONVENIENCIA Y EUGENESIA

AMOR Y CONVENIENCIA

Es evidente que uno de los momentos trascendentales de nuestra vida, quizá el más trascendental de todos ellos, es aquel en que, hombres o mujeres, cambiamos la libertad sin cuidados de la vida de solteros por la existencia, llena de obligaciones y problemas del matrimonio.

¿De qué modo nos preparamos para esta variación esencial y muchas veces definitiva en el rumbo de nuestra vida? La respuesta es sencilla. Nos casamos por amor o por conveniencia; esto es, previo un estado pasional que nos atrae por encima de todas las razones al cónyuge futuro; o previo un arqueo, más o menos consciente, de los caudales del novio o de la novia; o bien de otras condiciones del mismo orden material, como la posición familiar o social, el rango nobiliario, la salud, etc.

Es cierto que, a veces, ambos estados previos, el romántico y el interesado, coinciden dichosamente. Pero solos o concertados, estos dos son, en suma, los mentores habituales del matrimonio: la conveniencia y el amor.

¡Amor y conveniencia! Si hace algunos años se hubiera planteado ante un público el problema de cuál de estos dos consejeros es el que debe preferir un joven en aptitud matrimonial, un coro airado de protestas nos hubiera impedido continuar. "¡No hay más matrimonio legítimo que el inspirado en el amor!", nos hubieran dicho los lectores indignados. Claro es que, seguramente, los que más alto gritasen serían, como siempre, los fariseos, que con sus voces reaccionan, quizá sin saberlo, contra sus propios pecados. Cada vez que un hombre persigue sin templanza un defecto, una pasión, un vicio, es sospechoso de que los lleva dentro, escondidos y rebeldes. Sólo cuando las pasiones han sido superadas por el propio reconocimiento de ellas, se adquiere la tolerancia para juzgarlas en los demás.

Pero la Humanidad, dígase lo que se quiera, está cada vez más cerca de su propia verdad; y ahora podemos hablar con serenidad de esta cuestión, como de tantas otras, que eran hasta hace poco inexpugnables al claro examen de la razón. Más aún: estamos obligados a analizar, sin escándalo de nadie, las ventajas y los inconvenientes del amor como móvil del casamiento; y, a la vez, el pro y el contra de la conveniencia.

Y, por fin, debemos estudiar si otras razones, además de las dos expuestas, deben intervenir en el momento trascendental de la elección del esposo o de la esposa. Estas otras razones son las que los antropólogos y los médicos llaman eugenésicas, esto es, las que tienden, por encima del cálculo y del amor, que son razones egoístas, al fin altruísta de crear una descendencia y una raza enérgicas e inteligentes. "La hora actual del mundo —ha dicho un pensador contemporáneo formado al lado de allá de la biología y, por tanto, nada sospechoso— es la hora de la eugenesia" (52); y cuantos tienen una voz, aun cuando sea tan modesta como la mía, deben ponerla al servicio de este magnífico ideal de nuestros tiempos; magnífico ideal con un nombre —Eugenesia— pedantesco y desacreditado por miles de oradores vacuos y plumíferos inconsistentes. Pero ¡qué se le va a hacer!: las cosas que son buenas, lo son aunque las alaben los tontos.

Estudiemos, pues, qué significa el amor y qué significa la conveniencia como móviles del matrimonio actual; qué se puede aprovechar de ellos y con qué se pueden complementar y corregir para la realización de un matrimonio racional; esto es, útil desde luego para la felicidad, física y moral, de los cónyuges y útil también para la Humanidad futura.

EL MATRIMONIO POR AMOR

El matrimonio por amor ha venido siendo el arquetipo de la unión intersexual. Dos jóvenes se ven sin conocerse, y en la primera mirada quedan traspasados por el flechazo de la pasión. Ya sólo desean ser el uno del otro. Se quieren y todo lo demás no les importa. La posición social, el porvenir económico, los pleitos de familia, incluso los odios nacionales y las razones de Estado: todo les es indiferente. Todo lo superan, y, al fin, se unen por la fuerza del amor, ante la cual nada se resiste. Éste es el esquema ideal que ha servido de argumento a tantas historias, a tantos poemas..., y de prólogo a tantas tragedias.

Porque solemos hablar del amor como de una especie afectiva diferenciada y definida; en cierto modo como de un "cuerpo simple" en la alquimia de los sentimientos; y lo cierto es que el amor —en el cual creo como el mayor de los bienes que el hombre puede alcanzar en este mundo— es una cosa muy compleja y de vario y equívoco contenido. Se llama amor a muchas cosas que son muy diferentes, aunque su raíz profunda sea la misma. Se llama amor desde la fuerza ciega que empuja a un cuerpo hacia el de otro sexo, como el instinto de la conservación empuja al hambriento hacia el pan; hasta el sentimiento infinitamente complejo y delicado que une a dos almas enlazadas por la comunidad del esfuerzo, de la esperanza y del sufrimiento, y por la responsabilidad de una familia nacida de su unión; sentimiento que reune toda la nobleza de la amistad —don de los dioses— con el temblor vegetativo del santo instinto de la atracción de los sexos.

Desde aquella atracción, pura y desnuda, trasunto del celo animal —*amor instintivo*— hasta este otro sentimiento complicado, en el que el instinto es tan sólo la columna vertebral que sostiene a las modalidades afectivas e intelectuales más delicadas y sutiles —*amistad amorosa*—; y, en fin, hasta las formas sublimadas de la pasión sexual, en las que todo lo carnal se ha extinguido, y persisten sólo los elementos superiores, intelectuales, en plena pureza, hay toda una serie de gradaciones infinitas. Y a todas les llamamos amor. Decimos que está enamorado Otelo, al que mueven resortes meramente instintivos en su girar en torno de Desdémona. Llamamos también enamoramiento a la crisis pasional del Duque de Gandía ante el cadáver putrefacto de su reina, henchida pocas horas antes de majestad y de gracia. Amor, al sentimiento patriarcal del abuelo, vértice del hogar en que pulula la prole. Y amor, en fin, a la pasión de Don Quijote, iluminada apenas por un rescoldo del sexo casto y casi extinto, de un hombre en los linderos de la vejez. La raíz es siempre la misma: la atracción instintiva de los sexos; la líbido, como dicen los fisiólogos. Pero el valor biológico y social de cada uno de estos sentimientos es completamente distinto.

Sheller ha dicho que el amor no es ciego, como venía siendo representado desde la antigüedad;

sino, por el contrario, clarividente, puesto que adivina entre mil personas la elegida, y descubre en ella cualidades excelsas, ocultas al ojo indiferente del que no está enamorado. Las consideraciones anteriores nos explican que Sheller tiene razón; pero que también la tenían los que pintaban el Amor con los ojos vendados.

CEGUERA Y CLARIVIDENCIA DEL AMOR

En efecto, lo ciego es el instinto. El instinto parece que adivina realmente, entre millares de seres, al individuo del sexo contrario que apetece la propia sexualidad. Pero no es adivinación clarividente, sino ciega, porque no busca conscientemente la personalidad diferenciada de *alguien,* sino un organismo en el que el azar ha situado el centro de la atracción sexual. Por ello, en realidad, el instinto no elige nunca —aunque lo parezca— a un individuo determinado y fijo, sino a uno de los individuos de un grupo que se caracteriza por determinados signos físicos o funcionales. La tendencia instintiva es una tendencia "genérica", obtusa y no aguda e individualizada. Separa de todo el sexo contrario, como una criba de agujeros todavía muy anchos, un gran sector de seres, unidos por una comunidad de rasgos, que son los excitantes que condicionan nuestros reflejos eróticos. Pero son siempre rasgos lo bastante vagos para no acercarse a la especificación de un determinado e intransferible hombre

o mujer; tales como la talla, el color de los ojos, el timbre de la voz, el gesto y la marcha, etc. El instinto no va más allá. Parece que elige a un ser, entre mil; pero, en el fondo, elige a un ejemplar de una clase de seres, que podrían ser fácilmente sustituídos entre sí, con tal de que se acomodasen al patrón genérico.

Hay también en este juego algo de la afinidad, por grupos de los cuerpos químicos, a la que ya Schopenhauer comparó la atracción instintiva de los sexos. Pero ¿puede llamarse a esto clarividencia? Acaso la inteligencia divina que rige los mundos, al actuar como Genio de la Especie, ejerza en este juego de atracciones su profunda penetración, inadvertida e ininterpretada por el espectador humano; pero el hombre que corre hacia la mujer con la carne encendida de deseo no sabe apenas adónde va; va casi tan ciego como la bala disparada por el fusil del cazador hacia una pieza que sólo de un modo impreciso se podría clasificar en el afán del ojeo.

Esta ceguera del instinto la demuestra, entre otras cosas, el hecho, que ahora indicamos y luego comentaremos con mayor extensión, de que, con frecuencia, atropella las conveniencias de la especie misma. El instinto es casi siempre fundamentalmente antieugenésico. Decid a un hombre ebrio de deseo, en el momento en que va a lograr la posesión de la mujer, que ésta está enferma; que aquel beso encendido le puede contagiar; que el hijo que se va a engendrar en el minuto de la unión codiciada puede ser un degenerado o un

enfermo. Nada de esto le detendrá. Ni lo oirá siquiera, como no sea un aprensivo de los que lindan con la patología. Normalmente, el deseo sexual es un impulso capaz de sacrificar a su satisfacción pura, no sólo el instinto hermano de la conservación individual, sino la misma utilidad de la especie, que equivale a volver el arma agresiva contra su propio corazón. No es, pues, exagerado llamarle ciego; y, en los casos más favorables, tan corto de vista, que podría substituirse la venda simbólica que le tapa los ojos por unas gafas de miope.

En cambio, el amor complejo y diferenciado, la amistad amorosa en que el instinto se mezcla en sabias proporciones con la amistad, éste sí es clarividente. En él, la fuerza de atracción escueta y rectilínea está atemperada por otros sentimientos de categoría superior. Ya no es la flecha disparada contra el blanco impersonal de todo un sexo o de un grupo de individuos del sexo, sino la mano consciente que, temblorosa de emoción, pero segura de su eficacia, busca para la cerradura la llave única y específica que será capaz de abrirla. El blanco se ha ido reduciendo: ya no es un sexo, ni una parte del sexo, sino un individuo; un punto, pues, en el centro de los anchos círculos del blanco, al que sólo se puede llegar con una prodigiosa puntería y, sobre todo, sustituyendo el ímpetu ciego por el paso seguro del conocimiento.

Este amor, maduro y logrado, sí que lo ve todo; descubre lo que está oculto a los demás; los matices exquisitos escondidos detrás de la vulgaridad aparente; los sentimientos nobles adormecidos bajo las pasiones violentas. Y apresurémonos a repetir que esto que parece un milagro de perspicacia se realiza por un mecanismo vulgar: sencillamente por la atención, por el entrañable interés enfocado en el ser amado; virtudes, en apariencia, de categoría secundaria; pero que no existen, de un modo duradero y eficaz, sin el amor; y que, a su vez, pueden convertirse en fuentes caudalosas de amor en las personas que las ejercitan. El amor verdadero, diferenciado y humano, exige un fuego permanente de atención para no enfriarse; quizá sólo una luz, tenue pero inapagable, de atención para no perderse; pero siempre atención. Por eso, la distracción es siempre el comienzo del derrumbamiento amoroso.

No es, pues, exacto decir, sin más: el amor es ciego o el amor es clarividente. Varía según la especie del amor. Es ciego el amor instintivo. Pero la amistad amorosa, en permanente acecho, es profunda y esencialmente clarividente. Sería por esto más exacto, tal vez, llamarla conocimiento amoroso.

LA COQUETERÍA Y SU SENTIDO

Ahora bien; lo grave es que el amor que guía al hombre y a la mujer en la elección del cónyuge es precisamente, en la mayoría de los casos, el amor instintivo, el ciego por excelencia. Cuando

decimos de tal pareja que se ha casado por amor, casi sin excepción nos referimos a un hombre y a una mujer a los que ha reunido la fuerza oscura de la líbido; la del hombre sobre todo, pues la mujer conserva, en general, el dominio de sus instintos; lo cual suele colocarla, en ese trance, en condiciones de superioridad innegable sobre el varón arrebatado de deseo. Es sabido que en muchas ocasiones, en muchas más de lo que se cree, el hombre transige con el sacramento tan sólo porque sin él no le sería posible alcanzar a la mujer deseada. Y ésta, al margen casi siempre de la dinámica brutal de la atracción, ejercita el juego de avivar y rehuir alternativamente el impulso viril hasta que el novio, vencido, cae de rodillas ante el altar.

Esta táctica eterna y archisabida, pero jamás desacreditada, que los hombres llamamos —unas veces con arrobo y otras con indignación— coquetería, es simplemente una de las formas defensivas de la debilidad, tan frecuentes en la vida de todos los organismos, y, por lo tanto, completamente respetable. La mujer actual, en condiciones de desigualdad notoria ante la vida, tiene que defenderse como puede, y aprovecha, con justiciero instinto, la ceguera erótica del hombre para obtener de él concesiones que no sería capaz de otorgarla, serena y noblemente, cuando los instintos están en paz.

Mas aun cuando cambien los tiempos, y el hombre se vea obligado a renunciar a ese aire de superioridad innata que le da su sexo; aunque la

mujer, paralelamente, renuncie también a la triste idea de que el ideal de la feminidad equivale exclusivamente al arte de pescar marido; aunque, por lo tanto, la preparación del matrimonio pierda el carácter, puramente cinegético, de caza con trampa que ahora tiene; habrá, sin embargo, que admitir en toda unión biológicamente legítima, un fondo primario de atracción física, que es como el fermento que madura y vivifica los otros sentimientos que entran en juego en la perfecta unión matrimonial. El componente instintivo no debe, pues, faltar nunca. No se olvide esto en todo lo demás que voy a decir. El problema está en la proporción con que se mezcla con los otros componentes del amor conyugal.

EL INSTINTO, GUÍA FALAZ

Lo que no puede admitirse es el instinto por sí solo, en bruto, como consejero supremo y decisivo de un pacto que pretende ser perdurable; por la razón de que no pueden edificarse cosas eternas con materiales esencialmente transitorios. Todo instinto se agota rápidamente con la consecución de su objeto; y, sobre todo, los instintos primordiales. Y más agudamente aún se observa esto en el instinto reproductor, cuya satisfacción es tan aguda, tan brillante y tan fugaz como un cohete que estalla en un torrente de luz y se apaga en el instante mismo de explotar. Muchas veces he insistido sobre el hecho

de que el instinto sexual es, por lo menos en las fases actuales de la evolución, de condición tan precaria, que vive sujeto y esclavizado a la ley imperiosa de la variación. Si sólo es el deseo el lazo que une a una pareja humana, el lazo se relajará, pues, en seguida. Por esta razón, los matrimonios llamados por amor terminan tantas veces al terminar la luna de miel.

Claro es que no siempre ocurre así. Por dicha, el deseo, la líbido, aun obrando de un modo tan arbitrario, es con frecuencia la llave que abre a las almas las puertas de las formas superiores del amor. Pero otras veces, todo se derrumba cuando se apaga la frágil llama del deseo; aun en muchos casos en que el hombre y la mujer, por comodidad, por vanidad o por limitación de sus impulsos, se presten, quizá sin darse cuenta, a proseguir la leyenda de su ventura. Los médicos lo sabemos, como lo saben los sacerdotes, porque vemos la vida conyugal desde los bastidores, y no podemos aceptar como matrimonios logrados muchos que representan la comedia de la felicidad, a veces, con insuperable perfección. Matrimonios llamados felices, en los que el desamor se esconde tras una apariencia de corrección social y familiar, a lo sumo coloreada levemente de cordialidad. La esposa se consuela de este desamor con su frialdad sexual, con el ejercicio de las tareas maternales, y quizá con las prácticas religiosas; muchas veces, cree de buena fe que es realmente feliz; que toda aquella historia del amor de que hablan los libros no es, en la realidad, más que esto. Y en cuanto al marido, se consuela también con el torbellino de sus quehaceres sociales... y, desde luego, casi siempre, con una amante. Al menos, el contrato con ésta no es engañoso; a cambio de un favor fugaz no pide nada perdurable. Como tantas otras actitudes cínicas, encierra ésta de la amante "formal" una apariencia de moralidad mayor, y éste es su gran peligro, como el de todas las cosas respetables a las que no se rodea de rigurosa dignidad.

Verdaderamente, una felicidad conyugal auténtica y durable, nacida al calor de esta atracción instintiva, tiene que ser una excepción. Jugar a esta carta el porvenir de un hombre y una mujer es una lotería en la que se gana pocas veces. Y así lo sentencia el refrán español que gustaba de citar Schopenhauer: "El que casa por amores ha de vivir con dolores" (53). Aquí la visión del pueblo percibe el problema con sagacidad, reaccionando contra el absurdo, mantenido por los prejuicios literarios de confundir unas noches de pasión sexual con el matrimonio, que es, además de todo lo demás, una sociedad en comandita que ha de plantearse, no como se plantea una aventura, sino con las garantías que exige la excelsitud de su verdadero fin: la creación de los hijos.

Cuando se busca un socio para montar una industria cualquiera, por modesta que sea, no nos basta nunca el que se trate de una persona simpática y atractiva. Por encima de esto —que siempre es de tener en cuenta— se investigan

sus antecedentes y sus condiciones morales, y se indaga su verdadera capacidad económica y social. En cambio, cuando se trata de lo más serio que se puede crear en la vida, los hijos, se renuncia a toda historia del colaborador, y se hace el pacto trascendental sobre la base de una nariz o de unos ojos agradables, o de cualquiera otro de los detalles morfológicos, desde donde el amor dispara su flechazo. Si la Humanidad no nos ofreciese innúmeros ejemplos de su acatamiento ante otros muchos mitos tan absurdos como éste, sería sorprendente el considerar cómo ha podido durar tanto tiempo la costumbre, que a todos nos gobierna, de edificar el período más largo y más trascendental de nuestra vida sobre una base tan frágil y tan ciega.

Teóricamente, las cosas varían cuando el amor, que aconseja la unión, no es el mero instinto, más o menos adornado de elementos sentimentales, sino esa otra forma del amor compleja y profunda que hemos designado como conocimiento amoroso. Pero este sentimiento sólo se crea por el mutuo comercio de las personas; es un sentimiento *a posteriori*, la última morada, la más recóndita del alcázar del amor, cuya puerta es el instinto.

EL NOVIAZGO

La Humanidad ha tratado de obviar este grave problema con la invención del noviazgo o noviciado del matrimonio, con el que se pretendía que los futuros cónyuges adquiriesen ese conocimiento sentimental y profundo que atenuará y ennoblecerá la crudeza y la posible fugacidad de la pasión. Todavía en muchos pueblos existe en toda su pureza esta costumbre del noviazgo, ya casi borrada de otros sectores de las sociedades modernas. Y acaso, está bien que haya desaparecido, porque el noviazgo es un recurso bien intencionado, pero notoriamente insuficiente para crear el amor verdadero. Anotemos, ante todo, que en nuestros tiempos de inquietud económica la razón verdadera del noviazgo suele ser muchas veces, más que el propósito primitivo de conocerse los presuntos cónyuges, un mero compás de espera mientras se resuelve o estabiliza la situación monetaria del varón; mientras llega el destino o la clientela, o mientras el tío rico y provecto se acaba de morir. Y así, se da el caso de que, una vez acotada la mujer elegida, el novio tal vez se embarca y se va a otro continente en busca de fortuna. Si regresa con la bolsa llena, se casa al día siguiente; y a esta relación, con un océano por medio, se la llama noviazgo, lo mismo que si él y ella hubieran pasado esos meses o años en coloquio de amor permanente, con la sola interposición, puramente decorativa, de una reja.

Y, en realidad, es igual. Cien mil leguas de mar o unos barrotes, que todo lo encienden y no impiden nada, son la misma barrera infranqueable para la creación de la amistad amorosa. Ésta sólo se logra al calor de una larga intimidad conyugal, bajo el techo de la misma alcoba y, si Dios quiere, al borde de una cuna. Por ello, el noviazgo verdadero no empieza hasta la noche de bodas, y éste es uno de los grandes escollos del matrimonio tal como hoy está instituído.

No deduzcamos, sin embargo, que esa forma suprema del amor entre los sexos, la amistad amorosa, se origina tan sólo con el comercio carnal. Por el contrario, una de las características del instinto sexual es el hecho, en apariencia paradójico, de no crear por sí sólo intimidad alguna, efusiva y durable entre la mujer y el hombre. Parece que después de una unión tan estrecha, tan honda en apariencia, una cadena indisoluble debía unir la vida futura de los amantes. Pero no es así, y ello demuestra el error de dar una importancia trascendente a lo que, en el terreno biológico, la tiene baladí. Una comida cordial, un simple paseo a las horas del crepúsculo, en que las almas gustan de salir de sus senos recónditos, puede dejar huellas más duraderas en el espíritu que una noche de pasión carnal sin amor verdadero (54). Sólo el espíritu, nunca la materia, deja marcado el rastro de su planta: para el bien como para el mal.

INTERÉS CONYUGAL E INTERÉS DE LA ESPECIE

Vemos, en suma, que el amor, primario y pasional, es con frecuencia un consejero inseguro para la creación de un hogar. Así lo ha comprendido la Humanidad desde sus comienzos, y ha tratado de mejorar la eficacia del amor y, con frecuencia, de sustituir a éste por completo con otro guía de condición equívoca, que es la conveniencia. Y hay hombres y mujeres que se casan por conveniencia, como otros se casan por amor. ¿Quién obra mejor, aquéllos o éstos?

En términos escuetos y teóricos, todos los votos estarán a favor de los que se casan enamorados. Pero hay que plantear el problema de otro modo: no presentando la conveniencia y el amor como dos términos opuestos, sino como dos valores que pueden completarse.

Hasta ahora, en efecto, no hemos hablado más que de la suerte de los cónyuges. Pero hay que repetir muchas veces que el matrimonio no se hizo para la satisfacción de éstos, sino para crear hijos; crearlos: que no es sólo hacerlos nacer, sino hacerlos vivir y perfeccionarse. Y esto, que es tan claro, no lo piensan sino muy escasos hombres y mujeres cuando se plantean el problema matrimonial.

¿En qué Universidad, en qué Escuela se llama a los jóvenes, sobre todo a los de sexo masculino, y se les habla serenamente y por lo largo

de la trascendencia social del casamiento? Los moralistas y los médicos hablan del sacramento con las mismas nobles palabras de San Pablo: "Si no tenéis don de continencia, casaos; que mejor es casarse que quemarse" (55). "Cásate para no pecar", dice el sacerdote. "Cásate para evitar enfermedades", agrega el higienista. Pero la verdad es que si el matrimonio fuera sólo esto, no tendría más valor que cualquiera de las drogas que se mandan a comprar en la botica de enfrente. Una droga, excelsa si se quiere, pero nada más. Y debe ser nada menos que el esfuerzo que los hombres hacemos para perpetuar nuestra especie sobre el planeta; y para mejorarla.

Sabemos, deseamos —sobre todo las mujeres— que los hijos vengan después de las efusiones corporales del amor. Pero nadie nos instruye sobre la trascendencia y sobre la técnica de esta misión suprema. A los hombres se nos da por suficientemente enterados con la experiencia de los burdeles. A las mujeres no se las dice nada, para no herir su candor. Después de casados, se supone que, roto el misterio, ya está todo sabido. Y sólo, quizás, los días antes de la boda hay una explicación a medias palabras; cuando no se reduce toda la misión informativa en la Epístola del apóstol San Pablo, cuyos excelsos consejos, por lo menos, debieran leerse el día mismo en que se conocen los novios, y no delante del altar, cuando el espíritu no está para epístolas y, sobre todo, cuando las cosas no tienen ya remedio.

El instinto nos lleva a la paternidad; pero esto no es razón para que la paternidad se abandone al instinto. También el instinto nos lleva a alimentarnos. Y si el hombre no recibiese una preparación suficiente, una educación, que no es otra cosa que la superación ética del instinto, éste se satisfaría apoderándose del pan de las tahonas, que es el modo menos complicado de alimentarse. Por esto se inculca al niño, que tiende instintivamente a la rapiña, que cada cosa es de cada cual; y que sólo es nuestro lo que se nos da justamente o lo que se conquista con el legal esfuerzo. No basta alargar la mano y tomar, sin otro expediente, lo que más nos convenga. Mas en el orden sexual, ninguna advertencia. Con tal que la unión del hombre y la mujer sea legítima ante las leyes y ante la Iglesia, la sociedad no se ocupa de más. Y falta algo tan esencial como el que los hijos no sean una simple secuela de amor, un tributo inevitable de dolor y de molestia, en pago a las horas de placer, sino el fin maravilloso y consciente del amor.

Es, pues, preciso hablar claramente a los jóvenes aún libres de matrimonio y a los padres y maestros que han de aleccionarlos, para que imbuyan en aquéllos la gran verdad, tan sabida pero siempre soslayada, de que el matrimonio no es una estación de término en la vida, sino una simple estación de paso, de donde debe de arrancar una nueva vía humana. El ideal es que este interés altruísta, el interés paternal, coincida con el interés egoísta, el conyugal. Pero no siem-

pre ocurre así, y éste es otro de los grandes escollos del matrimonio.

Si eligiéramos, en efecto, a nuestro cónyuge, pensando sólo en un fruto óptimo, en un hijo dotado del máximo de salud y espiritualidad, probablemente nuestra elección recaería en una persona ajena del todo a la órbita de nuestro instinto sexual. Y a su vez, cuando el instinto logra alcanzar a la pareja que le satisface del todo, la descendencia padece, no raramente, las consecuencias de esta unión ciega, o miope cuando menos. Hay que destruir la leyenda, tan arraigada, de que los hijos del amor son siempre inteligentes y sanos; leyenda difundida principalmente en España, y que tiene su origen, a mi modo de ver, en los ejemplos llamativos de los hijos bastardos de los reyes, que, por nacer de madres (menos veces de padres) no pertenecientes a las familias reales, casi siempre degeneradas por las coyundas entre parientes, eran, en general, más normales que los hijos legítimos; el caso más ejemplar en este sentido es el de Don Juan de Austria, de vitalidad y espíritu tan notablemente superiores a los de la triste descendencia legal de Felipe II. Su recuerdo egregio ha contribuído seguramente a mantener esta leyenda, difícil de desvanecer en nuestro pueblo.

ANTIEUGENESIA DEL INSTINTO

El hombre enamorado no repara, ya lo he dicho antes, en si la amada está sana o enferma; en si tiene la ascendencia de locos o de criminales; no le asusta el miedo al contagio. La misma enfermedad puede convertirse en un motivo más de atracción sexual. La razón de la inmortalidad de Margarita Gautier estriba, en parte, en que representa esa trasmutación morbosa de lo patológico en imán de la líbido. Pero esta ceguera la pagarán los hijos. Ante el conflicto —los hijos sanos con detrimento del cónyuge ideal, o la satisfacción absoluta del instinto a costa de la prole— el hombre no vacila jamás: opta siempre por la segunda solución. Si ambas satisfacciones, la egoísta y la altruísta, coinciden es siempre por obra del azar, nunca porque el hombre se haya propuesto concertarlas con su esfuerzo o con su sacrificio.

Y esta actitud antieugenésica del instinto, en lo referente a las imperfecciones físicas, se hace todavía más patente en la esfera de las ideas y de los sentimientos. La mujer de tipo medio, rara vez se enamora de los valores intelectuales puros. Es cierto que los hombres famosos, por su talento, suelen ser el objeto de la admiración apasionada de ciertas mujeres que dicen —y tal vez creen— que se sienten atraídas, como las mariposas, por la luz de su genio. Mas, casi sin excepción, es el resplandor social de la gloria —celebridad, vida intensa, buenas ganancias—

lo que les incita, sin darse cuenta, a revolotear en torno suyo. El talento oscuro o incomprendido, el talento sin eficacia inmediata, rara vez encuentra admiradoras de este tipo. Y luego veremos que no sin una cierta justificación.

Aún es más sorprendente el fenómeno en lo referente a la condición moral. Pocas cosas me han hecho meditar como la triste y desconcertante verdad de que la bondad jamás ha sido un punto de apoyo decisivo para la atracción amorosa. Puede pensarse, con frías razones especulativas, que un hombre bueno o una mujer buena son la mejor elección para acompañarnos en la vida o para ser el padre o la madre de nuestros hijos. Pero me atrevo a afirmar que casi nadie se enamora de nadie, con pasión ciega e instintiva, tan sólo por el hecho de su bondad. La admiración y aun la ternura que el espectáculo de la bondad produce en las almas nobles es, por lo común, un sentimiento extrasexual. El hombre que se enamora de una doncella por su sola virtud, apenas se ve más que en los cuentos de los niños. Colombina, que es un gran arquetipo femenino, llora ante el romántico desinterés de Pierrot; pero luego se va del brazo del primer galopín dicharachero, robusto y con mala fama. Buena parte del ascendiente de Don Juan —ascendiente directo, erótico— sobre sus víctimas depende de su cinismo. Se dice que la explicación de todo esto, cuya realidad es tan innegable cuanto absurda, estriba en el hecho de que la bondad alienta en un plano superior al de la tierra, por donde

reptan los instintos. Pero esto, que es verdad, lo que demuestra es que, en efecto, los instintos son profundamente rastreros e inmorales. La verdadera explicación debe buscarse en que la bondad, valor eterno, es siempre igual a sí misma, sin incógnitas ni matices; y el pobre instinto sexual que nos esclaviza, necesita para no agotarse, como los estómagos cansados, de especias agudas y variadas —el misterio inagotable del pecado y de la tentación— que den apariencia de novedad a los mismos estímulos de siempre. No son éstos, cuentos ni divagaciones teóricas. Yo guardo entre mis notas algunas historias impresionantes de mujeres, muy buenas pero muy mujeres, que vivieron largos años en la adoración absoluta de sus maridos calaveras; y que, al llegarles a éstos la hora del arrepentimiento, a la vez que ganaban la paz de su alma perdían la sugestión sobre la esposa.

Pero todo esto, que disculpa la irreflexión ante una aventura pasajera de amor, es indisculpable cuando el problema que se plantea es el matrimonio. Hay que reaccionar contra tanta insensatez. El hombre que realmente sienta la conciencia de su sexo tiene que acostumbrarse a pensar, en el trance de crear una familia, antes que en el propio goce, en los hijos futuros. Con palabras duras, pero llenas de una veracidad apostólica, exclama Keyserling, recientemente: "Para solamente desahogar el instinto no hace falta casarse. El que únicamente se casa por eso, peca contra su carácter de hombre".

LA CONVENIENCIA Y SUS VARIEDADES SOCIALES

¿Qué hacer para resolver el gran problema; para que los dos intereses, el de los amantes y el de los padres coincidan? La fórmula no es otra que poner, al plantear el matrimonio, menos instinto y más conveniencia. Entiéndase bien: no el destierro del instinto, pues el instinto es la raíz eterna e insustituíble del amor; tampoco el triunfo absoluto del interés, que todo lo envilece; sino una mezcla prudentemente sopesada de ambos. Pero antes de seguir adelante llegamos al momento de explicar qué se entiende y qué se debe entender por conveniencia. Porque así como antes decíamos que bajo el nombre del amor se acogen sentimientos muy dispares, ahora añadiremos que la gente llama conveniencia a cosas que, en realidad, tienen muy poco que ver entre sí.

Cuando se dice que tal persona "casó por conveniencia", se alude casi siempre a que fué el dinero la causa de su unión. Es éste el primer tipo de esta suerte de coyundas: el matrimonio económico.

Pero otras veces la conveniencia no es conveniencia monetaria, sino de posición social. Aquí, sin embargo, es preciso hacer una distinción, que olvidan los comentaristas y que me parece esencial: la distinción entre el linaje histórico, nobiliario, que es posición eminente, pero externa y pasiva; y la posición social, fundada en el trabajo

o en el poder; posición, en suma, dinámica y activa. Me explicaré mejor. Esta mujer se casa con este hombre porque es duque, y logra con el matrimonio su aspiración de ser duquesa: este es un matrimonio de linaje, movido por una razón de conveniencia ambiciosa, pero puramente decorativa y externa. Este otro hombre, en cambio, se casa con aquella mujer porque es la hija de un hombre importante, influyente, poderoso, y la unión facilita al marido el acceso en un medio social, de otro modo difícil y lejano; el casamiento supone un salto en la lucha por la conquista del éxito; su razón no es, pues, una mera satisfacción de vanidad, sino un resorte para vencer en la concurrencia vital. Ahora veremos que, desde el punto de vista biológico, es injusto confundir ambos tipos de matrimonio por conveniencia. Uno y otro requieren comentarios y aclaraciones de interés.

Hay, por fin, un tercer grupo de matrimonios por conveniencia, una modalidad que por ahora es puramente teórica: la de aquella mujer y aquel hombre que, sobre una base inevitable de satisfacción instintiva, con un mínimum de conveniencias materiales y sociales, se uniesen porque los dos eran sanos, porque las cualidades físicas y espirituales del uno se completaban con las del otro; pensando, en suma, en el supremo interés de la especie, más, o por lo menos tanto, como en su propio interés egoísta. Éste sería el matrimonio eugenésico.

EL MATRIMONIO POR DINERO

Examinemos primero el matrimonio económico. ¿Es lícito o ilícito casarse por dinero? La contestación no puede darse en general; hay que responder de una manera distinta para cada sexo.

Más arriba me he ocupado por extenso de esta cuestión. Para mí es evidente, decía allí, que las diferencias entre uno y otro sexo se extienden desde lo puramente orgánico y visible hasta las más elevadas actividades del varón y de la hembra.

El hombre busca, o debe buscar, instintiva o deliberadamente, en la mujer con la que va a fundar la sociedad conyugal, no sólo a la compañera, sino a la madre óptima para sus hijos, a la que mejor pueda concebirlos y criarlos. La mujer, en cambio, buscará en el presunto esposo al más capaz para vencer en la lucha por la vida, ya que esta victoria representa, por una parte, la afirmación más neta de su virilidad, y por otra, la seguridad de que el hogar estará bien defendido y abastecido. Ahora bien: esta fortaleza, que constituye el motivo más legítimo de la atracción del hombre para la mujer en el orden biológico, la da en los pueblos primitivos el vigor físico, la habilidad y el coraje; y en las sociedades civilizadas, la superioridad intelectual eficaz, el poderío o el dinero. Obra, pues, con un fondo de cordura natural la mujer que prefiere al varón robusto y no al débil; al encumbrado

y poderoso, y no al humilde; al rico, finalmente, y no al indigente; siempre que ello no suponga una burla sangrienta a las leyes supremas del sentimiento amoroso. Pero, por las mismas razones, el hombre que valora a la mujer no por ella misma, sino por su dote, procede contra el orden natural de los instintos y es un remedo de varón.

Nos confirma esta gran diferencia en el significado ético de la mujer y del hombre frente al dinero del cónyuge, la observación de los ejemplos que nos ofrece la vida. Una mujer de posición modesta casada con un rico no amengua por ello su dignidad, ni ante el esposo ni ante la sociedad misma; salvo aquellos casos escandalosos en que el marido opulento es, o de físico innoble o un cretino; y a veces las dos cosas. El intercambio tiene, sin duda, una sanción favorable, como de justicia biológica. La esposa se posesiona con naturalidad del caudal copioso, a trueque de su belleza; y le basta ser una cónyuge correcta y, sobre todo, una buena madre, para que la sociedad, aun en sus sectores más susceptibles, la acoja sin reparos y acabe por sancionar la unión y olvidar su origen.

En cambio, cuando un hombre pobre se casa, descaradamente, en ausencia de toda inclinación, con una rica, adquiere jerarquía de cínico no sólo ante los ojos de las gentes, sino también ante sus propios ojos. Hay casos de hombres en estas condiciones que han superado su precaria situación conyugal con cualidades sobresalientes de inteli-

gencia o de bondad. Pero el rescate de esta culpa alcanza precio tan subido, que son raros los varones lo suficientemente dotados para conseguirle. Lo habitual es que se trate de donjuanes de poca monta, que ponen a precio su juventud o su linda cara frente a mujeres que compran lo que no pudo merecer su escasa belleza o su edad excesiva. El mutuo desprecio, antes que el desprecio de los demás, hace bien pronto infeliz la vida de estas parejas. Así como las del tipo inverso —mujer pobre y hombre rico— son con frecuencia felicísimas.

EL MATRIMONIO DE RANGO

La otra forma de matrimonio de posición, el matrimonio de rango, es totalmente distinta, en cuanto a su significación, de la anterior. Los cónyuges se unen aquí por mera razón de linaje, por mantener o aumentar el lustre de los blasones, sin ninguna utilidad material para el individuo ni para la especie. Hay dos subtipos de esta forma de coyunda. Uno, el verdadero matrimonio de casta, en el que los esposos se buscan entre familias igualmente linajudas, para conservar la pureza de las estirpes y multiplicar sobre los hijos los títulos y las grandezas. El otro subtipo es el del hombre o la mujer no nobles que escogen un cónyuge linajudo para ingresar en la aristocracia de sangre por este súbito procedimiento.

El primer tipo, el auténtico matrimonio de casta, desaparece rápidamente de las sociedades modernas. Al multiplicarse, a través de las generaciones, los casamientos entre un número limitado de familias, las proles solían, no rara vez, degenerar. En las familias reinantes, el fenómeno era especialmente neto. Esta razón, de orden higiénico, abrió la puerta a las sangres nuevas, que es tanto como decir plebeyas, hasta en las estirpes más encastilladas en su alcurnia. Los mismos reyes buscan hoy para sus hijos, consortes que no pertececen a las familias reinantes; y no tardarán en optar a las manos principescas los simplemente ricos, recién salidos de la plebe. Pero, en el fondo, la razón principal del ocaso del matrimonio de casta ha sido la razón económica. Antes, una alianza conyugal entre nobles era, casi sin excepción, una suma de dos grandes fortunas. Ahora, esto va siendo cada vez más raro. Los grandes caudales aristocráticos se hunden ante la nueva organización económica del mundo, y los títulos empiezan a ser tan sólo mercancías, que se cotizan contra tantos miles de renta y se venden mediante el matrimonio.

Es evidente la imposibilidad de aceptar este tipo de casamiento en una buena moral matrimonial. Los dos valores que juegan en el negocio son valores reprobables: el dinero y la vanidad. El instinto sexual, es cierto, puede coincidir con esta atracción interesada y santificar los otros móviles. Es decir, un noble sin pecunia puede casarse con la hija de un fabricante millonario y plebeyo; pero que, además, puede ser muy atractiva; y lo será seguramente, porque por cada mujer

cuya belleza no necesita lujos para lucir, hay cincuenta que serán guapas o insignificantes, según tengan o no dinero para el personal adorno. Pero el amor verdadero, el pleno y maduro conocimiento amoroso, es difícil que nazca de la unión de dos padres tan fríos y tan infecundos como la vanidad y la riqueza.

Merece un comentario aparte, como he dicho, el matrimonio engendrado en la conveniencia social, pero no del tipo del puro linaje, sino de la posición social eficaz de uno de los cónyuges. En realidad, sería ésta una variedad de la conveniencia económica, ya que con ella se logra, no la fortuna directamente, pero sí el posible triunfo, merced a las nuevas influencias. Y para la mujer es igual, en efecto. Lo que hemos dicho de la mujer que encuentra una disculpa específica en el hecho de desear el marido rico, podemos repetirlo de la que se deja influir por la categoría social de su cónyuge. El hombre que ha triunfado, o que pertenece a la familia de un triunfador, puede ser, además, rico. Pero aunque no lo sea, el poderío es, por sí solo, uno de los cebos más gustosos para el instinto de la mujer. Se ve esto muy claramente en los momentos políticos en que un hombre conquista súbitamente un mando eminente: ministro, jefe de Estado, etc. Aunque sea viejo y desagradable, y aunque siga siendo pobre, se ve, al punto, rodeado de una suerte de harén de mujeres enternecidas, que pocos días antes le veían pasar, indiferentes al súbito encanto de ahora. Suelen juzgarse estas admiradoras repentinas como interesadas; pero su atracción radica en motivos más profundos y naturales. Para el instinto de ciertas mujeres, la admiración del poder es una actitud instintiva, y cumplen, por lo tanto, con su obligación al someterse a quien representa ese poder. Someterse al fuerte, como someterse al millonario, por el solo hecho de serlo, podrá indicar una inferioridad cualitativa del instinto femenino; pero tiene su explicación y su disculpa.

El paralelismo se rompe cuando consideramos la actividad del varón. Porque así como el hombre que cotiza la dote de su presunta amada es, por lo común, indigno de su sexo, el que encuentra, en el trajín de la lucha, su compañera en un medio social superior al suyo, obra bien si sabe superar este obstáculo y hacerse digno de la posición prestada por su alianza. Existe la preocupación popular de que la mujer debe escogerse siempre, si se quiere asegurar la felicidad, en un rango inferior al del hombre; pero es un basto error. Tal vez el ideal sea, desde este punto de vista, el matrimonio entre iguales. Ya Esquilo decía: "¡Gran sabio es el que dijo por vez primera que debemos buscar entre los iguales a nuestro compañero!" (56). Pero en el caso de que no exista esta igualdad, es preferible que sea el hombre y no la mujer, quien tenga que subir. Keyserling insiste mucho en que siendo la mujer la que crea, en gran parte, el armazón espiritual y ético de la familia, su superioridad se evidenciará en la prole con mayor seguridad que si es

el marido el más elevado. Suele repetirse, desde que lo dijo Napoleón, que el porvenir de los hijos depende de las madres; y aunque la mujer posee en grado mayor que el hombre la capacidad de superar su rango primitivo, es evidente que estará tanto más cerca de su óptima capacidad de influencia familiar cuanto más alto haya sido su punto de partida. Podrían añadirse nuevas citas, que, es cierto, se contradicen con otras, como el refrán judío que dice: "Para escoger esposa hay que bajar un escalón; y subirlo para escoger un amigo." Profundo error, nacido del designio poco generoso de que a medida que la hembra proceda de más baja esfera, será más fácilmente sometida; y del absurdo prejuicio de que la esposa y el amigo han de elegirse con técnicas opuestas: cuando la esposa, sólo lo será enteramente si se busca y se conserva, además del amor, con trato de amiga.

La mujer de rango superior está, pues, dentro de las aspiraciones legítimas del hombre, si éste no contraría por ello su instinto ni busca en su ascenso un expediente para medrar sin esfuerzo a costa del influyente padre político; lo cual no deja de ocurrir; habiendo suscitado entre nosotros un verdadero estado de opinión contra los yernos que, a partir de su boda, veíamos subir, sobre todo en el cielo de la política, como globos inflados de súbito. Si, como antes decíamos, a la mujer que se casa con el rico sólo se la exige un mínimo de rectitud para perdonarla, al hombre que enlaza su destino con una mujer de jerarquía

social influyente, le bastaría hacerse digno con su trabajo de la ventaja que le trajo el amor como regalo de boda. Hay, además, que tener en cuenta que, en todas las sociedades, es en este sector de los que triunfaron, no por nobles ni por ricos, sino, en general, por mejor dotados, donde se encuentran los ejemplares de mujeres más aptas para la vida conyugal, las mejores esposas en su más amplio y noble sentido.

LA CONVENIENCIA DE LA ESPECIE

Vemos, pues, que la llamada conveniencia de los matrimonios, en muchas ocasiones, no es tal conveniencia para la felicidad de los esposos ni para el bienestar de los hijos. Pero otras veces sí lo es, y hay que reconocerlo sin hipocresías. Mas con todo, la conveniencia máxima, la que permite en cierto modo acercar los dos ideales, el de la felicidad de los cónyuges y el del provecho de la descendencia, es otra conveniencia distinta del dinero, de la posición y del rango aristocrático: es la conveniencia de la salud física y espiritual de los hijos.

Me da cierto reparo hablar así, porque tengo una gran prevención a aquellos escritores que predican las ventajas de la salud y de la formalidad de un modo tan ingenuo como podrían predicarse las ventajas de ser millonario. Sobre todo en estos asuntos en que el amor anda por medio, será siempre el amor el que diga la última pala-

bra. Aun suponiendo que todos los sabios de este mundo nos convenciesen de que hay que elegir a la mujer futura con arreglo a estas y a las otras pautas, bastaría que al salir a la calle nos saliese al paso la mujer contraria a todas las conveniencias, pero capaz de despertar, de modo misterioso, nuestro instinto, para que lo olvidásemos todo y corriésemos detrás de ella, con ese sorprendente olvido que el amor padece para lo que es mejor, ante lo que a él le parece lo mejor, aunque no lo sea.

No tendremos, pues, la inocente pretensión de intentar someter la fuerza arbitraria y gigante del instinto de la especie a una ordenanza higiénica. Pero sí podemos decir, escuetamente, que quien no esté suficientemente sano no se debe casar.

Sin la salud, es muy difícil que exista la felicidad conyugal verdadera. Los médicos tenemos la experiencia de que los microbios o las otras causas de las enfermedades, al entrar en un hogar, antes que al individuo, enferman y matan al amor permanente y delicado que precisa, para vivir dichosamente, la pareja conyugal; acaso sin que nadie lo note, porque el amor, al extinguirse, en estos casos, suele dejar el hueco que ocupaba en el alma lleno de otros sentimientos muy parecidos al cariño: la compasión, la piadosa ternura, que en las almas nobles tiene toda la alta tensión de las pasiones más enérgicas; pero embalsamado entre estas virtudes, el amor yace allí, sin vida. El amor de aventura, ya lo hemos dicho,

no repara en nada adverso ni nocivo, con tal que sea compatible con el mínimo de belleza que exige el juego de los instintos. Pero la pasión compleja y permanente sobre la que debe edificarse la familia requiere un cierto bienestar económico y físico, en ausencia del cual aquella pasión no tarda en deshacerse como el humo. Cuando contemplamos —experiencia repetida por los médicos tantas veces al día— esos hogares en que la desventura se ha cebado, donde no hay pan ni salud, acaso lo que más hondamente nos duele y nos irrita es el sentimiento de que tras la tragedia física y social se esconde la tragedia del amor que muere; y que, además, muere sin que se le eche de menos, que es como morir doblemente. "Venus —decía paganamente Terencio— se extingue si Ceres y Baco no la acompañan" (57). Y a la ausencia de la fruición sensorial a que alude el poeta, se añade, en el hogar mísero, la pesadumbre de los hijos mal alimentados y enfermos.

Todo esto es demasiado sabido, se me dirá... Pero como, sin duda, por saberlo tanto se olvida constantemente, hay que volverlo a repetir. Es muy raro ver, entre nosotros al menos, matrimonios impedidos por la enfermedad de los presuntos padres, como no sea en el caso de que se sospeche que el ejercicio conyugal podría perjudicar a la salud de los esposos. Si alguna vez se recomienda a un tuberculoso que no se case, es únicamente ante el temor de que su mujer se contagie o de que se agrave su tisis; menos veces,

pensando que el hijo pueda ser tuberculoso sin merecerlo. Hay, es cierto, hombres ilustrados y concienzudos que al sentirse enfermos renuncian espontáneamente a casarse, pensando en su prole. Pero siempre se trata de casos de rigor y entereza excepcionales de la conciencia cívica. A veces son simples neurasténicos. Nunca han sido los médicos, los padres, las leyes, los que los han detenido en el camino de la agresión a la descendencia.

EL CERTIFICADO MÉDICO

En muchos países se hace desde años atrás una gran campaña en favor del certificado médico como requisito esencial para el matrimonio. Debiera serlo, en teoría, casi tan esencial como lo es la bendición del sacerdote. Mas en la práctica, el escamoteo de la verdad sería constante. Nada resolvería el certificado, porque los médicos, generalmente, emplean estos documentos para darse el gusto de decir en un papel oficial cosas contrarias a la verdad. Aun en los certificados de defunción, en que la realidad es aplastante, varían la hora del fallecimiento, el nombre de la enfermedad y todo lo que pueden. ¡Qué no harían —qué no haríamos— en estos casos en que el amor padecería con nuestra decisión, cuando la tradición nuestra es precisamente la de adoptar la actitud comprensiva y blanda, tan típica en los doctores de las comedias, de los que todos tenemos un poco!

El camino es distinto. No prohibir, a la fuerza, la insensatez en marcha, tratando de sofocar con un informe técnico el amor ya encendido; sino evitar la insensatez, inculcando, a tiempo, en la cabeza de los jóvenes que si no tienen salud no deben tener hijos, no tienen el derecho de tenerlos.

Richet (58) propone que, en los reconocimientos de quintas, los jóvenes desechados para la vida del cuartel por enfermos, por defectuosos o por débiles, debían ser también eliminados de la paternidad. Pero esto es demasiado lógico y fácil para que los hombres que pasan por sensatos lo pongan en práctica. Ni este sensato consejo se sigue ni otro alguno. Y es realmente monstruoso que un muchacho desee casi tener alguna lacra que le impida ir al servicio militar, y que esa lacra, tal vez contagiosa y hereditaria, no sea el menor obstáculo para que se una a una mujer sana, la infecte y la haga concebir hijos degenerados o enfermos. Se seleccionan los fuertes para morir, en plena juventud, en el campo de batalla defendiendo a su patria, lo cual está bien; pero no el que a los residuos de esta selección se les encargue de perpetuar la especie.

EL ARGUMENTO SENTIMENTAL Y EL MORAL

El argumento más fuerte contra estos contrasentidos es un argumento sentimental. Argumento banal en la apariencia, pero invencible en la práctica. A dos jóvenes que se quieren, que tienen toda la ilusión puesta en unirse, ¿cómo descargarles el mazazo brutal de separarlos y de separarlos por enfermos? Todos pensamos en nuestra hermana, en nuestra hija enamorada; y la boca se sellaría antes de pronunciar la sentencia implacable.

Pero ¿y los hijos, que no tienen la culpa de que ejerzamos a costa de ellos nuestra caridad y nuestro sentimentalismo? Yo pienso que si estos hijos, al nacer, fueran capaces de una acción consciente, su primer gesto sería echar en cara su dolor, más que a los padres, ignorantes y ofuscados por el instinto, a aquellos que no quisieron advertirles el daño en nombre de una absurda y cómoda bondad. Todos tenemos que aprender a ser un poco duros, a veces muy duros, cuando se trata de problemas tan hondos.

Sin duda, el amor es demasiado arbitrario, demasiado noble y respetable para no ser tratado con un reglamento inflexible en la mano. Pero hay que deshacer, poco a poco, el mito de que es intangible. El amor es sagrado, dentro de los divinos preceptos, mientras no se convierte en energía creadora. Desde este punto, pierde su patente de corso, y tiene que ajustarse a las pautas convenientes para el bien de la generación que va a nacer.

TIEMPOS DE GUERRA

Tiempos de guerra los nuestros; de gran guerra civil. Y no en el sentido habitual de esta palabra, de guerra entre hermanos, que es la más incivil de todas las guerras, sino en el sentido de la necesidad de que el heroísmo ciudadano se ponga al servicio desinteresado de la causa de la civilización. Y una de estas banderas de suprema civilidad es la salud del individuo y de la especie. La noble conveniencia de la especie está por encima de todo; antes que del mismo amor. Es necesario echar abajo violentamente el gran mito de que el amor justifica todas las cosas que se cometen bajo su advocación. Por lo mismo que es excelso, puede ser manto de las cosas nobles, pero no tapadera de las innobles. Atravesamos horas difíciles, de forja de los cauces nuevos, y hay que empezar nuestra vida, cada mañana, con un temple heroico, renunciando a las mentiras agradables y cómodas como se renuncia al lujo, y, a veces, al hogar y a la familia, en nombre del supremo interés de la patria, en tiempos de guerra.

Uno de los sectores de la vida donde culmina la batalla de la ciencia contra los prejuicios, sancionados por el hábito de los siglos y por el prestigio de las hermosas leyendas, es el matrimonio.

No podemos tomarlo como una costumbre, por santo que sea, ni como el medio de lograr legalmente la satisfacción de los instintos, ni como un modo de vivir sin trabajar, ni como un remedio contra la pasión de la carne. Porque es la piedra angular de la vida colectiva, de una sociedad trascendente y santa pero que, por eso mismo, debe prepararse con meticulosa inteligencia, para producir, no lo que buenamente salga, sino dos productos precisos, a saber: el conocimiento amoroso de los cónyuges, que es la forma suprema de la felicidad que nos es dable encontrar en este mundo, y una prole sana y proporcionada a la capacidad fisiológica y social de los padres.

La fórmula para ello es oponer a la coyunda de puro amor o de pura razón económica o de clase, el sagrado matrimonio suscitado por la pasión, pero concertado por la inteligencia y dirigido hacia la conveniencia suprema de los hijos futuros. Fórmula en apariencia hecha con componentes ilusorios; pero que el tiempo nos enseñará a manejar, como un instrumento eficaz y preciso. Hoy también son realidades de todos los días, cosas que hace unos siglos parecían ensueños o desvaríos; y, a la vez, nos parece incomprensible y monstruoso mucho de lo que nuestros antepasados remotos consideraban como normal y sencillo. Así pasará con el modo de entender estos dos problemas que afectan directamente al bienestar humano.

El progreso de la inteligencia y de la moral de los hombres nos arranca cada día cosas que habíamos creído inconmovibles, sencillamente porque no habíamos meditado sobre su falacia. Y una de ellas es el gran absurdo de prepararnos para el matrimonio como para una aventura de amor.

Renunciemos a este equívoco romántico y dañino. Los poetas nos maldecirán. Pero la bendición de nuestros hijos nos consolará de sus maldiciones. Y a la postre, los poetas nos darán también la razón y dedicarán sus sonetos a la prole robusta y alegre, como hoy se los dedican a la luna.

NOTAS

(1) Expuse esta clasificación en mi libro *La edad crítica*, segunda edición, Madrid, 1925. Luego se ha repetido en otras muchas publicaciones, mías o ajenas.

(2) Y aun las vísceras mismas pueden mostrar diferencias sexuales. Por ejemplo, Riddle y Flemion han probado que el intestino de la mujer —y, en general, de toda hembra— es más largo que el del hombre. (*Endocrinology*. 1928, 2, 203.)

(3) NIETSZCHE: *Par delà le Bien et le Mal*. Edición francesa de H. Albert. París.

(4) Véase mi *Prólogo* a la edición española del libro de J. Bloch, *La vida sexual moderna*. Madrid, 1925.

(5) Esta ocupación agitada e irregular del hombre primitivo explica que la mujer, por adaptación social inevitable, se dedicase en las primeras épocas de la civilización— y aun hoy en los pueblos de cultura primaria— a oficios regulares y sedentarios, oficios que exigen una atención continua; oficios de paz que no cabían en la actividad cazadora y guerrera del hombre primitivo.

A esto se refiere Ortega y Gasset cuando dice recientemente: "Tanto es así, que, con gran sorpresa por cierto, los etnógrafos nos muestran que el trabajo fué inventado por la mujer; el trabajo, es decir, la faena diaria y forzosa, frente a la empresa, el discontinuo esfuerzo deportivo y la aventura. Por eso es la mujer

quien crea los oficios; es la primera agricultora, colectora y ceramista. Siempre me ha extrañado que en un ensayo de Gregorio Marañón, titulado *Sexo y trabajo*, no se cuente este hecho tan elemental y notorio" (*La elección en amor. El Sol*, 4 septiembre 1927). Pero este hecho no contradice en nada nuestra opinión del carácter viril del trabajo. El caso de la mujer primitiva agricultora o ceramista es sólo un caso de "adaptación social" del maleable esfuerzo femenino, no distinto del que, en nuestros días, hemos presenciado durante la guerra europea, en cuyos años las hembras labraban los campos, despachaban en las oficinas, guiaban los tranvías y aun transportaban maletas en las estaciones. Son hechos de acomodación circunstancial a las necesidades de la vida, "actividades de emergencia", que en modo alguno afectan a la esencia biológica de la cuestión. En este mismo sentido se expresa Chaves, en un interesante libro, al comentar este problema, vivo todavía en muchos de los pueblos huastecas de su patria. (*Ensayo de psicología de la adolescencia*. Méjico, 1928.)

(6) ADLER (*Praxis und Theorie der Individual-psychologie*, München, 1920) ha estudiado de un modo reiterado lo que llama "la voluntad del poderío", la "aspiración a la dominación de los otros", a la que da, como es sabido, una importancia fundamental en la génesis de la neurosis. Esta "voluntad de poderío" es una prolongación hacia la patología de lo que nosotros llamamos "instinto de la actuación social". Y Adler insiste mucho en el "carácter viril" de dichas tendencias.

(7) ORTEGA Y GASSET: *Marta y María*. Conferencia en la Residencia de Estudiantes. Madrid, 1924.

(8) SCHOPENHAUER: *Die Welt als Wille und Vorstellung*. Vol. II, 4.ª Auf. Leipzig, 1873.

(9) KEYSERLING: *Das Ehe Buch*. Celle, 1925.

(10) ALLERS: *Psicología del amor*. Conferencia en la Residencia de Estudiantes. Madrid, 1926.

(11) M. PREVOST: *Nouvelles lettres à François ou la jeune fille d'après guerre*. París, s. a.

(12) MARAÑÓN: *Notas para la biología de Don Juan. Revista de Occidente*, enero 1924.

(13) ROUFF: *L'homme que l'amour empêche d'aimer*. París, 1924. LENORMAND: *L'homme et sus fantômes* (*Les Oeuvres libres*, noviembre 1924).

(14) FRAY LUIS DE LEÓN: *La perfecta casada*, capítulo IX.

(15) Desde que aparecieron, por privera vez, estos ensayos, el deporte ha progresado tal vez como ninguna otra actividad humana. Los periódicos de hoy, que dedican una columna a la política, media a la ciencia y un cuarto a los oficios divinos, reservan una o más planas al deporte. Pero esto, que tiene explicaciones múltiples, ahora no pertinentes, no se opone a mis puntos de vista sobre el deporte; pues hoy el deporte es, casi sin excepción, profesional, trabajo; incluso las corridas de toros (1951).

(16) "Yo he hallado —dice el *Eclesiastés*, 7-26— la mujer más amarga que la muerte, la cual es redes, y su corazón, lazos, y como ligaduras, sus manos. El que agrada a Dios, escapará de ella; pero será preso en ella, el pecador."

(17) P. FEIJÓO: *Defensa de la mujer* (Discurso XVI del *Teatro crítico*, tomo I). En este ensayo, que nadie que se interese por estas cuestiones debe dejar de leer, disculpa Feijóo a los teólogos que abominan de las mujeres con esta sutil razón: "Los médicos de las almas, los sacerdotes, declaman contra las mujeres como los médicos de los cuerpos contra las frutas, que siendo en sí buenas, útiles y hermosas, el abuso las hace nocivas. Fuera de que no se ignora la extensión que admite la oratoria en ponderar el riesgo, cuando es su intento desviar el daño."

La idea despectiva de la mujer estaba tan arraigada, al menos en España, en los años de Feijóo, que éste empieza su ensayo declarando que se da cuenta de que el defender a las mujeres equivale a enemistarse con los hombres. Pero no sólo en España: la literatura de

todas las partes es igualmente rica, en aquella época, en invectivas, en serio o en broma, contra la mujer. Recordemos el famoso *Alphabet de l'imperfection et malice des femmes,* del licenciado en Derecho canónico M. OLIVER, compendio de la literatura antifemenina de la época, que alcanzó popularidad inusitada. Sobre Feijóo y sus polémicas, véase mi libro *Las ideas biológicas del Padre Feijóo.* Madrid, 1934.

(18) MOEBIUS: *Ueber den physiologischen Schwachsinn des Weiben,* 1901. Un autor español, el señor Romero Navarro, escribió un volumen de más de 200 páginas, refutando, a veces con buena fortuna, el libro de MOEBIUS *Ensayo de una filosofía feminista. Refutación a Moebius* (Madrid, 1919), con un prólogo —discretísimo— de don S. Moret.

(19) GEDDES AND THOMPSON: *The Evolution of Sex,* 1901.

(20) RIDDE: *Differential survival or male and female dove embryos in increased and decreased pressuures of oxygen; a test of the metabolic theory of sex* (*Proc. Soc. Biol. and Med.,* vol. XVII, pág. 88).

(21) Citado por MARIE CARMICHAEL STOPES: *L'amour et le mariage.* Edic. franc. París, 1919.

(22) HAMBURGER: *Die neue Generation.* Jhar. V., Bd. IX.

(23) Como complemento de la estadística publicada en el texto, damos en esta nota otra, igualmente instructiva, también elaborada por nosotros, acerca *del número de familias que han conservado la totalidad de sus hijos:*

Familias	de	1 hijo.....	54,1	por 100
"	de	2 hijos.....	51,2	"
"	de	3 "	38,1	"
"	de	4 "	27,5	"
"	de	5 "	20,7	"
"	de	6 "	20,7	"
"	de	7 "	17,6	"
"	de	8 "	10,2	"

Familias	de	9 hijos.....	10,6	por 100
"	de	10 "	4,2	"
"	de	11 "	2,5	"
"	de	12 "	2,3	"
"	de	13 "	5,2	"

A partir de esta cifra, de más de 13 hijos, ninguna familia los ha conservado todos. Quienes estimen la pérdida de uno solo como la mayor desgracia de esta vida, comprenderán el significado de estos números.

(24) PESTALOZZI: *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos.* Edición española de *La Lectura.* Madrid, s. a.

(25) CAJAL: *Reglas y consejos sobre investigación científica.* 5.ª edición. Madrid, 1920.

(26) VIRGILIO: *Geórgicas,* libro III.

(27) Menéndez Pidal comenta también este hermoso momento del poema del Cid: "El corazón del caballero —dice— siempre grande en los peligros, se ensancha aún más al sentirse en la batalla contemplado por los ojos de doña Jimena y de sus tiernas hijas." (*De la vida del Cid. Revista de Occidente,* año IV, 1926.)

(28) En la historia de los animales, que está llena de datos que favorecen nuestra tesis, se pueden encontrar innúmeros argumentos más en este mismo sentido. En las avispas, por ejemplo, sucede que en el otoño mueren las obreras y los machos, sobreviviendo tan sólo las hembras fecundadas, que a la siguiente primavera rehacen el nido, dando nacimiento a una nueva generación de obreras infecundas, que se encargarán del cuidado de las larvas nacidas en las sucesivas puestas de huevos. Marchal recoge un grupo de estas obreras infecundas, las aísla de las larvas, las nutre bien y entonces se hacen fecundas, dando nacimiento a abejas machos. Hay, pues, una alternación y una incompatibilidad evidentes entre el trabajo y la fecundidad de estos animales, esquema de lo que debiéramos entender también como normal en la especie humana. (CAULLERY: *Les problèmes de la sexualité.* París, 1913.)

(29) Madame PELLETIER: *L'émancipation sexuelle de la femme.* París, 1912. Después de esta fecha han ocurrido dos guerras, y durante ellas y los años siguientes el mundo ha marchado tan de prisa, sobre todo en las naciones beligerantes, que, seguramente, ya no podrán escribirse en Francia palabras como las copiadas aquí. Casi ya, tampoco en España, por lo menos en sus grandes ciudades. Pero todavía las pueden leer con provecho muchas mujeres y hombres españoles (1951).

(30) GURLITT: *La educación natural.* Edición española de *La Lectura.* Madrid, s. a.

(31) OSSORIO Y GALLARDO: *Cartas a una muchacha sobre Derecho civil.* Madrid, 1926.

(32) SIMMEL: *Filosofía de la coquetería (Filosofía de la moda. Lo masculino y lo femenino. El asa,* etc.). Edición española de la *Revista de Occidente.* Madrid, 1924.

(33) En este sentido, la mujer es comparable al niño, anterior a ella en la evolución de la sexualidad y más próximo que ella, por lo tanto, a ese fondo universal de las cosas, de que nos habla Simmel. Jesús, infante, asombrando a los doctores en el templo, es la expresión suprema de esto.

(34) El llamar a la Madre hubiera sido en Jesús una claudicación completamente humana. Se piensa, simbólicamente, que la Madre no hubiera consentido la muerte del Hijo, como el Padre, que la tenía dispuesta, porque era preciso para la marcha de la Historia, que es, para los Dioses, tanto o más que los hijos. Y a veces también para los hombres: esto representa el sacrificio de Isaac; y, ya en el plano humano, quizá, el sacrificio del Príncipe Don Carlos por Felipe II. Para la mujer, el hijo es antes que la Historia. Hay algunos casos, desde luego en la crónica española, de mujeres que lanzaron a sus hijos al combate y a la muerte; pero esta madre capaz de sacrificar al hijo por algo de este mundo —por grande que sea— es siempre un ser monstruoso.

(35) *The Lettres of Queen Victoria,* 1907; y *Second Series* de las mismas, 1926.

(36) Doña Isabel la Católica tenía, sin embargo, un aliento viril, que explica la efectiva eficacia de su actuación. Los historiadores han cuidado mucho de presentar a la gran reina como un ejemplo de ternura y delicadeza femeninas, asociadas a su talento de estadista. La falsa idea que hasta ahora se tenía de estos temas, hacía temer a los apologistas el que esta admirable soberana apareciese ante la Historia con la apariencia de un virago. Pero hoy sabemos que los acentos viriloides de la psicología pueden coincidir, en una mujer con una morfología femenina —por lo menos, en lo que se colige al verla pasar por la calle— y con otras características psicológicas de la más pura femenidad. Éste era, sin duda, el caso de la reina católica. No puede negarse, sin embargo, el virilismo de muchos de sus perfiles intelectuales. En su época, tal debió ser la impresión de sus vasallos. Un viajero contemporáneo, observador desapasionado de lo que veía y oía, refiere el paso de los Reyes Católicos por las calles de Sevilla, y se hace eco de la virilidad de ella. "Apercibí entonces —dice— que el Rey es servidor de la Reina." "Si el Rey quiere despachar algunas correspondencias, no se puede sellarlas sin permiso de la Reina, que lee todas las cartas, y si encuentra algo que no le gusta, las despedaza en presencia del mismo Rey. Éste no puede hacer nada sin permiso de la Reina", etc. Esta sensación de que la regia esposa llevaba, con tanta soltura, el timón del matrimonio, es probablemente exagerada, pero expresa, sin duda, lo que se decía por las calles; y estas leyendas tienen siempre un fondo innegable de realidad. (*Viaje a España* de Nicolaus von Popplan, en 1484. De la Colección de Liske, traducida al español. Madrid, s. a.)

(37) BARTHELEMY: *Le vote des femmes.* París, 1920.

(38) En el libro de KEYSERLING *Das Spektrum Europas* (1928) se cita este mismo caso —realmente ejemplar— como característico de la actitud conservadora de la mujer hispánica y de su enorme influencia en las decisiones más graves de los hombres, en realidad, casi siem-

pre, movidos por hilos que se manejan desde la intimidad de su hogar. Al lector español le interesará mucho la historia de esta escaramuza, descrita por el propio protagonista en las *Notas de una Vida,* del conde de Romanones (tomo II, Madrid, 1929).

(39) PÉREZ DE AYALA: *Los trabajos de Urbano y Simona,* Madrid, 1924. SPRANGER, en su *Psicología de la edad juvenil* (edic. de la *Revista de Occidente,* Madrid, 1929), dice: "Así se comprende la revolución que la pubertad produce en las almas juveniles." "En realidad, ha de causar horror el sentirse de pronto tan cambiado." "El secreto de la nueva vida nace del misterio descubierto y no domeñado todavía." "Sólo un grande y puro amor —o la muerte— puede librarnos de esta cárcel, una vez que nos encontremos en ella." Véase también mi libro *Amiel. Un ensayo sobre la timidez,* 2.ª edición. Madrid, 1933.

(40) Es muy interesante el hecho, anotado en el texto, de que esta tendencia intersexual se presenta, en los niños varones, en la pubertad; y en las mujeres, en el climaterio. En mi libro *La evolución de la sexualidad* explico este fenómeno, teniendo en cuenta que la feminidad evoluciona antes que la virilidad, dentro de cada individuo. La feminidad es una fase inicial; la virilidad, una fase terminal en la evolución de cada sexualidad. La superación de la feminidad por la virilidad, constituye la verdadera crisis sexual. Y esta superación se verifica en la pubertad del hombre y en el climaterio de la mujer. Por eso, en la mujer el climaterio es mucho más complejo que en el hombre, y en éste, a la inversa, la pubertad más trascendente que en la niña.

(41) Es incomprensible cómo este concepto de la bisexualidad orgánica, fuente de tantos fenómenos y trastornos de la vida sexual, normal y patológica, no es aceptado, en primera línea, por muchos de los grandes psicólogos y psiquiatras modernos, entre ellos por los que han dedicado preferente atención al estudio del homosexualismo: Freud, Adler, etc. Sólo una posición excesivamente

psicológica —en el sentido de alejada sistemáticamente de la observación y de la experimentación— puede explicarnos esta actitud. Adler insiste mucho (véase op. cit.; y ADLER und FURTMÜLLER: *Heilen und Bilden,* Munich, 1914) en lo que él llama "esquema de apercepción antitética *masculino-femenino*", que entra en juego en la génesis de la mayoría de los estados neuróticos y singularmente del hermafroditismo psíquico. Y dice: "Flies, Halban, Weininger, Steinach, Schopenhauer y Kraft-Ebing, para no citar más que los célebres, explican el hermafroditismo psíquico por la presencia simultánea en cada individuo de una substancia masculina y otra femenina, ambas, por lo demás, igualmente hipotéticas. Nuestro concepto, por el contrario, se basa en los juicios de valor opuesto de que son objeto lo masculino y lo femenino, en la difusión general del esquema de apercepción antitético y figurado "masculino-femenino".

En la actualidad, no puede elegirse a capricho una u otra posición, la orgánica o la meramente psíquica. La bisexualidad orgánica es cosa demostrada. Esas substancias masculina y femenina que coinciden en cada sujeto no pueden ya, ciertamente, considerarse como hipotéticas. Cuando se estudian somáticamente los homosexuales *verdaderos* con todo detenimiento y, además, no contentándose con la consideración del estado presente, sino recogiendo los datos pasados, sobre todo los de su época prepuberal y puberal, jamás dejan de encontrarse motivos suficientes para diagnosticar la efectiva coexistencia del hecho, anatómico y por lo tanto funcional, de las dos sexualidades. Por otra parte, el hallazgo de la *bisexualidad química,* es decir, de las dos hormonas, la masculina y la femenina, en el ser humano normal y anormal es ya un hecho adquirido.

(42) WEININGER: *Sesso é carattere.* Edición italiana de Fenoglio. Torino, 1912. Las citas de Weininger corren hoy de pluma en pluma; pero acaso son pocos los que han leído y meditado con la atención que es precisa la

obra de este escritor, que deben conocer profundamente cuantos se interesan por la cuestión sexual.

(43) BLOCH (J.): *La vida sexual moderna.* Edición española. Madrid, 1925.

(44) Al afirmar que el hermafroditismo es un estado sexual primitivo y que la diferenciación sexual representa un progreso en la evolución orgánica, no olvidamos que este punto ha sido objeto de enconadas discusiones por los naturalistas, y que éstos no han llegado todavía a un acuerdo. Haeckel, Gegenbaur, Claus, Giard y otros han propugnado la opinión que ahora apoyamos nosotros, esto es, que el gonocorismo o diferenciación sexual supone una división de trabajo, y, por tanto, un progreso ulterior y evidente sobre el hermafroditismo. El hermafroditismo sería, pues, propio de las especies iniciales; y cuando aparece en las superiores, un signo de regresión. Pero, enfrente de este modo de pensar, otros naturalistas —Müller, Delage, Pelsener, Caullery— creen todo lo contrario: que la disposición hermafrodita es una etapa más diferenciada que la gonocórica. El lector, no naturalista, que quiera conocer con más detalle este asunto, puede consultar, entre los libros de información general, divulgadora, el del citado CAULLERY *Les problèmes de la sexualité,* París, 1913, y la admirable obra de GOLDSCHMIDT *Mechanismes und Physiologie der Geschlechtsbestimmug,* Berlín, 1920.

Pero, sin discutir las razones de uno y otro bando, es innegable que el aspecto fisiológico, de biología general, de este problema, y la consideración de lo que ocurre en la especie humana, dan argumentos, creo que decisivos, en el sentido de que la reunión de los dos sexos en un mismo individuo representa la forma rudimentaria de la sexualidad; y su reaparición en las especies diferenciadas, un monstruoso salto atrás.

(45) CANESTRINI: *Gli amori nella vita degli animali.* Torino, 1905. CAUFEYNON: *L'amour chez les animaux.* París, 1925. Citamos estos dos pequeños manuales de vulgarización, que ponen al alcance del lector todos los fenómenos del amor en las especies animales, sin cuya información elemental no es posible juzgar de la dinámica del amor humano. También contienen muchos datos sobre este tema, si bien interpretados demasiado literariamente, el conocido libro de REMY DE GOURMONT *Physique de l'amour,* París, 1903. Por fin, recomendamos la excelente Conferencia del P. LABURU sobre *Psicopatología de los instintos sexuales,* en la Real Academia de Medicina de Madrid (*Anales de la Real Academia,* 1925-26).

(46) En el asunto de la frecuencia del homosexualismo a través de la Historia hay que distinguir la marcha total de la Humanidad de la marcha de las civilizaciones. Cuando éstas declinan, el homosexualismo, como los demás vicios, aumentan; como ocurre también en el individuo que al envejecer se inclina hacia la perversión. Las civilizaciones, como los hombres, tienen su período de "viejos verdes" y degenerados. Pero evitemos el error de tomar la historia de nuestra civilización como sinónima de la historia de la Humanidad, que devorará a nuestra época y a muchas más.

(47) FISCHER (J.): *L'amour et la morale. Essai d'interprétation physiologique de la pensée humaine.* París, 1925. Otro ejemplo muy característico de esta influencia de los factores externos sobre los órganos de secreción interna es la involución que sufren las glándulas genitales en los animales invernales a partir del otoño: véase en WEIL (*Die innere Sekretion,* Berlín 1921) un resumen de los trabajos a este respecto.

(48) Encontramos este mismo símil en Adler (nota 5): "Como el turista simula su amor a la Naturaleza haciendo que ninguna cima escape a su alpenstock, así simboliza el amor la lista de Leporello; y a Don Juan se puede añadir Mesalina, la linfomana, siempre ávida y siempre decepcionada."

(49) LUIS DE ZULUETA: *La edad heroica.* Madrid, 1916.

(50) OVIDIO: *El remedio del amor.*

(51) Me refiero en el texto al conocido libro de GINA LOMBROSO *L'âme de la femme.* Edición francesa. París, 1922. Con una psicología enteramente opuesta llega a idénticas conclusiones otra mujer sobresaliente, la novelista RACHILDE (*Porquoi je ne suis pas feministe,* París, s. a.). Insiste mucho en la diferente contextura física de la mujer. "Hay cosas —dice— que la mujer no comprende y que no comprenderá jamás. "Creeré siempre que es un peligro todo acaparamiento cerebral de la mujer, porque su cerebro es, probablemente, menos sólido que el del hombre. Hay que renovarle, pues, antes de intentar toda otra renovación."

(52) KEYSERLING: *Das Ehe Buch.* Celle, 1925.

(53) En los refraneros españoles figura raramente este proverbio que Schopenhauer cita en castellano. Según RODRÍGUEZ MARÍN (*Más de 21.000 refranes españoles,* Madrid, 1926), su verdadera acepción es: "Quien casa por amores, vive vida de dolores." Entre los proverbios franceses, mucho más ricos que los españoles en observaciones referentes al amor, hay varios en el mismo sentido; por ejemplo: *La meme année vit naitre le mariage d'inclination et le repentir.* Común a los dos idiomas es éste: "Quien casa por amores, malos días ha y buenas noches: *Qui se marie par amour a bonnes nuits et mauvais jours.*

(54) Recuérdese la historia de la reina que holgaba con el primer recién venido; tal vez con un simple soldado de su guardia. A la mañana siguiente pasaba, sin haber perdido nada de su dignidad real, ante el centinela, cuadrado ante su garita; y éste acababa por creer que había soñado su aventura.

(55) *Corintios,* I, 79.

(56) *Prometeo,* I, 6.

(57) *Eunuco,* IV, 6.

(58) RICHET: *La Selection humaine.* París, 1919.

ÍNDICE DE NOMBRES

Adler (Adolfo): 77, 226, 232, 233, 235.
Allers: 48, 226.
Ambrosio (San): 66.
Antonio (San): 142.
Aristófanes: 143.
Arquímedes: 18.
Asclepíades: 15.
Athias: 110.
Bacon (Rogerio): 15.
Bachofen: 39.
Barthelemy: 127, 129, 231.
Bloch (J.): 152, 154, 157, 225, 234.
Buda: 177.
Byron (Lord): 30.
Cajal (Santiago Ramón y): 98, 229.
Canalejas (José): 131.
Canestrini: 156, 234.
Carlos (Don): 230.
Carlyle (Tomás): 15.
Carmichael Stopes (Marie): 228.
Caufeynon: 156, 234.
Caullery: 229, 234.
Cid Campeador (El): 100, 229.
Claus: 234.
Condé (Luis II de Borbón): 90.
Chaves: 226.
Darwin (Carlos Roberto): 152.
Delage: 234.
Diógenes Laercio: 61.
Emerson (Rodolfo Ubaldo): 15.
Esquilo: 213.
Feijóo (Padre): 66, 227, 228.
Felipe II: 202, 230.
Fenoglio: 233.
Ferrero: 178,

Fischer (J.): 165, 235.
Flemión: 225.
Flies: 233.
France (Anatole): 13.
Franklin (Benjamín): 19.
Freud (Sigmund): 34, 166, 232.
Friné: 122.
Furtmüller: 233.
Gandía (Duque de): 187.
Geddes: 68, 228.
Gegenbaur: 234.
Giard: 234.
Goethe (Juan Wolfgang): 113.
Goldschmidt: 234.
Gómez Ocaña: 112.
Gourmont (Remy): 235.
Gurlitt: 112, 117, 230.
Haeckel (Ernesto Enrique): 234.
Halban: 233.
Hamburger: 85, 228.
Heinse: 152.
Ibsen (Enrique): 127, 128.
Isabel la Católica: 121, 231.
Jimena (Doña): 100, 229.
Juan de Austria: 202.
Keyserling (Conde de): 47, 48, 205, 213, 226, 231, 236.
Kraft-Ebing: 233.
Laburu (Padre): 235.
Laercio (Diógenes). Véase Diógenes Laercio.
Lenormand (Enrique Renato): 53, 227.
Lipschütz: 111, 150.
Liske: 231.
Lombroso (Gina): 178, 236.
Luis de León (Fray): 22, 55, 94, 95, 132, 177, 227.
Manjón (Padre): 112.
Marañón (Gregorio): 11, 15, 16, 17, 21, 22, 226, 227.
Marchal: 229.
Menéndez Pidal (Ramón): 229.
Mesalina: 235.
Moebius: 67, 108, 110, 113, 228.
Moisés: 54.
Montaigne (Miguel d'Eyquem de): 15, 16.
Moret (S.): 228.
Müller: 234.
Napoleón I: 90, 214.
Nietzsche (Federico): 34, 67, 225.
Oliver (N.): 228.
Ortega y Gasset (José): 44, 225, 226.
Ossorio y Gallardo (Ángel): 118, 230.
Ovidio: 58, 176, 235.
Pablo (San): 200.
Pelsener: 234.
Pelletier (Madame): 230.
Pérez de Ayala (Ramón): 22, 139, 232.
Pestalozzi (Juan Enrique): 97, 112, 229.
Pezard: 111, 150, 163.

Pitágoras: 61.
Platón: 143.
Ploetz: 85.
Popplan (Nicolaus von): 231.
Prevost (M.): 48, 226.
Rachilde: 236.
Remy de Gourmont. Véase Gourmont (Remy).
Richet (Carlos Alberto): 219, 236.
Riddle: 69, 225, 228.
Rodríguez Marín (Francisco): 236.
Romanones (Conde de): 232.
Romero Navarro: 228.
Rouff: 53, 227.
Sand (Jorge): 100.
Scheler (Máximo): 48.
Schopenhauer (Arturo): 45, 46, 47, 67, 171, 189, 195, 226, 233, 236.
Shaw (Bernard): 67.
Sheller: 187, 188.
Simmel: 118, 121, 230.
Spranger: 232.
Steinach (Eugenio): 110, 150, 233.
Stekel: 53.
Stendhal: 113.
Tandler: 110.
Teano: 61.
Terencio: 217.
Teresa de Jesús (Santa): 122.
Thompson: 68, 228.
Unamuno (Miguel de): 15.
Victoria de Inglaterra: 122. 230.
Virgilio: 99, 229.
Weil (Edmundo): 235.
Weininger: 67, 115, 152, 153, 178, 233.
Weissmann: 152.
Zambaco Pachá: 110.
Zulueta (Luis de): 175, 235.